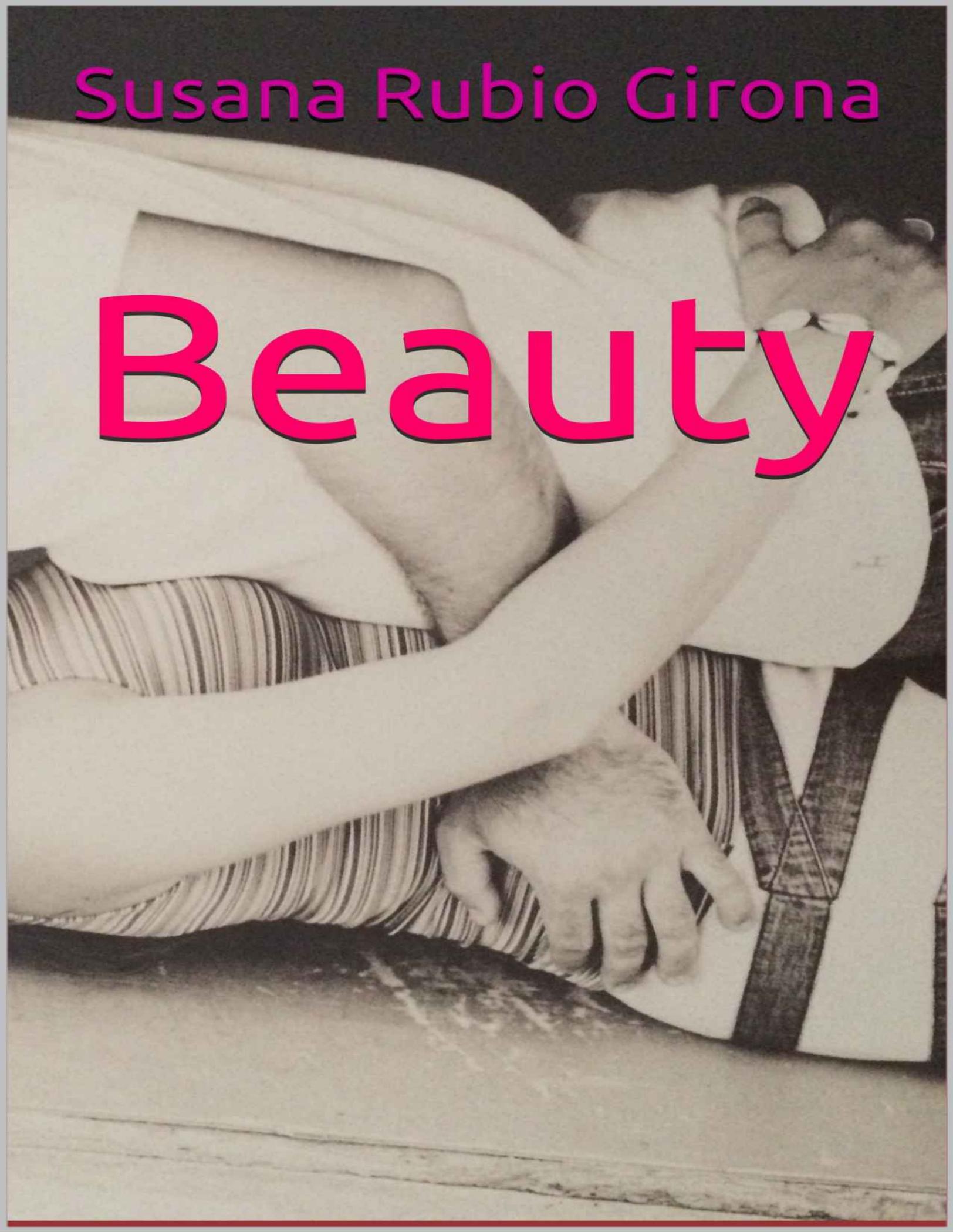


Susana Rubio Girona

# Beauty



**BEAUTY**

by

Susana Rubio Girona

## **Índice**

[Nota de la autora y agradecimientos](#)

[Los tíos de revista existen](#)

[Dime cómo es tu jefe y te diré si asciendes \(al cielo\).](#)

[Incluso el más guapo tiene problemas](#)

[Rodeada de cañones](#)

[No problem, boss](#)

[¡Arde Troya!](#)

[No hay nada mejor que una mejor amiga: Ari va por ti.](#)

[¡Qué bonito es el amor!](#)

[Impulsos](#)

[Retratos](#)

[Coqueteos inocentes](#)

[¿A qué juegas Bea?](#)

[Promiscuo tú, promiscua yo](#)

[Noches alegres, mañanas amnésicas](#)

[No me has hecho mejor, mejor de lo que era...](#)

[Conociendo a Lucas](#)

[No cantes victoria antes de tiempo Bea](#)

[Poderoso caballero es don “Sexo”](#)

[Trio de ases](#)

[No juzgues antes de tiempo](#)

[Emparejada con Sebas](#)

[Conociéndonos](#)

[El pastel se desmorona](#)

[¿Y ahora qué?](#)

[Aponerse a dieta, nenas](#)

## **Nota de la autora y agradecimientos**

El día que me senté ante el teclado sabía que quería escribir una historia de amor pero no tenía ni idea de cómo iba a transcurrir, tal cual leéis. Creé a Bea y a sus amigas Ari y Martina, con una de esas amistades tan chulas que tenemos entre nosotras. Y a partir de ahí, aparecieron Ellos y empezaron los líos. Líos que muchas veces se me escapaban de las manos, porque como suelo explicar a mis colaboradoras, mis personajes van solos en mi cabeza y, a veces, creo que únicamente voy escribiendo lo que ellos me van dictando. Bueno, es una manera de decir que tienen vida en mi cabeza y que cada noche, antes de dormir, aparecen por ahí para darme ideas nuevas. ¿Musas? Creo que mis musas son ellos mismos que rondan por ahí como auténticos duendecillos.

Si a todo esto le sumo la ayuda de mis lectoras más fervientes (Mamen, Paqui y Roser), he escrito una historia redondita, donde los ingredientes son varios: amor, sexo y muchas risas. Y es en esta pequeña nota, donde quiero agradeceros vuestras lecturas, vuestros consejos y nuestras charlas sobre Bea y sus indecisiones. Me encantan esos ratitos, chicas. ¡Ah! Y no voy a olvidar a Trini y Bea; gracias por leerme y animarme con vuestros comentarios. ¡No sabéis cuánto me subís la moral!

Por último, quiero darte las gracias a ti lectora, por dedicar tu tiempo a leer mis palabras. Me encantaría que sintieras lo mismo que he sentido yo al teclearlas; emoción, pasión, diversión,.. Espero que lo disfrutes tanto o más que yo, y ya sabes, la segunda parte te espera...

## Los tíos de revista existen

Era un domingo de esos soleados que Barcelona ofrece tan a menudo y estaba a medio peinar, medio maquillar y con el móvil colgado de la oreja yendo de aquí para allá. En diez minutos había quedado con Sebas, mi vecino de enfrente, para salir a patinar y aún estaba con aquellas pintas. Pero es que Martina, una de mis amigas, me había llamado para contarme con pelos y señales su ligue del sábado noche y no había manera de cortarle el rollo.

— Martina tengo que irme — aguantaba el móvil entre el hombro y la oreja mientras me vestía.

— Que espere. Pues eso, que la tenía tan pequeña que casi me da algo. En mi vida había visto cosa tan pequeña maja, creía que de repente estaba en Alicia en el país ese, el de las maravillas. De maravilla ninguna, vamos...

Me reí por sus tonterías mientras terminaba de atarme los cordones de mis *Converse*. A Martina la conocía de la universidad e íbamos con mucha facilidad. Era una chica del montón pero sabía sacarse partido. De aquellas chicas que tienen ese don de sacar lo mejor de ellas físicamente hablando. Además era muy extrovertida y no se cortaba ante nada.

— Creo que eso deberían ponerlo en el DNI.

— ¿El qué? — Abrí el armario y cogí la bolsa con mis patines. Di un repaso para ver si lo llevaba todo mientras Martina seguía a lo suyo.

— Maja, pues las medidas de la tranca. — me reí de nuevo — Que no bromeo. Estás invirtiendo la noche en un tío y al final resulta que ni “minga ni Dominga”.

— No seas tan burra Martina. — Salí de casa y bajé por las escaleras para ir despidiéndome de ella. — Me voy, luego te llamo.

— Dale recuerdos al vecinito

— De tus partes loca.

Por supuesto, el vecinito, puntual como siempre, ya estaba esperándome con sus patines puestos.

— Buenos días Beauty — me llamaba así de forma cariñosa y a mí me encantaba, no puedo negarlo.

— Buenos sean, Sebas.

Me puse los patines que me habían regalado hacia un par de meses e intenté seguirle el ritmo, pero él sabía lo suyo y yo apenas daba mis primeros pasos sin caerme. No dejaba de bromear sobre mi arte y el movimiento continuo de mis brazos para no darme el tortazo del siglo. En una de esas, le miré demasiado y me despisté. Por suerte me cogió a tiempo y me apoyé en él. Toqué su cuerpo y sólo con ese contacto se me contrajo el estómago y noté demasiado calor en mis braguitas. Igualito que cuando lo conocí dos semanas atrás.

Había decidido cambiar de barrio y el primer día que llegué al edificio, vi a un chico bastante alto haciendo estiramientos con sus pantalones cortos de deporte y me quedaron los ojos pegados a ese cuerpazo.

A ver, yo no tengo queja de mi *body*, porque soy delgada, no muy alta y no le dedico demasiado culto al cuerpo. Puedo presumir de tipo comiendo casi de todo, lo que es una suerte. Siempre he tenido un abdomen plano y un pecho acorde con mi estatura. En los últimos años me ha dado por la melena y la verdad es que me encanta el roce del pelo en mi espalda desnuda. En fin, que yo me veo mona aunque Ariadna, mi mejor amiga, dice que soy una tía buena, pero ¿qué va a decir ella que me ve siempre con buenos ojos?

A lo que íbamos, el chico en cuestión me sonrió.

— Vaya, ¿vecina nueva?

¡Madre del amor hermoso! Casi me da un “*jamacuco*” al verlo de cerca: ojos color avellana y pestañas espesas, barba de tres días y boca perfecta. Llevaba el pelo algo largo e iba peinado de manera informal. Era condenadamente guapo, de esos guapos que duelen, o sea, de esos guapos de revista que crees que no existen y que nunca los ves por la calle. Pues de esos.

Literalmente le di un repaso de arriba abajo, sin dejarme nada. Su piel brillaba a causa del sudor. Estaba segura que yo podía hacerlo sudar también de aquella forma, pero en una posición más horizontal. Procuré no poner cara

de sorprendida porque lo cierto era que me había impresionado su belleza.

— Buenos días — le saludé con la mejor de mis sonrisas — Soy Bea.

— Buenos sean, Beatrizzzz...

Me miró fijamente, como si le fuera la vida en ello. Dios, que guapo el jodido. Estaba intentando atraparme en sus redes de “tío que se liga a todo lo que se menea” y mi intuición femenina se activó: “no, no, Bea, no seas una más”.

— Cógeme esto, anda — le dije poniendo un par de cajas en sus musculados brazos mientras cortaba su flirteo y le daba la espalda. Abrí el portal y procurando ignorar a ese medio Dios entré en el ascensor. — ¿Subes? — Y entonces fui yo la que lo miró sin parpadear a través de mis maquilladas pestañas.

Sonrió a medias y entró observándome con interés.

— Me llamo Sebas — me dijo con voz grave y oscura.

— ¿Sebastiánnnnn? —le dije bromeando al imitarlo. Mi madre siempre me decía que a los hombres se los conquistaba a risotadas, nada de por el estómago. Y como yo era un poco payasa, no tenía problemas en salirme de tiesto en muchas ocasiones.

Me miró, sorprendido, y seguidamente nos pusimos los dos a reír; a reír de aquella forma que sólo haces cuando tienes confianza con alguien.

Fue un buen comienzo, la verdad.

A los pocos días, tomamos un café en el bar de abajo, y supe que Sebas era abogado de un bufet de prestigio. No me lo imaginaba con traje pero debía estar increíble. Su pasión por el derecho le venía de padre y siempre había tenido claro qué quería en la vida. De momento, no podía quejarse, vivía solo y bien. Había tenido un par de relaciones en serio y eso a los treinta me pareció poco. Yo, a mis veintisiete, había tenido más relaciones estables, la verdad, así que rápidamente lo etiqueté como el ligón de turno.

Y no iba desencaminada...

— Vamos Beauty, que te pesa el culo — patinaba de espaldas y me iba mirando sonriente, mientras yo intentaba no caerme a cada paso que daba.

— Calla Sebas, que no me concentro por tu culpa. ¿Dónde compras esas camisetas tan prietas? ¿En la sección de niños? — Estaba para comérselo, ya te digo. Podía ir todo lo apretado que quisiera porque le sentaba todo de maravilla.

Nos reímos los dos.

— Tú vas marcando cachete y no te digo nada guapetona — Lógicamente había renovado mi vestimenta de deporte y la verdad, iba monísima con mis *shorts* y mis *leggings* de raya fina.

— No me digas que unos simples pantalones te ponen nervioso — le dije entre risas.

— ¿Me ves nervioso? — Su voz grave llegaba siempre hasta mis partes, no sé cómo lo hacía pero ocurría a menudo. Yo lo atribuía a su espectacular físico pero debía reconocer que Sebas, además de guapo, era interesante y tenía un punto de chulo que usaba para tontear que me atraía.

Lo miré con coquetería aleteando mis pestañas y le hice morritos.

— Bea, no hagas eso ni me mires así — me dijo alzando una ceja a modo de advertencia.

— No sé de qué me hablas —le repliqué mirándolo con más intensidad. Me lo comía con los ojos y él lo sabía.

— Si juegas con fuego...

— Uy, que miedo — le dije riendo.

— Luego no me digas que no te he avisado — él también reía.

Frenó de repente y topé con su pecho. Me cogió de la cintura con delicadeza y me susurró en el oído.

— Mañana por la noche...

Madre mía, imaginaros la situación: Sebas pegado a mi cuerpo, su boca en mi oreja, su voz susurrante y encima lo combinamos con esas dos palabras. Mi mente acabó su frase: ¡follamos como locos Bea!

— ¿... te pasas por mi piso y me cuentas cómo ha ido tu primer día de trabajo? — me miró atento y esperando mi respuesta.

Bueno, no era mi frase, pero menos da una piedra.

## **Dime cómo es tu jefe y te diré si asciendes (al cielo).**

Parecía que la vida me sonreía; piso nuevo, curro nuevo. Sólo me faltaba pareja nueva, pero vamos, que prisa ninguna. Había salido hacía unos seis meses de una relación larga y complicada. A Javi, mi ex, le había costado entender que contar números mientras lo hacíamos no era lo normal. No, no, eso no se lo dije, pero es una manera de resumir hasta dónde había llegado nuestro desamor. Como en muchas otras parejas, fui yo la que tuve que decir basta porque él estaba en su zona de confort y ya le estaba todo bien. Le costó aceptarlo y me lió numeritos, hasta que se cansó y me dejó tranquila. Se fue de Barcelona y lo perdí por fin de vista.

Sobre el trabajo, varias semanas atrás, un amigo de mi padre me avisó de que había un puesto de secretaria ejecutiva en una empresa de nuevas tecnologías. Hice varias entrevistas y afortunadamente fui la elegida. Empecé en *Synch*: un trabajo bien pagado y con un horario bueno. ¿Qué más podía pedir?

En mi primer día en la empresa, Amanda, una de las ayudantes de la secretaria de la directora, fue quien me puso al día y me hizo de guía por aquella enorme planta. Imposible acordarme de todos los departamentos que había ni de muchos de los nombres que me fue diciendo.

— No te preocupes Beatriz, ya irás conociendo a la gente.

— Eso espero —le dije con simpatía.

— Lo importante es que te acuerdes de quién es tu jefe — dijo sonriendo.

Justo entonces paramos frente a un despacho y con suavidad golpeó la puerta. Una voz grave nos dio paso y seguí a Amanda.

— Buenos días, señor Costa, la señorita Vela. — Amanda se apartó para darme paso.

— Buenos días — respondió él sin mirar.

Vi a un hombre sentado, muy enfrascado en sus papeles y trajeado, por supuesto.

— Buenos días — le saludé mientras Amanda me dejaba a solas con aquel tipo que parecía que no tenía tiempo ni para levantar la vista ni por

curiosidad.

Al final, se dignó a atenderme y cuando me miró se paró el mundo, lo juro. ¿Acordarme de quién era mi jefe? Lo jodido iba a ser no meterlo en mis sueños más húmedos: ¡menudo ejemplar! No sé por dónde empezar.

Pelo negro, ojos verdes y labios gruesos, sobretodo el inferior. Unos labios que pedían a gritos ser besados. Alto, atlético y guapo un rato largo. Pero a parte de ese espectacular físico, tenía un algo, un algo que no sabría bien cómo describir: una elegancia innata, que segurísimo dejaba a un lado al quitarte la ropa a mordiscos. Parecía un depredador y miraba como si fuera a devorarte en cualquier momento.

— Señorita Beatriz — me observó por encima de unas gafas de pasta que le sentaban muy bien y no supe bien si le gustaba lo que veía o no.

— Puede llamarme Bea —le indiqué con educación y procurando disimular cuanto me imponía su atractivo.

— Si no te importa, prefiero llamarte Beatriz — me dijo apoyándose en su asiento de ejecutivo, dominando a la perfección la situación.

— Usted es el jefe — se lo dije muy diplomáticamente pero lo enganchó a la primera; *sí* me importaba.

Me miró durante unos segundos y creí que ya iba a caerme la primera bronca por no saber callar a tiempo.

— Exacto, ¿empezamos?

De los nervios se me cayó la carpeta que me había dado Amanda y donde debía empezar a apuntar sus instrucciones. Recogí con rapidez el papeleo y me puse en acción de nuevo, pero con tan mala suerte que el bolígrafo se me resbaló de los dedos y fue a parar justo delante de su impecable camisa. Le miré sonrojada mientras él me daba el maldito boli alzando las cejas y con cara de estar partiéndose de risa por dentro. Con la poca dignidad que me quedaba, me atusé la falda y me dispuse a ser la secretaria más eficiente que hubiera tenido en su vida.

— Cuando quiera, señor Costa.

— Puedes llamarme Lucas —me dijo con rapidez.

Lo miré a los ojos y vi cómo me retaba. Y a mí, a retos, no me gana nadie, aunque debía acordarme que era mi primer día y un “si no le importa, prefiero llamarle señor Costa” podía costarme el puesto.

— Lucas, como usted diga — mis palabras eran sumisas pero él era lo bastante listo como para saber que le seguía el juego.

— Beatriz, nada de usted. Empecemos que en media hora tengo una reunión. Y empezó a dictarme como un descosido sin darme respiro.

A mediodía teníamos un descanso de treinta minutos para comer. Amanda, muy amablemente, me había indicado dónde podía comer bien por la zona y me había enseñado la cafetería del primer piso del edificio donde ofrecían un servicio de catering. Me dirigía hacia allí cuando una chica menuda y rubia se detuvo frente a mí.

—Hola, nos han presentado antes.

—Sí...

— Soy Patricia, Pat para las amigas — seguidamente me dio dos besos — Soy la que está en esa zona. — Señaló con el dedo hacia una mesa — Como el primer día es como un poco palo ir sola he pensado en acompañarte, ¿te va bien? Hay un bar cerca de aquí donde ponen café del bueno.

Me cayó bien al segundo aunque hablara por los codos. Me llevó a un bar situado a una calle de la oficina y donde había más gente de nuestra empresa. Nos sentamos junto a un par más de chicas, Olivia y Sandra, quienes fueron igual de simpáticas que ella. Reconocí a la primera por su pelo naranja y a la segunda porque era altísima. Trabajaban en la misma planta que yo.

— ¿Así que Lucas de jefe eh? Menuda suerte chica — dijo Olivia mientras masticaba su sándwich vegetal.

— Depende de cómo lo mires — le dijo Sandra y ambas rieron.

— ¿Por? —les pregunté tranquila.

—Vamos, no la asustéis el primer día — les riñó Patricia de forma cariñosa y entonces me habló a mí. — Bueno, Lucas es algo especial.

Aquellas dos se carcajearon.

— Ni caso — me aconsejó — Es un poco serio, nada más.

— ¿Nada más? —Olivia seguía riéndose — Vamos Pat, Lucas roza lo borde.

— Yo creo que alguien le metió un palo por el culo y aún no...se lo han... sacado — Sandra apenas podía terminar la frase del ataque de risa que le había dado.

— Pues no me ha parecido tan...

— Espera y verás — me cortó Olivia.

— Hoy sólo has visto lo jodidamente bueno que está — Sandra me guiñó un ojo.

— Sigo pensando que es gay...— Olivia se dirigió a Sandra.

Empezaron a discutir sobre la sexualidad de mi jefe, de si tenía novio o novia, o de incluso si era asexual porque jamás lo habían visto con nadie. Bromearon de nuevo sobre él justo cuando entró por la puerta con un par de ejecutivos.

— ¿Qué edad tiene? — les pregunté observando cómo andaba y lo bien que le sentaba el traje.

— Eso sí te lo puedo decir seguro: treinta y tres — Amanda respondió con rapidez — Soy la secretaria de la de recursos, de Raquel, y si quieres te cambio el jefe porque la mía es de armas tomar.

Y ahí empezó un nuevo debate en la mesa: a ver quién tenía el jefe o jefa más crápula. Las escuchaba e iba charlando con ellas, mientras iba observando a Lucas. Estaba en la barra tomando un café y hablando con aquellos dos. Inesperadamente clavó sus ojos en mí, como si supiera que yo estaba allí. Sus ojos de pantera traspasaron los míos y tuve que retirar la mirada a la vez que me sonrojaba sin poderlo evitar. Me puse las manos en la cara para que ellas no se dieran cuenta de nada y no volví a fijarme más en él por si me pillaba de nuevo.

Los treinta minutos de la comida fueron fructíferos; pude saber que mis nuevas compañeras consideraban a Lucas como un jefe demasiado serio, callado y poco dado a intimar con nadie de la empresa. No se le conocía pareja ni se

sabía mucho de él. Era alguien que separaba muy bien el trabajo de su vida personal. Patricia suavizaba los adjetivos de las otras dos pero el mensaje era el mismo; Lucas era un tío estricto y de carácter tosco. Aunque a la empresa, todo eso le daba igual, era bueno en lo suyo y siempre sacaba el máximo rendimiento para ellos.

## Incluso el más guapo tiene problemas

Llegué a casa a las cinco de la tarde y me estiré en el sofá mientras hablaba por *Whatsapp* con Ari porque ella aún estaba trabajando.

Ariadna es mi mejor amiga, de esas amigas de toda la vida que pase lo que pase siempre están ahí. Es una chica dinámica y divertida, optimista a más no poder y siempre andamos juntas haciendo planes. Es fotógrafa de modelos y le apasiona el arte y la naturaleza. Físicamente es guapa aunque ella diga lo contrario, (creo que es porque está todo el día rodeada de chicas de plástico).

Le estaba explicando cómo me había ido en el curro y todo lo que sabía de mi nuevo jefe. Ambas coincidimos en que no me iba a aburrir en la oficina. Después pasamos al tema “Sebas”, quien me había invitado a cenar a su piso esa misma noche. ¿Cena formal o informal? No tenía ni idea.

La invitación era para las ocho y a las ocho y cinco allí estaba yo. Con mi falda corta, mi blusa estampada y mis zapatos de tacón. Me abrió la puerta un Sebas en vaqueros y camisa azul claro. Nos miramos sonrientes y nos saludamos con dos besos. Olía de maravilla, como siempre. Entré y le seguí hasta la cocina, donde me ofreció una copa de vino blanco fresco.

— *Touché* — le expresé así lo bueno que estaba ese vino.

— Sabía que te gustaría — afirmó pagado de sí mismo mientras miraba dentro del horno. Desprendió un aroma celestial.

— No me digas que sabes cocinar — sonreí ante su cara de sorpresa.

— ¿Lo dudabas?

— Creí que cenaría pizza — le argumenté para picarlo.

— Que poquito me conoces Beauty. Vamos a tener que solucionar eso, ¿no crees? — Sebas estaba muy seguro de él mismo y yo no quería ser menos.

— Por supuesto — le respondí relamiendo mis labios de forma descarada.

— Bea, no me provoques — me avisó dándome la espalda mientras sacaba la bandeja del horno.

Me reí por lo directo que era y porque en parte estaba algo nerviosa, para que

negarlo. Estar en la cocina de mi vecino “el buenorro”, con una copa de vino y con mucha noche por delante, me tenía un pelín inquieta.

— ¿Cómo ha ido en el nuevo curro? —me preguntó mientras servía los platos con mucha maña.

— Ha ido genial —le di un sorbo a mi copa mientras pensaba en Lucas —Mi jefe es algo peculiar pero creo que me va a gustar trabajar ahí.

— ¿Peculiar por qué?

Le comenté por encima lo seco que era y lo poco que se sabía de él, pero omití decirle que estaba como un dios porque no me pareció lo más oportuno en ese momento.

Lo seguí hasta su salita de estar donde estaba la mesa puesta de manera informal. Sebas dejó ambos platos y me invitó a sentarme retirando una silla. Sonreí pero de repente me sobresalté cuando noté su aliento en mi cuello.

— Hueles divinamente — me susurró.

¿Oiga? ¿Los bomberos? Aquí Bea en llamas...

Si estando preparada, ya me costaba no encenderme, imaginaos así de sopetón.

— ¿Tienes hambre? — seguía pegado a mi oreja y me había dejado bloqueada.

— ¡¡Ostia puta Sebastián, estoy hasta el mismísimo coño...!! — tardé unos segundos en reaccionar y en entender de dónde salía esa voz femenina y chillona.

— Joder Marta, ¿¿de qué vas?? — A Sebas le ocurrió lo mismo aunque él sí sabía quién era.

¿Marta? ¿Quién es Marta? Me puse en pie al instante. Ví a una chica alta y delgada yendo hacia Sebas de forma poco amistosa.

— ¿Qué de qué voy? Manda cojones la cosa tío, ¿de qué vas tú? — De pronto la chica me miró a mí.

— Marta, ¿por qué leches tienes las llaves del piso? — preguntó Sebas enfadado.

— ¿Quién es? —ella seguía mirándome — ¿Una puta profesional?

¡Ostia!, que insultara a Sebas era su problema, pero a mí que no me tocara la moral. Fuera quien fuera. Miré a Sebas y él me pidió con los ojos que no le hiciera caso.

— No te pases Marta, no puedes entrar aquí, insultando como una loca...  
— le respondió entre dientes. Aunque me estaba defendiendo no me gustó verlo de esa forma. Nuestra relación, hasta entonces, siempre había sido armónica y jamás lo había visto enfadado.

— ¿Lo sabe qué te las tiras a pares? ¡¿Lo sabe?! — gritó ella señalándome. Esa chica estaba rabiosa y yo iba a salir salpicada, así que decidí que lo mejor era dejarlos solos y que aclarasen lo que tuvieran que aclarar.

— Bea, — Sebas me frenó mientras me iba — Marta se va a ir a la de ya. No entendí qué estaba sucediendo ahí. Ella se sentó en el sofá y cruzó sus largas piernas.

— No me voy a ir a ningún lado — le provocó ella más calmada.

— Primero me vas a dar las llaves Marta...

— No, guapo, no, primero vamos a hablar tú y...

Me fui. Lógicamente. Sin decir nada más me fui de aquella discusión en la que yo no pintaba nada. Entré en mi piso dejando atrás gritos, sobre todo de ella. Puse la televisión y fui a cambiarme de ropa. La noche se había terminado y de repente me sentí cansada y cabreada. Había sido un día lleno de sorpresas y no esperaba terminarlo con mi pijama y comiendo un yogur de frambuesa, mientras me preguntaba quién carajos era esa Marta.

Aquella noche, soñé cosas raras, cosas de esas que asocias a lo que te ha ocurrido durante el día; sé que abría el horno y que salía una mano acusadora y decía algo así como “zorra, no me vas a comer” o algo parecido. La cuestión era que, aun así, dormí bien, me levanté como nueva y con ganas de ir al trabajo. En parte por la novedad y en parte porque Lucas me intrigaba como persona, sin dejar de lado lo bueno que estaba.

Me vestí de chica de oficina: blusa, faldita y tacones medios. Me maquillé lo necesario y me peiné la melena en una coleta alta. En el trabajo siempre

llevaba el pelo recogido por comodidad. Mientras iba dando un repaso al Facebook con el móvil, me tomé mi café solo con tranquilidad, era mi desayuno predilecto y si me faltaba me ponía de mal humor. Terminé y salí ipso facto del piso. En ese momento volví a pensar en Sebas y me mosqueé, ¿cómo habría acabado la bronca entre ellos? ¿Reconciliación? O...

— Bea — Sebas había abierto la puerta de su piso. Iba despeinado, llevaba solo un pantalón de pijama fino a rayas e iba descalzo. Ví su abdomen duro y su fuerte pecho de refilón. Debía ser educada y mirar a los ojos, aunque costara lo suyo — Perdona por lo de ayer...

— No pasa nada — le corté dándole a entender que no me importaba aunque no era verdad. Ni siquiera me había mandado un simple mensajito para decirme no sé...algo así como ¿lo siento? Ya sé que los hombres son de otra pasta pero joder, estábamos en plena cita, ¿o no era una cita? Sebas no era un chico cualquiera, era demasiado guapo y según como, podía ser un defecto. Enorme. Su ego estaba hinchado y se suponía que las féminas perdíamos el culo por alguien como él. Y yo no quería ser como todas. Así que no iba a pedirle explicaciones ni a montarle numeritos. Si alguien tenía que ir detrás de alguien, sería él detrás de mí.

— ¿No estás enfadada? — preguntó sonriendo. Qué fácil para ellos creer que nosotras éramos así de simples.

— Para nada — mentí otra vez.

— Me alegro Beauty — dijo más contento.

He aquí la cuestión: estaba centrando mis esfuerzos y mi sex appeal en alguien que no quería pareja. A ver, no podía dejar de gustarme, me atraía a horrores pero quizás podía dejar de intentar conquistarlo. ¿Y si sólo teníamos sexo?

— Me voy Sebas, nos vemos — le dije antes de perder el ascensor.

Cogí por los pelos el autobús que me llevaba hasta la oficina. Estaba a reborar y me senté al lado de un adolescente con pinta de rapero, que mascaba chicle de forma bastante asquerosa. Me puse los cascos del móvil y busqué una de Orozco; *Llegará*. Mientras oía su voz cascada seguí pensando en mi vecino. ¿Sólo sexo? No era una buena idea, me conocía, y acabaría pillándome por él. Sería peor, porque el sexo un día u otro termina y ¿entonces? Ni Sebas, ni sexo con Sebas. No, no era un buen plan.

¿Enamorarlo? Eso no se planificaba, eso pasaba sin más. Sólo veía una salida y no me gustaba un pelo: pasar de él. Joder, pero si es que él también me buscaba..., el “solo sexo” ya le estaba bien pero a mí no.

## Rodeada de cañones

Llegué antes de la hora porque quería ir poniéndome al día. Pensé que sería de las pocas pero mi jefe ya estaba allí. Al verme, salió de su despacho acristalado.

— Buenos días Beatriz —esa voz grave y algo rota me gustaba.

— Buenos días Lucas — me miró sin expresar nada.

Realmente tenía unos ojos verdes increíbles, de cerca aún eran más bonitos.

— Cuando estés lista, pasas por mi despacho y coges esas dos carpetas que te he dejado encima de la mesa. — miré hacia dónde señalaban sus ojos— Te pondré al día de los proyectos en los que estamos trabajando. — volví a mirarlo y ya se estaba yendo hacia su habitáculo.

— De acuerdo — ya había cerrado su puerta.

Pues sí que era simpático sí. Pensé en uno de mis profesores de la universidad cuando nos decía que al trabajo uno no va a hacer amigos. Ni que lo jures, pensé en ese momento. Ni amigos ni nada señor Costa. Menudo soso. Las chicas ya me lo habían advertido pero tenía la esperanza de que quizás conmigo fuera distinto. No me lo tomé como algo personal, él era así y yo debía acostumbrarme a su forma de ser. Sin lamentaciones. Tenía a mi favor que era guapísimo y que por lo menos me alegraba la vista cuando iba y venía de la oficina. Lo hacía muchas veces a lo largo del día, lo comprobé nada más comenzar.

— Beatriz — Serio, impecable, elegante... ¿cómo será en la cama? — ¿Beatriz?

— Perdona —bajé de las nubes de sopetón; me había quedado atrapada en sus ojos — Dime.

— ¿Ha llamado el señor Jones? — entonces miré su boca mientras decía “Jones” y mi mente volvió a las andadas, joder, ¿qué boca no? Ese labio inferior pide a gritos ser mordido, besado, chupado o lo que se te antoje Bea, madre mía, debería ser pecado tener esa boca tan sexi.

— No, todavía no — afortunadamente, como mujer que soy, puedo hacer

dos cosas a la vez...todavía. Y me di un codazo a mí misma para reaccionar.  
— Si quieres llamo a recepción y pregunto.

Me miró igual de severo y le sostuve la mirada sacando fuerzas de no sé dónde. Había que tenerlos bien puestos para aguantar su mirada porque entre los ojos que tenía y su manera de mirar, parecía que iba a atacarte en cualquier momento. No sé si fueron segundos o minutos o qué, pero fue demasiado y empecé a ponerme nerviosa. Cuando estaba a punto de repetirle si llamaba a recepción, habló él diciéndome que sí, que llamara.

— Ahora mismo — le indiqué cogiendo el teléfono y librándome de él y de esa tensa situación.

Pero Lucas no se fue, sino que se quedó observándome mientras yo hablaba con Leire, la de recepción. Intenté hacer ver que no estaba y así evité sentir esa presión. No sabía si me estaba examinando o qué. Yo había trabajado de secretaria ejecutiva en un par de sitios más y jamás había tenido queja alguna sobre mi rendimiento.

— Nada, no ha llamado todavía —le informé nada más colgar.

Hizo un gesto afirmativo y se fue sin más. Lo estudié por detrás y no había desperdicio alguno. Suspiré por el mal rato que había pasado.

El tiempo transcurrió volando y en nada acabé la jornada. Había quedado con Ari y Martina en el *Nostre*, la cervecería de la esquina de mí bloque, donde, tomando algo, nos poníamos al día de nuestras cosas. Solíamos hacerlo a menudo, ya que ellas dos también vivían por la zona. Era una buena costumbre y siempre intentábamos poder quedar ese ratito, tuviéramos o no pareja.

— ¡Estoy flipando! — Ari me miraba incrédula. Acababa de explicarle lo que había sucedido la noche anterior con Sebas. — ¿Pero en serio entró en su piso, así sin más?

— Da las gracias que no estabas mirando a la Meca, maja — Martina se partía de la risa con su ocurrencia. Pero vamos, que podía haber pasado. Ari y yo también nos reímos.

— Joder, que desastre. — me quejé.

— Bea, volverá a invitarte, ya lo verás —afirmó segura mi mejor amiga.

— Pero dile antes que ponga una silla en la puerta — la miré sonriente. — Yo tuve un ex que lo hacía por si a su madre le daba por ir a visitarlo. Una vez casi nos pilla en la ducha pero cómo no entró en el baño, no nos vio y se fue. A partir de ese día, sillita en la puerta, maja.

Nos reímos porque Martina era un libro de experiencias sexuales. Lo que no le había ocurrido a ella, no le había ocurrido a nadie.

— Quizás le digo que no —les confesé.

— ¿Por esto de esa tía? — preguntó extrañada Martina mientras daba un repaso a un chico que se sentaba en la mesa de nuestra derecha en la terraza.

— A ver, ya sé que Sebas no es el típico tío de tener pareja y eso pero me da rollo colgarme de él y tener solo sexo no me apetece. Quiero más.

— Oh, oh — Martina hablaba con nosotras pero comenzó un contacto visual con ese chico. — Eso de “más” no suena nada bien.

— ¿Y esto desde cuándo? — Ari me miraba más seria.

— Creo que desde que lo vi. — ala, ya lo había dicho. Sebas me tenía encandilada.

— Joder Bea, menuda sorpresita. Creía que con Javi habías tenido bastante de pichas flojas y de follar contando ovejas — Martina seguía la conversación pero le hacía ojitos al vecino de mesa.

—Oye Martina, no fue culpa de ella que Javi fuera un muermo.

El chico en cuestión nos miró de reojo y les hice bajar la voz.

—No hace falta que se entere todo el mundo de mi vida sexual. — me miré las uñas y pensé que me hacía falta una buena manicura. — No entiendo aún qué pasó anoche, de dónde salió esa tía y quién demonios era...

— Oh, oh... ¡Oh my God!

— Oye Martina, ¿puedes dejar de hacer eso? — resoplé cansada.

Una sombra se acercó a la mesa y a lo lejos oí una voz conocida.

— Carlos, perdona el retraso, no encontraba sitio para... — *oh oh* — aparcar.

— Joder. maja, menudo morenazo a las tres. — Martina habló por la bajini y Ari puso cara de admiración.

No me quise girar, ya había reconocido de quién era esa voz tosca.

— ¿Beatriz?

— Ella misma — contestó inmediatamente Martina alegremente. No podía resistirse al género masculino. —Y nosotras sus amigas. Soy Martina y ella Ari, ¿y tú eres? — me levanté de la mesa y ellas dos hicieron lo mismo.

— Es Lucas, mi jefe — todo el mundo notó mi tono de advertencia.

— ¡Ajá! — Martina, habitualmente, con esa expresión procuraba no decir cosas fuera de lugar y como Ari también la conocía se adelantó a saludar a Lucas antes de que metiera la pata y dijera algo así como “con un jefe como este yo sería una porno secretaria”. Sería típico de ella.

—Hola Lucas — hubo un momento en el que Ari no supo si darle dos besos pero él hizo el gesto y se dieron los besos de rigor. Repitió lo mismo con Martina y entonces me miró.

— Qué coincidencia — atiné a decir mientras me quedaba tiesa como un garrote al notar su mano en mi cintura, una mano que subía mientras me daba también dos besos. ¿Me estaba acariciando o era cosa mía?

— Mucha.

Hubo unos segundos de silencio absoluto e incómodo.

— ¿No nos presentas a tu amigo? — ¡oh gracias Martina por ser tan directa y tener tanta caradura!

Hicimos los pertinentes saludos. Carlos era un amigo de Lucas y se había trasladado a esa zona de la ciudad hacia un par de meses. Me fijé que vestían de forma parecida; pantalones de pinzas y camisa. Su amigo no era tan guapo pero era atractivo y tenía una de esas caras de buena persona. Él y Martina se cayeron muy bien, lo notamos todos creo, y me hizo muy poca gracia, la verdad. No me gustaba mezclar cosas, y menos el trabajo con el placer. Pero no pude impedir que acabáramos los cinco sentados en la misma mesa. Carlos nos invitó a probar una cerveza belga y Ari y yo seguimos el rollo a una entusiasmada Martina. La verdad es que me extrañó que Martina tuviera tanto

interés porque no era el típico alto, morenazo y con cara de pillo que a ella le molaba, pero en fin, quizás necesitaba un cambio en su vida.

Estaba claro que mi jefe era un tío diferente y no dejé de observarlo porque seguía igual de callado que en el trabajo. Carlos llevaba la batuta junto a Martina. Ari y yo bromeábamos y demás, pero Lucas aparte de alguna media sonrisa, hablaba muy poco. Estaba pendiente y seguía nuestras conversaciones pero parecía más un espectador que un actor, y yo me preguntaba si eso era normal en alguien tan joven. Entendía que en el curro uno tuviera una manera de comportarse, pero fuera, lo suyo era despejarse un poco, digo yo.

— ¿Y sois muy amigos? — preguntó indiscretamente Martina a Lucas.

Él la miró pensativo y finalmente respondió. Estábamos todos a la expectativa, a ver qué decía.

— Si quieres saber si puedo ayudarte a ligarte a Carlos es un “depende”.

Abrí los ojos intentando entender qué decía.

— ¿De qué depende? —Martina sí lo había entendido.

— De si me devolverás el favor —Lucas le sonrió y nos quedamos las tres admirando esa hilera de dientes blancos y perfectos. Era la primera vez que lo veía sonreír así.

—Por supuesto —le replicó Martina.

— Carlos. —su amigo lo miró divertido —Cásate con ella.

Nos reímos los cuatro a carcajada limpia y Lucas siguió con esa sonrisa enigmática que lo hacía aún más atractivo.

Carlos, Martina y Ari volvieron a coger el hilo de la conversación. Lucas y yo nos miramos como si estuviéramos solos. ¿Me gustaba Lucas? No, no, sólo que ver su sonrisa y ver que era incluso capaz de hacer alguna broma, me había agradado. Nos sonreímos hasta que Martina nos interrumpió.

— Bea, Don Juan a dos pasos de ti — ¿cómo?

Me giré y vi a Sebas. ¿Qué le costaba a Martina hablar como una persona normal?

— Apuesto el cuello a que es el de anoche —dijo Carlos. Lo miramos

todos y yo con la boca abierta —Jolines, hablabais tan alto que lo hubiera oído hasta mi abuelo, que es algo sordo.

— Que bien vivimos — Sebas nos saludó alegre y dirigimos la atención hacia él.

— Se hace lo que se puede, vecino —le replicó Martina.

— No nos quejamos, no — Ari se levantó y le dio dos besos.

— No me hagas levantarme, ¡Mua! — Martina le tiró un beso con la mano.

— Bea, ¿no saludas? — me levanté como si tuviera un petardo en el culo. Estaba algo saturada con mi jefe ahí, sus ojos de gato y el comentario de Carlos.

— Sebas, ¿qué tal? — me sentí observada por veinte ojos.

—No tan bien como tú —me dijo bromeando, como siempre, pero me puse roja y él me miró extrañado. Pasó la vista un segundo por Carlos y Lucas. — ¿Os la puedo robar un momento? —dijo mirándome fijamente.

Seguidamente puso su mano en mi cadera derecha, me rodeó la cintura con toda naturalidad y nos apartamos unos metros de la mesa. Seguía sintiendo que me observaban; quise comprobar si era mi jefe y cruzamos la mirada unos segundos. Quizás él tenía curiosidad sobre mi vida como yo sobre la suya.

— Bea, sobre lo de ayer — Sebas cogió mi mano derecha y un escalofrío recorrió mi columna. — No quiero que pienses cosas que no son. — ¿ahora sí quería darme explicaciones?

— ¿Y qué pienso según tú?

Sebas suspiró y me miró retirando un mechón de mi cara. Ese detalle me desarmó por completo.

— Eso quisiera yo saber — ¿qué quería decir? Volvió a soplar como si le superara la situación.

— Mira, Sebas, yo no quiero rollos raros y lo de ayer me pareció *flipante* —repetí las palabras de Ari pero algo mosqueada.

— Estás enfadada — afirmó sin preguntar pero alegre, soltando mi mano.

— ¿Te parece gracioso? — ¿Es que encima se reía de mí?

— No, no. Bea escucha, déjame resarcirte por lo que pasó. Por favor —puso cara de niño bueno y le reí la broma.

— Pero en tu casa ni hablar — le dije rotunda —No quiero poner sillas en la puerta.

— ¿Qué dices? — me miró como si hablara chino.

— Nada, cosas de Martina. — le comenté quitándole importancia.

— Les has contado qué pasó —dijo sonriendo, como si aquello en vez de molestarle, le gustara.

— Por encima — le informé dándole menos importancia de la que tenía. Miré un segundo hacia la mesa y vi como cotorreaban mientras Lucas me miraba. — Y creo que ahora mi jefe también lo sabe.

— ¿Tu jefe? ¿De qué hablas? — se rió porque creía que estaba diciendo alguna payasada de las mías. Pero no señores, fijo que Martina estaba dándole a esa lengua larga que tenía. Le costaba entender qué significaba la palabra intimidad. Y tal como ella te explicaba con pelos y señales cómo era el falo de su último ligue sin importarle demasiado, pensaba que a los demás tampoco nos molestaba ir compartiendo nuestra vida privada.

— El que está al lado de Ari es mi jefe, Lucas — le indiqué y Sebas miró más serio hacia allá — Nos hemos encontrado de casualidad y yo hablaba con ellas sobre ti. Su colega, Carlos, nos ha oído y...

— Y están hablando de nosotros. — nos miramos sonriendo y vi un brillo especial en sus ojos — Pues que hablen ¿Quedamos mañana entonces, Beauty?

— Sí — me salió del corazón, o de mi cuerpo vamos, pero me salió sin más. Ni lo pensé y eso que en mi cabeza rondaba la idea de decirle un no.

— Tengo una cena pero ¿me paso luego? — le miré sorprendida, ¿una cena? — Es de negocios, quiero decir, con los socios del bufet y acabará en nada.

— Pues quedamos otro día — le dije molesta.

— Vamos, Bea, no seas mala. — rogó haciendo un mohín.

Me reí con su gesto.

— A las diez estoy ahí, te lo prometo. Y si no me abres me quedaré en tu alfombra como un perro. — no dejaba de sonreír mientras me cogía de nuevo la mano.

— Liante.

— Soy capaz, te aviso. Y después te meteré una buena denuncia por malos tratos.

Se echó a reír y yo le seguí.

— Conozco a un buen abogado.

Puso los ojos en blanco y ladeó la cara.

— No podrá conmigo. Y si hace falta, te saco de la cama.

— Insistente —lo acusé divertida.

— Sólo cuando merece la pena.

— Eso se lo dirás a todas. — Típica frase que sería verdad en ese caso.

— ¿Lo de la cama? — nos reímos a la vez.

Hubo unos segundos de silencio y él rompió el hielo.

— ¿Un vino a las diez? — preguntó rogando.

— Hecho.

No podía resistirme a sus encantos, buf.

## No problem, boss

Cuando volvimos a la mesa, charlaban animadamente, excepto Lucas que seguía como distraído. Sebas se despidió de todos, sin dirigirse a nadie en concreto, y yo volví a mi silla.

—Vamos ya por la segunda ronda — me informó Martina alzando ambas cejas varias veces. — Venga, cuenta.

— No — le dije riendo — No seas tan cotilla.

—Anda Bea, ahora que nos hemos puesto al día, ¿nos vas a dejar así? — Carlos se parecía bastante a Martina.

Lucas también me miraba pero no decía nada. ¿Qué pensaría de mí? Ya era mala suerte tener que coincidir de esa manera y encima que se enterara de mi vida sexual gracias a mis amigas del alma.

— Que no — repetí mientras cogía la botella y leía la etiqueta donde ponía *Staropramen*. — Esta sí que la conozco.

— La ha elegido Lucas — me informó Ari mientras cogía su móvil: la banda sonora de *Pretty Woman* salía de su bolso — ¿Mamá?

— Es de Praga — le sonreí a Lucas al recordar mi viaje hacia un par de años con mi ex. Además esa cerveza se había convertido en una de mis favoritas, suave pero con un punto distinto al resto.

Ari se levantó de la mesa para hablar con su madre. Simultáneamente Carlos le enseñaba unas fotos a Martina sobre una salida en yate o algo así.

— Es flojita — Lucas, sorprendentemente, siguió hablando — ¿Hace mucho que estuviste?

— ¿Cómo sabes que he estado allí?

— Por como brillan tus ojos — era la última respuesta que yo esperaba. Y añadió — ¿Le has dicho que sí?

— ¿Cómo?

— A tu vecino.

Vaya, para lo poco que hablaba preguntaba mucho.

— ¿Y por qué quieres saberlo? — cuando pillara a Martina se iba a enterar por bocazas.

— Le has dicho que sí — dijo en un tono de decepción que me molestó. Abrí la boca para decirle cuatro cosas pero recordé quién era. — En la calle no soy tu jefe — me indicó tranquilo.

¿Me leía el pensamiento o qué?

— Entonces deja de intimidarme.

— ¿Eso hago? — se mordió el labio inferior, ¿adrede?

— Lo parece — le repliqué picada. — Y sí, he quedado con él pero no sé por qué tanto interés. ¿Acaso te he preguntado yo nada?

Lucas cerró los ojos unos segundos y apretó sus labios. Me miró fijamente y sonrió solo unos segundos.

— Puedes preguntar lo que quieras.

— No voy a preguntarte nada, Lucas — marqué su nombre con cierta chulería. Me moría por saberlo todo y todo, como aquella del anuncio.

— Te tenía por más curiosa — bebió de la copa y me miró a través del cristal.

— Y yo a ti por más callado.

— Y lo soy. — le interrogué con la mirada — Con quien me interesa, claro.

— Doy fe — nos interrumpió un Carlos sonriente — ¿Os apuntáis mañana a una salidita en yate? — nos preguntó a ambos.

— Beatriz tiene una cita — respondió mí jefe en un tono seco.

— ¿Tienes un yate? — le pregunté ignorando a Lucas.

— Es de tu jefe, maja — respondió una Martina eufórica y me giré de nuevo hacia Lucas.

— Venga, pregunta — me picó.

— Paso — le respondí chasqueando la lengua, como si no fuera alucinante;

un yate, anda que.

— ¿Ari una vuelta en barquita? — preguntó de nuevo Carlos mientras ella venía con cara de agobiada: su madre era un poco controladora.

— Me mareo viendo una pecera, así que no contéis conmigo —se sentó resoplando. — Pero quizás os mande a mi madre un rato. — Ellos se rieron y yo la miré con una sonrisa de comprensión. —Debo irme.

— Sí, yo también —me levanté de la mesa y el resto hizo lo mismo — Si me duermo mañana, quizás el jefe me riña.

— Dile que no sea tan duro — Martina se burló. Ella y Carlos estaban cogidos de la mano. Lo que me temía.

Nos despedimos rápido y Martina se quedó con ellos. Me fui a casa ilusionada por Sebas pero pensando también en Lucas. Llevaba más de seis meses soltera y ligando sin preocupaciones, y de repente aparecían en mi vida semejantes hombres. Muy distintos entre sí pero igual de interesantes. Sebas era el típico guapo que no se deja cazar. Lucas era más mayor, más serio pero singular y distinto de los típicos tíos buenos que había conocido hasta entonces. Dos hombres seguros de sí mismos, exitosos, con dinero y encima demasiado guapos, altos y con un cuerpo de diez. Y, yo, afortunadamente, había conocido a los dos. Eso sí, había que separar el tipo de relación que tenía o tendría con ellos.

Sebas me gustaba mucho, tanto como para plantearme tener algo más con él, después de que juré entre clínex y gin-tonics que no saldría con nadie más en serio hasta que pasaran diez años. Con lo de mi ex había tenido para rato y había salido escaldada. A las dos semanas de dejarlo, mis amigas me arrastraron a salir y en nada comencé a pasármelo bien y a tener rollitos de una noche. Pero nada serio, por supuesto, yo no quería nada serio, hasta ahora con Sebas.

En cuanto a Lucas, era mi jefe, y poco más que decir. Que tenía un físico espectacular y que sería raro no sentirse atraída. Además era... diferente y eso me gustaba, pero de ahí a ir a más con él, había un mundo.

Al día siguiente llegué a la oficina igual de temprano, era una manía mía, y vi

que Lucas también la compartía porque ya estaba allí. Levantó la cabeza del papeleo que tenía entre manos y me dio un rápido repaso antes de llegar a mis ojos. Me sentí, por unos momentos, desnuda ante él. Me imponía, esa era la palabra.

— Buenos días Beatriz — me saludó exactamente igual. No había cambiado nada. En parte lo agradecí porque en el bus había estado dándole vueltas al asunto.

— Buenos días Lucas — volvió a la lectura y yo me senté en mi mesa para preparar la faena del día.

— ¿Quieres un café? — primero le miré a él; vi que no me miraba, y entonces busqué a quién se dirigía. Allí no había nadie. — Hemos habilitado una de las salas pequeñas para poner una cafetera y cuatro dulces. Los de marketing hacía tiempo que lo pedían. Así no tenemos que bajar a la cafetería— Juro que seguía hablando y mirando sus papeles pero se dirigía a mí, claro.

— No, gracias — Lo último que me apetecía era estar en una sala silenciosa y cara a cara con él. Mi vista estaba pendiente del ordenador.

— Beatriz — se acercó y por respeto lo miré — ¿Todo bien?

— Sí, claro — respondí con frialdad.

— Veamos Beatriz, Carlos y Martina se gustan, lo vimos claramente ayer. Lo que significa que quizás coincidamos fuera de aquí en alguna ocasión. No hace falta ser amigos pero no quiero que eso se inmiscuya en nuestra relación laboral, ¿me explico? — Sí, señor engreído.

— Te explicas perfectamente — procuré no sonar irónica pero creo que no lo logré del todo.

— Me alegro — respondió con rapidez — Y ahora, ¿quieres ese café?

Me retaba con sus ojos y sin hablar me decía: vamos Beatriz, demuestra lo madura que crees ser. O eso me imaginé yo en ese momento.

— Sí, claro.

Mi yo masoquista me llevó a irme con él a aquella sala pequeña y de paredes demasiado blancas. Me recordó a los hospitales, donde pasé horas con mi

madre antes de que falleciera. Pensé que estaría orgullosa de mí si pudiera verme trabajando en *Synch* y al lado de un jefe tan cañón. Sonreí al recordar sus bromas sobre los chicos que me gustaban. Siempre decía que tenía un gusto demasiado exquisito, y que los chicos tan guapos sólo se querían a ellos mismos. No podía evitarlo, la belleza me atraía, en cualquier sentido.

Ví que Lucas me observaba y dejé de sonreír.

— Un poco sosa la decoración —le solté sin pensar.

— El decorador dijo “puro y limpio” —me replicó mientras me daba la espalda para preparar el café en la *Nespresso* — Aquí tienes diferentes cápsulas, escoge.

Me puse a su lado y pude notar el aroma que desprendía Lucas. Inspiré inconscientemente y procuré sacar el aire sin hacer ruido. Jodido Lucas, que bien olía. Va Bea, quizás lleva los calzoncillos con algún agujero, eso es. Imagínatelo así y deja ya de oler a tu jefe como una perra en celo. Pensé en su ropa interior y lo vi con unos *Armani* apretaditos y marcando bulto. Dios. Se me resbaló la cápsula de los demonios por el suelo y ambos nos agachamos a recogerla. En esa posición la blusa, con el primer botón abierto, dejó una visión generosa de mis pechos cubiertos por un sujetador negro de encaje. Y Lucas se quedó mirando demasiados segundos las vistas que le ofrecía. Me levanté de golpe pero él lo hizo sin prisas, mirando cada parte de mí. Empecé a sentir un calor exagerado entre mis piernas y mis mejillas ardieron repentinamente. ¿Qué me estaba pasando? Quería que Lucas me pusiera encima de la mesa, me subiera la falda, apartara mi tanga y entrara de golpe en mí con su potente pene, que seguro que sería ancho, duro y fibroso. Apreté con fuerza mis piernas mientras Lucas apretaba sus mandíbulas y me miraba extrañado. Fijo que en una peli me giraba y me hacía suya sin compasión. Pero se volvió hacia la cafetera e hizo el café en silencio. Yo no podía hablar, me sentía demasiado caliente para decir nada coherente: ¿puedes pasarme el azúcar y follarme un poquito? Imposible. Mejor no abrir boca y apartarme un poco de ese cuerpo de bombero.

Lucas dejó mi café en la mesa y continuó en silencio. La situación era incómoda pero nada comparado con lo que había pasado segundos antes. ¿Qué había sido esa atracción tan brutal? Me lo hubiera tirado allí mismo, o lo que es peor, me hubiera dejado hacer lo que ese hombre quisiera. Por cierto, Bea,

hombre al que conoces de dos días, no es por nada. Menudo marrón. Lo suyo era ignorar lo que había pasado, pero vamos que pasar no había pasado nada ¿no?

— Lucas — le hablé mirando el café mientras le daba vueltas con la cucharita. — Ayer a última hora llamó el señor Jones — le miré y estaba con sus ojazos fijos en mí — Su secretaria me dejó el mensaje de que en un par de semanas deberás reunirte con él en Londres.

— Perfecto, eso es que quiere nuestro proyecto. Gracias Beatriz. Es una buena noticia. — tomó su café despacio — Tendrás que venir.

— ¿¡Cómo!?

— Te quiero conmigo — me temblaron las manos y él lo notó — Me refiero a que necesito que vengas.

Se acabó el café y dejó la taza encima de una bandeja de metal.

— ¿Te supone algún problema Beatriz? — me miró sin parpadear, esperando que le dijera que sí.

— Sabía que quizás debería viajar en alguna que otra ocasión. No me supone problema alguno — mentí descaradamente porque ir con él al bar de la esquina ya me ponía nerviosa. Le sonreí falsamente y se marchó.

Me flaquearon las rodillas y dejé el café a medias en la bandeja aquella. Apoyé mis manos estirando los brazos en la mesa y respiré hondo. Céntrate Bea, sólo es un tío bueno y además es tu jefe y además vas a viajar con él y además dormiréis en el mismo hotel y joderrrrrrrrrr. Esperé unos segundos a que se me fueran de la cabeza esas ideas y me dispuse a ser la secretaria apta que yo sabía que era.

## ¡Arde Troya!

En el trabajo, ese día, todo continuó igual. Lucas iba y venía, me pedía llamadas y documentos. Pero así como yo lo miraba con otros ojos, él debía ser inmune a mis encantos, porque su trato hacía mí fue igual de frío e insensible. Debo confesar que eso me ayudó a suavizar esos pensamientos lujuriosos y me auto convencí de dos cosas. Primero, que yo no le gustaba ni le atraía. Segundo, que no me convenía tener un rollo con mi jefe y menos sexual.

Cuando por fin terminó ese eterno día, me fui en el bus pensando en Lucas, como no. Pensando en el jefe cuando por la noche había quedado con Sebas. La verdad, tenía ganas de estar con él y de saber quién era Marta. Yo había hecho miles de suposiciones en mí loca cabeza pero quería saber cuál era la acertada.

Llegué al piso, y me tumbé un rato a leer. Agradecí ese momento de relax y de dejar de pensar en chicos. Iba a llamar a Ari para explicarle lo que había sucedido con Lucas y para saber su opinión sobre él, pero lo descarté porque parecía que le estaba dando demasiado protagonismo en mi vida, cuando simplemente era mi jefe. Un jefe que te cagas de guapo, eso sí. Y con el que me iba a ir a Londres. Casi nada.

Sebas llegó antes de la hora, con su bonita sonrisa y su cuerpo de diez. Y trajeado, cosa que me impactó. Siempre vestía vaqueros y camisetas y me pareció más mayor con americana y corbata.

— He venido corriendo — dijo mientras me daba dos besos.

— No hacía falta, te hubiera esperado — le dije sonriendo y yendo a la cocina a por una par de copas y el vino.

— Me tenías acojonado pensando que no me abrirías — soltó cerrando la puerta.

— Mentiroso.

— Buena táctica la tuya Bea — dijo entrando en la cocina.

Buf. Estaba para comérselo así vestido.

— ¿Táctica? — alcé las cejas y esperé su respuesta mientras abría el vino.

— Me has tenido toda la cena pensando en ti. — se quitó la americana y se aflojó la corbata.

Me reí de nervios. ¿Me creía eso? Qué va.

— Y yo me lo creo — le pasé la copa llena de vino blanco fresco.

— Qué mala eres — me dijo entre risas.

— No lo suficiente. — me encantaba aquel coqueteo con él.— ¿Qué tal tu día? — pregunté cambiando de tema.

— Estresante, como es lo habitual, ¿y el tuyo?

— Nada interesante — mentí como una bellaca pero qué iba a decir: ¿he fornicado mentalmente con mi jefe? — Trabajando de secretaria para un jefe muy soso.

Se apoyó en la encimera mirándome sonriente.

— Ese jefe no sabe la suerte que tiene — me guiñó un ojo y nos reímos los dos.

— Eso mismo pienso yo — dije jugueteando con la copa.

— Aunque lo compadezco.

— ¡Oye!

— Bea, esas falditas que llevas deberían estar prohibidas — tomé un sorbo y el vino blanco me refrescó pero me entró un calor asfixiante al notar su mirada.

— No seas descarado — atiné a decir nerviosa — Llevo ropa de trabajo, nada más —dije con dignidad.

— Pues el pobre de tu jefe debe sufrir lo suyo — afirmó muy seguro dando un repaso a mis piernas desnudas. — Si yo fuera él...usaría mi condición de jefe y...

Se me encendieron las mejillas y otras partes de mi cuerpo. Estaba necesitada de él, lo reconozco; tenía mi apetito sexual por las nubes. Sebas no se movió

pero vi el deseo en sus ojos.

— Te subiría ahí, en la encimera—su voz ronca me acarició el cuerpo y noté cómo palpitaba debajo de mi estómago. Se me secó la boca y me quedé sin saber reaccionar. — Y sería un jefe muy malo contigo.

— ¿Cómo de malo? — ¿lo animé a seguir? Por supuesto.

— Bea, en el sexo no se teoriza — dejó caer mientras dejaba su copa. — Se practica — Cogió la mía con delicadeza y la dejó también —Se disfruta — murmuró mucho más cerca — Es como bailar. — susurró.

— Bailar —repetí como una lela sintiendo sus manos en mi cintura.

Sebas me dio la mano y me hizo girar para quedarme de espaldas a él, mi corazón empezó a latir al sentirlo tan pegado a mí.

— ¿Quieres bailar, Beatriz? — Uf, otro que me ponía a cien al llamarme así. Apreté las piernas y mi sexo respondió inmediatamente.

Inspiré fuerte y suspiré casi con un gemidito, no pude evitar expresar lo que me hacía sentir su pecho en mi espalda, su erección en mi trasero y sus labios tan cerca de mi cuello. Presionó más y pude notar su deseo. Cerré los ojos y me dejé llevar. Sus manos subieron despacio por el lateral hasta encontrar el nacimiento de mis pechos. Sólo deseaba que los cogiera, los acariciara y los tomara enteros con sus manos, casi diría que era una necesidad física. Pero no lo hizo. Solté otro gemido ante lo que venía.

— Dime qué quieres Bea.

Joder ¿Qué iba a querer? Que me follara como un animal, es lo que se me pasó por la cabeza. Pero intenté suavizarlo.

— A ti — respondí en un hilo de voz.

— Beatriz, dime qué quieres de verdad

Seguía jugando duro y no le iban las medias tintas pero es que me daba cierto apuro decirle aquello y más en nuestro primer encuentro. Así que con rapidez puse mi mano en su paquete y lo acaricié a modo de respuesta. Sebas bajó una mano a mi pierna y fue directo hasta mi sexo. Apreté un poco porque no me lo esperaba pero él separó mis piernas con maestría. Me sentí doblemente excitada porque ese juego me estaba poniendo a mil. El “no quiero pero sí

quiero” me ponía. Posó sus dedos encima de mi clítoris y no los movió. Joder. Me llegó a doler de las ganas que le tenía. De las ganas de sentir su presión. Y no lo hizo el muy...

— En serio, qué quieres — no era una pregunta, era una exigencia.

Me temblaron las rodillas cuando sentí cómo por fin presionaba con sus dedos y cómo los deslizaba hacia dentro, con facilidad, gracias a lo mojada que estaba.

— Dilo Bea — susurró flojito mientras me masturbaba con agilidad.

Gemí de placer y apoyé mi cuerpo en el suyo. Empezaba a sentir alguna que otra convulsión y el descontrol se iba a apoderando de mi cuerpo y sobretodo de mi mente.

—Sebas... — apenas podía hablar.

— Bea si no quieres que me corra en el pantalón con tu roce, tus gemidos y, tu jodido olor a sexo, por favor, dime qué quieres — su voz rota incrementó mi deseo y el imaginarme que podía mojar su pantalón...

— Fóllame — me salió disparado y con voz desesperada. Por favor, fóllame de una puta vez. Haz lo que quieras pensé. Sodomízame o lo que sea, pero fóllame ya.

Sebas soltó un gruñido gutural y eso me encendió más. Juro que era la primera vez que usaba ese lenguaje con alguien a quien apenas conocía. A ver, no era una mojigata pero tampoco una experta en el tema. Con mis parejas anteriores había practicado lo típico, ya me entendéis y sí, alguna que otra vez había usado ese tipo de palabras. ¿Pero la primera vez? Nunca. ¿Y casi suplicándolo? Menos.

Sacó sus dedos de mi sexo y me quedé vacía, con lo cual aún deseé más sentirme poseída. Me giró de golpe y me levantó por las caderas, encajando su sexo con el mío. Nos rozamos con desesperación, respirando agitados y con ganas de ir a más, aunque no queríamos correr más de la cuenta. Yo me apretaba a él y subía y bajaba por su miembro notándolo duro y caliente.

— Nena, deja de masturbarme así o no respondo — lo único que lograba con su voz grave y sensual era aumentar mis ganas de hacer de todo con él.

Puso sus manos por dentro de mi camiseta estrecha y tomó por fin mis pechos.

— Dios, qué tetas.

Gemí de placer. De puro placer. Qué manos, bendita sea. Tocó mis pechos, los exploró, los apretó, todo con tacto y sabiendo en cada momento dónde poner los dedos. Era increíble, o yo estaba en el limbo y todo me parecía increíble. Seguí apretándome a él y aprovechó para quitarme la camiseta y el sujetador con rapidez. Me miró y su belleza se acentuó al rasgar de esa forma sus ojos vidriosos. No había duda, Sebas me tenía tantas ganas como yo a él. Se acercó a mi pecho y sopló suave mientras con sus expertas manos me bajaba el tanga hasta medio muslo. Cerré los ojos. Sus dedos volvieron a posarse sobre mi clítoris, sin moverse. Sopló en mi pecho y seguidamente lamió despacio, saboreando mi pezón erguido. Un ardor sofocante unió mi pecho con mi sexo, como si él supiera que había una conexión directa. Volvió a soplar mientras con la palma de su mano presionó mi clítoris. Sentí como la mojaba y me cohibí un poco. Cerré mis piernas inconscientemente.

— Bea — abrí los ojos y vi cómo lamía de sus dedos mi humedad. Lo saboreó como si fuera un manjar y yo me quedé hipnotizada ante su gesto. Volvió a por más — No hay nada más gratificante que esta respuesta — Se refería a lo mojada que estaba y abrí mis piernas despacio, dejando que disfrutara de mí y yo de él. — Joder, nena...

Sebas se mordió el labio con lujuria y se me nubló la vista, lo juro. Estaba saturada de placer. Supongo que la situación, la cocina, la encimera, la postura, el cuerpo de Sebas y mis pechos en su boca me superaron. Noté que podía correrme de un momento a otro y no quería. Pero Sebas me estaba llevando a límites que yo no conocía. Me costaba tener orgasmos pero este venía con una facilidad alucinante. Empecé a temblar y a gemir. Sebas no paró de soplar, lamer y mordisquear mis enrojecidos pezones. Eché la cabeza hacia atrás y curvé mi cuerpo hacia delante, ofreciendo generosamente mi sexo.

— Joder — masculló entre dientes pero apenas lo oí. Yo iba a lo mío, lo confieso. Ese chico me estaba dando un placer desconocido hasta entonces y sentía mi cuerpo como si fuera mi primera vez. — Córrete preciosa, córrete en mis dedos — su voz jadeante en mi oído se unió a sus dedos y entonces exploté. La palabra era esa, porque sentí como se contraía todo mi interior varias veces antes de sentir esa descarga por todo mi cuerpo.

— Sebastián... — gimoteé mientras me corría.

Dios, ¿qué había sido eso tan intenso? No podía creer que acabara de tener un orgasmo tan fuerte. Al segundo, sentí como todo mi cuerpo se relajaba, después de la tensión llegaba la calma. Pero Sebas no me dio respiro. No me había dado cuenta de que se había puesto un condón y posicionó su polla para penetrarme. Su cara de vicio me volvió loca y volví a sentir ese pálpito de deseo en mi entrepierna. Madre mía, no me reconocía. Me abrí y me ofrecí como una auténtica salida. Sebas no dejó de mirar mis ojos mientras, despacio, empezó a entrar. Su pene era grueso y me llenaba al completo, rozando así todas las terminaciones de mi interior. Me quedé por unos segundos sin respiración, intentando entender ese placer que sentía.

— ¿Suave o duro? — preguntó ronco.

Penetró hasta el fondo sin dejarme responder. Iba a decirle duro, duro joder. Una mano se quedó en mi cintura y la otra me cogió la melena, por detrás. Noté el calor que desprendía su cuerpo. La dureza de sus músculos. El corazón en su polla dentro de mí. Aquello tenía que ser algo más que sexo. Lujuria. O porno o algo a lo que no sabía ponerle nombre. Olía tanto a sexo que me sentía embriagada. Paró unos segundos y se quedó dentro de mí, sin moverse. Quise darle placer moviendo mis caderas pero me detuvo apretando su mano en mis nalgas.

— No — hablaba entrecortadamente — Déjame tenerte así.

Tragué algo que se me había quedado en la garganta al oír sus palabras. Y cerré los ojos, escuchando su respiración. Fueron unos segundos en los que sentí como si Sebas y yo fuéramos una sola persona, una de esas cosas idiotas que oyes que explica la gente.

Salió despacio de mí, me miró serio y volvió a la carga inesperadamente. Gemí al sentir sus embestidas cada vez más rápidas y profundas. Deslicé mis caderas hacia él para facilitarle la penetración y eso lo torturó.

— Hostia puta — gimió mientras empecé a notar como tensaba todo su cuerpo.

Saber que ese placer se lo daba yo me puso otra vez a cien mil y no sé cómo noté que mi sexo se contraía para recibir un nuevo orgasmo. Increíble. Me relajé como si fuera una muñeca y sentí las penetraciones de Sebas con más

intensidad. Fuerte. Duro. Placentero. Y llegó el inesperado clímax recorriendo cada poro de mi cuerpo. Sebas notó mi orgasmo y aquello fue su detonante.

— Me corro, ¡Dios!

Gimió en mi oído mientras yo sentía el latido de mi placer aún en mi cuerpo y sus últimos empujones hasta parar dentro de mí, jadeante y sudoroso. Resoplamos entre gemidos y poco a poco fuimos suavizando ese modo de respirar, abrazados el uno al otro. Pensé en ese momento tres cosas; que no quería que saliera, que inexplicablemente no nos habíamos dado ni un solo beso y que la había cagado (si eso no fue puro sexo que baje Dios y lo vea).

Él fue el primero en reaccionar de los dos y se separó un poco de mí para mirarme. Yo también aproveché para ver su cara y adivinar si le había gustado. Que se había corrido lo había notado pero me acojoné porque quizás no había estado a su nivel. Estaba segura de que Sebas tenía muchas tablas y que la típica preguntita de con cuántas te has acostado, era mejor ni imaginársela. Había que tomárselo por el lado positivo; el tío tenía una experiencia excepcional, pues mejor. Todo eso que me llevaba, que no era poco; dos orgasmos con alguien que apenas conocía mi cuerpo.

— Beauty, vas a ser mi perdición, ¿lo sabes?

Su voz suave me sorprendió. Me peinó con sus manos y me gustó esa ternura pero miré hacia abajo. Vi mi pecho desnudo, la falda subida y el tanga colgando de uno de mis zapatos. Me entró vergüenza y sólo pensé en vestirme. Busqué mi ropa a tientas y Sebas me pasó el sujetador y la camiseta. Me fui directa al baño a limpiarme. Visto desde fuera podía parecer que yo actuaba algo distante y fría, pero la verdad era que me entró un corte tremendo al verme en mi cocina así con un casi desconocido. Había tenido rollos de una noche, por supuesto, y si te he visto no me acuerdo. Pero eran los típicos rollos de cama, quiero decir, que el polvo se fraguaba en una cama, en la tuya o en la mía. Pero no en la cocina, en plan “estoy tan desesperada que no llego ni a la habitación”. Sí, sí, supongo que eran tabús pero era lo que había aprendido en mis veintisiete años de vida.

## **No hay nada mejor que una mejor amiga: Ari va por ti.**

Los siguientes días de curro fueron bastante estresantes. Trabajábamos a destajo para el proyecto del señor Jones y si Lucas ya era serio por naturaleza, con tanta faena apenas hablaba. En parte, me sentí ignorada pero era mejor así. No tenía ninguna necesidad de enredarme con un jefe y menos con uno tan raro, por muy guapo que fuera. Además, en mi cabeza estaba Sebas y nuestro encuentro sexual. Ari y Martina habían insistido por *whatsapp* que les contara qué había ocurrido, pero no les dije ni mu. Les mandé un “todo a su tiempo chicas”.

El viernes Ari y yo quedamos en vernos. Fui a su piso para tomar algo y después salir un rato. Martina había quedado con Carlos y nos había dicho que ya nos llamaría más tarde.

Ari habló de su última sesión de fotos y estuvimos poniendo verdes a esas modelos tan perfectas, era purita envidia, para qué negarlo. Pero pasábamos el rato haciendo trajes por diversión.

Mi mejor amiga sabía lo que me gustaba y tenía preparada cerveza bien fría. Empezamos el segundo botellín y las conversaciones más serias. Yo le tenía que explicar mi noche con Sebas y ella que había conocido a un pintor en una galería de arte.

Ari estaba divorciada. Se casó un pelín joven, muy ilusionada, y al final le había salido rana. Entonces tenía veintidós años y todo el mundo le decía lo mismo pero hizo oídos sordos. Durante el primer año todo fue genial pero luego vinieron los problemas. A él le iba demasiado la juerga y terminaba en situaciones poco afortunadas; en la cama de alguna chica o tirado en la cuneta de alguna carretera. La cuestión fue que Ari aguantó el tipo un par de años más hasta que dijo basta y empezó el lío del divorcio. Él quería quedarse con todo y ella no se dejó. Buscó a una buena abogada, Ari tiene muy buenos contactos debido a su trabajo, y la letrada dejó en calzoncillos a su ex marido. Por una vez, la justicia funcionó y la noche que supimos que todo había terminado, nos cogimos un pedo del quince. De eso hace ya un par de años y desde entonces no ha tenido ganas de correr con ninguno más, incluso creo que a veces cuando empieza a notar que alguno le gusta más de la cuenta, se lo quita de encima.

Siempre le meto caña diciendo que es una cobarde y que no tiene porqué ir al altar a las dos semanas, pero no me hace ni caso y no sabe tomarse el tema con calma. Quizás le faltaba tiempo para lamer esas heridas.

— Ostras Ari, ¿y dices que te parece feo?

Mi amiga siempre había sido original. ¿Esa sería la palabra? O poco corriente. No seguía modas, ni le iban las cosas estereotipadas ni marcadas por nadie. Era muy suya y no le importaba demasiado lo que opinaban los demás de ella. Yo la admiraba y Martina le decía que era una antisocial pero a ella se la sudaba. La verdad era que conocía a miles de personas pero no se abría con facilidad. En ese aspecto, nos parecíamos bastante, no nos gustaba ir explicando nuestra vida como dos cotorras. Yo le decía a Martina que Ari era selectiva. Martina no nos entendía porque ella hablaba hasta con las piedras y no sentía ningún pudor en explicar que le olían los pies a alguien que acababa de conocer. Martina quizás era el otro extremo y le ponía ese punto loco a nuestro trío amistoso.

Ari no era una chica del montón, era una chica que vivía la vida a su manera, sin presiones de ningún tipo. Era su propia jefa y como era buena en lo suyo, no le faltaba nunca trabajo. Ganaba pasta larga y hacía lo que quería. Lo que más le gustaba era pasearse por los museos de arte y yo la acompañaba porque disfrutaba con ella interpretando como nos daba la gana las pinturas expuestas. A veces nos lo tomábamos en serio, pero otras nos partíamos de risa con las conclusiones que sacábamos.

Y en una de esas exposiciones conoció a Alejandro, un pintor novel de retratos que había logrado exponer en una pequeña galería del barrio Gótico. Aquel día, Ari fue con un amigo suyo que conocía al pintor y según ella se cayeron bien. Quedaron un par de días para tomar un café de manera informal y ahora Ari se planteaba si volver a quedar o no con él. Alejandro estaba interesado en mi amiga, pero Ari no quería meterse en ninguna relación. Me sorprendió que lo encontrara feo, la verdad.

— Sí, es feúcho — respondió sonriendo con cara de boba.

— ¡Pero te encanta! — exclamé.

— Sí, me gusta un montón. Y eso que sólo lo he visto un par de veces pero hemos hablado bastante por *mails* y creo que es un tío de lo más. — vi que

realmente estaba ilusionada.

— ¿Pues por qué dudas? Ari no seas tonta, queda con él y ve despacio, pero no te lo niegues si realmente te apetece conocerlo.

Me miró con una gran sonrisa.

— Sí, tienes razón y es que además no podría decirle que no. —brindamos con nuestras botellas y ambas bebimos.

— ¡Quiero conocerlo! — exigí haciendo pucheros.

— Vale, la próxima semana vamos a la galería y me dices qué te parece.

— Seguro que me gusta.

— Es feo.

—Y dale —nos reímos las dos — Ya, ya sé, que tengo obsesión por los tíos buenos.

— Y no lo puedes evitar. ¿Qué con Sebas? ¿Fue bien la cosa?

— Fue mejor que bien, nos acostamos y eso, bueno, acostarnos en la cama no...

— Joder Bea, explícate bien. — me cortó porque no me seguía — ¿Lo hicisteis?

— Sí, en la cocina, en la encimera y sin besos —lo solté de carrerilla como si fuera la lección del cole.

Ari asimiló la información.

Le expliqué por encima nuestra cita, sin dar detalles. Afortunadamente no estaba Martina porque con ella no hubiera podido escapar de según qué preguntas. Ari era directa pero no indiscreta y no necesitaba saberlo todo, me veía la cara mientras se lo contaba y ya captaba lo mucho que me gustaba Sebas.

— Total, que sigues sin saber quién es Marta, manda lo que manda chica.

— Se me olvidó, qué quieres que te diga. — levanté los hombros.

— Ya, ya, estabas muy entretenida.

— Creo que me drogó o algo así —nos reímos las dos juntas.

— Sí, con tu vino —recalcó sonriendo.

Después de casi un par de horas de cotilleo, nos entró el hambre y Ari me propuso ir a un local nuevo donde se comía de picoteo pero en plan selecto. Uno de esos sitios pijos a los que nos gustaba ir de vez en cuando. Ella conocía a mucha gente que se movía por ese ambiente y esporádicamente íbamos para darnos un homenaje. Era un lugar chic, con luces de colores y muy modernista. Había bastante gente pero también mucho personal tras la larga barra en forma de u, así que te atendían con rapidez. Nos colocamos en una de las esquinas y cogimos la carta. Entre risas y cachondeo escogimos lo más raro que leímos. Ari no tenía problemas para comer pero yo era más asquerosilla. Así y todo, me gustaba probar cosas y ella se partía de la risa al ver mis caras cuando no me gustaba lo que comía. Me encantaba disfrutar de esos pequeños detalles con mi mejor amiga.

Mientras tomábamos una copa de vino blanco fresco observamos el local y la gente. Nos gustó porque aunque era un lugar caro, la gente no parecía estirada ni demasiado pija.

— Bueno, la rubia Barbie de enfrente se ha tragado una escoba, seguro — miré hacia adelante y vi a una chica alta y rubísima.

— No Ari, yo la conozco —mi amiga me miró sabiendo que era mentira al instante — Lo que le pasa es que entre sus piernas está el pequeño Lanister comiéndole el coño de Barbie que tiene.

Nos reímos las dos a gusto y brindamos después con el vino.

— ¡Que cabrona eres! Pues ese era mi favorito en la serie —soltó riendo.

— ¡Y quién lo duda que fuera tu favorito! — teníamos la risa fácil esa noche. — Y el de la rubia, fijate que no mueve un pelo.

La miramos de nuevo y vimos que realmente era muy guapa la chica y que no estaba sola porque a su lado había una copa medio llena. Justo entonces nos sirvieron la comida. Miré los tres platos que habíamos pedido y no supe por cuál empezar. Ari, siguiendo nuestro ritual, cogió el tenedor y pinchó una especie de croqueta y me la ofreció. La mastiqué y me miró esperando. Estaba riquísima.

— Hemos acertado loca. Siguiente.

Cogí el tenedor y probé el segundo plato. Una especie de revuelto de huevos con cosas variadas y también me gustó.

— Ay qué raro Bea, a ver si hoy vamos a acertar los tres.

Me ofreció del tercero que no teníamos ni idea qué era.

— ¿Qué era esto? — pregunté divertida a Ari.

— Golinche de primavera — nos reímos otra vez.

— ¡Cágate lorito! Venga va, deja de reír que así no se puede. Voy a por el tres de tres. — probé aquella cosa viscosa. En un primer momento mis papilas no dijeron nada pero a los dos segundos saltaron las alarmas ¡Bea, Bea! ¿¿¿Qué mierdas es esto??? Joder, que asco. Arrugué la frente, el ceño, los ojos y toda mi cara, seguro, del asquito que sentí.

Mientras, Ari, como siempre, se meaba de risa. Y al final me contagió, aunque seguía con aquel gusto repugnante. Cogí la copa de vino para bajar aquella cosa de mi garganta y sentí que alguien me observaba. Miré y cuando iba a retirar la mirada volví a mirar sin creer lo que veía. ¡Lucas! ¡Y con la Barbie! Con sus ojos fijos en mí, hipnóticos, verdes. Tomé un trago de vino apartando la vista inmediatamente, haciendo ver que no lo había visto.

— Bea, bebe despacio — me aconsejó Ari.

— Ostias Ari, no mires — le dije tomando otro sorbo de los nervios. Pero nervios ¿por qué?

— ¿Dónde? — preguntó curiosa.

— Lucas, mi jefe, está con la Barbie de enfrente. No mires — claro, ¿y qué haces cuando te dicen no mires? Ari se giró hacia ellos y miró lo que le dio la gana.

— No nos mira. Y lo bueno que está éste también ¿no?

— Demasiado — miré yo también de reojo y lo vi enfrascado charlando con esa mujer — Y tengo un problema con él.

— ¿Cuál?

Ari y yo empezamos a comer despacio mientras íbamos charlando.

— Tengo pensamientos impuros —le dije con voz de cura y Ari se rió.

— Lo raro sería no tenerlos — replicó divertida.

— El otro día, lo olí como una zorra. Sí, sí, no me mires así. Y me vio sin querer el sujetador de encaje, el de la Perla. Nos agachamos a la vez, y luego me dio un repaso... Sólo pensaba en follármelo, como una salida. Allí en la mesa.

— Joder, cada día te pareces más a Martina. — seguimos riendo y haciendo broma del tema. — Pues el misterioso sale con chicas, o al menos, eso parece.

— Vaya, y guapa que es la Barbie —miramos de nuevo y pensé que esa chica le pegaba mucho; elegante, fina y rubia. La típica muñequita.

Los dos tomaban un gin-tonic pero no comían nada. Estaban apoyados en la barra, de lado y hablaban entre ellos, pero no se les veía en plan cariñoso.

— El otro día vi cómo te miraba Bea.

— ¿Lucas? ¿A mí?

— Sabes que no se me escapa un detalle —eso era verdad — Y te miraba con interés.

— Bueno, Lucas es rarito, no te fíes — le advertí porque ella apenas lo conocía.

— Sé lo que me digo — alzó las cejas un par de veces y puso cara de pilla — ¿Me dejas comprobarlo?

— Ni hablar del peluquín...

— Ves al baño, verás como no me equivoco y viene a saludarte.

La miré y entrecerré los ojos, pensativa.

— Verás como no —la reté casi segura de que Lucas no me seguiría.

Dejé la copa y me dirigí hacia el final de local, mano derecha y allí estaban los baños, con un hall espectacular. Entré con paso seguro aunque empezaba ya a notar un poco el efecto del alcohol. Dos cervecitas y una copa de vino ya me subían a la cabeza, aunque de momento era controlable. Me refresqué un poco y me sequé sin prisas. Al salir, Lucas estaba en el hall. Aunque Ari lo

había dicho, me sorprendió gratamente. Recostado en la pared, con sus pantalones de pinzas y su camisa impecable.

— ¡Hombre, jefe!

Se acercó a mí y nos quedamos a un paso. Volví a oler su aroma sin darme cuenta. Joder, olía muy bien.

— No me llames así Beatriz — murmuró serio.

— Perdona. Je-fe —le contesté cabezona.

Me miró frunciendo el ceño y sin esperar lo apartó un mechón de pelo y lo puso detrás de la oreja. Ese simple roce me dejó inmóvil y él lo hizo con toda la naturalidad del mundo.

— ¿Con Ari de copas?

— Sí, hemos salido a tomar algo. — respondí intentando tranquilizarme.

— ¿No te ha gustado el Golinche? — estaba igual de serio que en el curro.

Abrí los ojos como platos; sabía qué habíamos comido y eso significaba que hacía bastante rato que nos tenía enfiladas.

— Estaba asqueroso —le respondí directa.

— ¿Y el resto? — no entendí ese extraño interés por lo que había comido.

— Riquísimo — le dije poniendo morritos.

— Beatriz no pongas la boca así —ordenó seco.

Me estaba mirando la boca con deseo y seguí con mi gesto provocador. El alcohol es lo que tiene; te hace olvidar que estás delante de tu jefe.

— ¿Así cómo? — le pregunté retándolo mirando fijamente esos ojazos.

Lucas perdió el control, supongo, porque empujó mi cuerpo hacia una de las paredes laterales del hall y presionó su cuerpo contra el mío, con suavidad pero lo hizo. Durante unos segundos no entendí qué ocurría hasta que noté todo su calor. Allí apenas había luz y estábamos en penumbra pero pude ver bien sus ojos verdes. Primero llenos de pasión, después se endurecieron, como si hubiera algo que le impedía hacer lo que realmente deseaba en ese momento. Algo que no supe qué era porque dio un paso atrás.

— Lo siento —se disculpó y se marchó como alma que lleva el diablo.

Tardé unos segundos en recuperar el control. Volví a la barra y allí me esperaba una Ari con cara de satisfecha, había tenido razón pero no sabía hasta dónde.

— Ari me metes en unos embolados...

— ¿Yo? ¿Qué ha pasado?

— No sé ni yo lo que ha pasado. — Miré a Lucas para asegurarme que estaba con la rubia y no pululando por allí. Seguía en el otro lado de la barra y me miró con cara de pocos amigos. ¡Encima!

— ¡Vamos casca! — exclamó impaciente.

Le expliqué, de espaldas a él, lo que había ocurrido y Ari alucinó con cada palabra.

— ¿Lo ves cómo le molas? — concluyó Ari sonriendo. — Y no deja de mirarte disimuladamente.

— Paso de él Ari, que no tengo ganas de liarme con un jefe y encima rarito. Por muy bueno que esté.

— Pues cuidado en Londres...

Suspiré exageradamente y Ari rió. Sí, sí, Bea, mejor tómatelo a broma, porque como la cosa sea más seria, lo llevas claro.

## ¡Qué bonito es el amor!

Al poco se fue Ken con su muñeca y me quedé como vacía. Con la sensación de que me faltaba algo al no sentir su presencia. Me pregunté enfadada conmigo qué carajos quería; esa misma semana había experimentado uno de los mejores orgasmos de mi vida con un chico que me gustaba mucho y ahora extrañaba que mi jefe se fuera con esa rubia. Siempre había tenido las cosas bastante claras y no me gustaba andar entre dos aguas. No era de las que jugaba a ligar y menos con dos chicos a la vez, pero parecía que ambos me atraían. Debía reconocer con sinceridad que lo de Lucas era puro instinto sexual, es decir, sería más fácil ignorarlo, siempre y cuando él no fuera acorralándome en los halls y mirándome con esos increíbles ojos que tenía.

Algo más tarde nos llamó Martina y nos invitó a ir al Golden, un local de moda dónde ponían buena música. Lo malo del lugar era que siempre estaba lleno de modelos codeándose con los ricos de turno, pero también había gente más corriente como nosotras.

Martina estaba con Carlos y dos chicos más. Nos los presentó; Aitor y Eric. Bien vestidos, agradables y muy simpáticos. Estuvimos un rato charlando con ellos y después Martina, Ari y yo aprovechamos para hablar entre nosotras.

— ¿Cómo va con Carlitos? —preguntó Ari.

— Se le cae la baba, ¿no la ves? Va cuenta. — le di un codazo suave.

— Aún no me he acostado con él, maja —soltó en plan “no me lo creo”.

Reímos las tres a la vez.

— ¿Es gay? — pregunté yo por la bajini.

— ¡La tiene minúscula! — afirmó seguidamente Ari.

— Tontas del culo, que me gusta... en serio.

La miramos sonriendo y brindamos las tres al instante.

— Por el *amour* — concluyó Martina con cara de boba.

— Y el sexo, Martina, no vayas a cambiar mucho tú ahora —le dije entre risas.

— Siempre puedes hacer tú de Martina, se te da bien —soltó Ari también riendo.

— Muy graciosa —Martina me miró esperando una aclaración y me dirigí a ella — El otro día con Sebas fue la leche.

Reímos como colegialas y seguimos a lo nuestro.

— Quiero detalles —amenazó Martina.

— Ponte en situación Martina. En mi cocina — hice una pausa teatrera — Yo en la encimera y él sin apenas bajarse los pantalones. No voy a contar más pero fue el mejor polvo de mi vida y tuve, no uno, sino ¡dos orgasmos!

— Beatriz, qué envidia — pegué un salto al oír esa voz tan cerca de mí oído y casi me da algo allí mismo. ¡Ostras! ¿Pero qué pasaba con Lucas? Estaba en todas partes, como Dios.

Ellas también lo miraron sorprendidas. Estábamos las tres tan entusiasmadas con mi relato que no habíamos visto que se acercaba al grupo.

— Lucas, ¿cómo va eso? — Carlos lo saludó y él hizo lo mismo con sus amigos.

— Joder con tu jefe Bea, será cotilla el tío —lo acusó Ari. — Antes también nos lo hemos encontrado de tapeo.

— ¿Sí?

— Con una rubia —hablábamos las tres en un tono bajo pero procurando disimular.

— Sería su mujer — dijo Martina bebiendo tranquilamente.

— ¿Su mujer? — pregunté alucinada — Cuando dices mujer, ¿a qué te refieres? — a veces Martina nombraba las cosas como le daba la gana.

— Maja, a que está casado.

Ari exclamó de la sorpresa. Sus palabras cayeron como una losa. ¿Lucas casado? Sí, claro, tenía sus treinta y tres, no sería tan raro pero no me lo había parecido. Y entonces, ¿qué había sido lo de antes? Estaba con su esposa y había venido al hall del baño ¿para qué? Ay, ay, quizás era un marido de esos “*guenorros*” y guarrillos que les daba igual engañar a su mujer. Ay Bea, que te

ha visto como una posible candidata, tonta e inocente, a la que se puede follar entre reunión y reunión. Me subió la adrenalina de golpe y me cogí un cabreo del quince.

Dejé mi copa en las manos de Martina y salí disparada hacia la calle. ¡Qué tonta, pero qué tonta! Mira que no verlo venir, con lo claro que estaba. Tan claro tampoco, porque en sus manos no había anillo alguno. Si hoy no hubiera sucedido lo del hall, hubiera pensado que eran imaginaciones mías, pero él me había atrapado contra esa pared y había mirado mi boca. No lo había hecho porque está casado y podía haberme besado. ¿Con su mujer a pocos metros? ¡Venga ya! Sería el colmo pero no sería el primero, yo conocía de primera mano casos parecidos.

En nada, aparecieron Ari y Martina alarmadas por mí huida. Estuve charlando un rato con ellas, y a Martina le expliqué lo que había pasado aquella misma noche. Ella sólo sabía que él estaba casado con una azafata de vuelo, rubia y guapa, pero ni ella misma había querido saber más. No sabía ni si hacía poco o mucho. Me fui relajando y pensé que eso me serviría de lección y ya está. Tampoco había que darle más vueltas a la historia. Yo no quería nada con él. Punto.

Cuando decidimos entrar de nuevo, Lucas salió.

— ¿Puedo hablar contigo Beatriz? — Mis amigas desaparecieron rápidamente y dejaron que yo decidiera.

Tendría que haberme negado pero no pude, lo reconozco. Me podía más la curiosidad y saber qué quería. Mi parte masoquista, lo sé. Nos quedamos a solas, frente a frente.

— ¿Tienes algo que decirme? —pregunté muy chulita.

— Creo que ya lo sabes —dijo seco.

— Me da igual lo que hagas con tu vida Lucas, me parece de puta madre que seas feliz con quien sea, pero a mí me dejas en paz, ¿entendido? — le acusé con el dedo.

Sólo llevábamos una semana trabajando juntos y parecía que habían pasado varias. Era algo surrealista.

— Piensas lo que no es — dijo igual de tranquilo mientras yo iba

alterándome otra vez.

— Qué listo jefe, ilústrame por favor.

— Que me follo a todo lo que se me ponga a tiro — lo miré incrédula al oír ese vocabulario de su boca. Siempre era muy formal y no decía palabras fuera de lugar, no como yo.

— Vale, no lo haces, muy bien. ¿Quieres que me lo crea? Pues ya está, me lo creo. — me crucé de brazos enfadada con él. No soportaba que me tomaran el pelo y menos en mi cara.

— Llevo cinco años casado con Lidia y puedo asegurarte que, hasta ahora, siempre he sido fiel — miró un segundo mi boca y se me secó la garganta al oír el *hasta ahora* y al recordar su cuerpo junto al mío. — Me casé enamorado y sigo queriéndola — se mordió el labio inferior y no pude no desear morderlo. — Y no me mires así, Beatriz — retiré mi vista inmediatamente de su boca y di un paso atrás, separándome de él. Realmente me atraía físicamente y era como tener un Ferrero Rocher delante estando a dieta. Una tortura.

— A ver, Lucas, vamos a ser sensatos. Vamos a olvidarlo todo, y cuando digo todo, es todo. Eres mi jefe en el trabajo y no hay más. — me miraba serio pero con su media sonrisa — Tú estás felizmente casado y yo...

— No sigas, ya te he oído antes — ordenó demasiado seco.

— Oye, que eres tú el que está casado. Yo puedo hacer lo que quiera — le recordé. — Y eso de escuchar cosas ajenas no te pega.

— No he podido evitarlo, te lo aseguro — dijo disgustado.

¿Le gustaba a Lucas? A ver, aunque estuviera casado no era ciego. Pero tanto como para poner en peligro su matrimonio. Eso eran palabras mayores.

— ¿Tienes hijos? — pregunté de repente y él negó con la cabeza. Me mordí la lengua porque iba a preguntarle el por qué.

— ¿Algo más? — preguntó con el ceño fruncido.

— ¿Por qué no está aquí tu mujer? — Yo me había montado mi película: la deja en casa, sale con sus amigos y al lío.

— Acabo de dejarla en el aeropuerto, es azafata. Había quedado con ellos

pero no iba a venir porque sabía que estarías. — Sus ojos verdes me miraban con demasiada intensidad — Pero al final he venido — dijo más flojo.

— Sí, has venido — repetí tontamente mientras pensaba que había ido allí por mí. — Lucas...

— Beatriz, no digas nada. Sé qué debo hacer, no te preocupes. No soy un crío. — se le endureció la mirada y no me gustó ese cambio — Perdona lo de antes, no volverá a pasar. ¿Entramos? — preguntó al final más amable.

Y así terminó nuestra charla. Quedó claro, clarito. Pero si me pinchan no sangro, eso seguro.

Ari y Martina me esperaban con una copa. Bebí un buen trago de golpe y las dos me avisaron a la vez de que me estaba pasando, que después lo lamentaría. Pero en ese momento me importó poco. Sólo tenía ganas de desconectar mi cerebro y dejar de comerme la cabeza con Lucas. Lucas el soso, el callado, el sexi y ahora, el casado.

Me fui con Ari a bailar y a pasármelo bien. Martina se unió a nosotras. Nos dijo que aquella noche iba a ser la noche y nosotras la animamos bromeando sobre posturas y juegucitos sexuales. Terminé mi copa demasiado rápido y noté cómo me subía a la cabeza. Estaba justo en aquel punto en que te pasas del punto, aunque no vas borracha. Pero haces cosas que no harías, claro.

Directa a la barra, donde estaba Lucas, solo.

— Je-fe — mi voz no era demasiado clara pero aún me defendía — Eres un aburrido.

— Gracias Beatriz — dijo medio sonriendo.

— De nada. Invítate a algo ¿no? — notaba mi garganta seca a su lado y me costaba tragar.

Me miró entrecerrando los ojos, como si me analizara.

— Pareces mi padre, Lucas — le dije chasqueando con ruido mi lengua y me giré hacia el camarero — Perdona...

— ¿Sí, preciosa? — un camarero rubio platino y con camiseta de purpurina se dirigió a mí.

— Ostras, que camiseta más guapa —le dije riendo y él rió también.

— Para guapa tú, muñeca — ¿a quién no le gusta un piropo? Me reí coqueta — Si quieres, después, te digo de dónde es.

Pedí entre risas una cerveza suave y me senté al lado de Lucas.

— Un ligón —le dije viendo cómo me miraba — ¿Qué?

— Nada. Que pensaba que el mujeriego era yo — pillé su tono irónico.

— El lunes me azotas en el culo —lo solté sin pensar y me arrepentí al segundo al imaginar la situación: Lucas en su sillón de ejecutivo, yo con el culo en pompa y él dándome pequeños azotes.

Cogí la cerveza y me la llevé directamente a la boca, sin vaso, como en casa. Me moría de sed y de calor.

— Olvida lo dicho, otra cosa que borrar hoy —le dije, suspirando.

— Beatriz, ¿lo haces adrede? — por su tono parecía estar ofendido.

— ¿El qué? — me sentí perdida y maldije al alcohol.

— ¿Cómo que el qué? Todo, Beatriz, ¿me provocas queriendo?

Lo miré como si fuera un extraterrestre.

— ¿Perdoona? —eso lo había copiado de las chicas de la oficina, lo decían muy a menudo. — ¿Me estás llamando algo? — no quise usar la palabra calientapollas y se me quedó en la puntita de la lengua. Bebí de nuevo a morro.

— ¿Por qué bebes así? — suspiró resignado.

Lo miré desconcertada y entonces entendí qué me decía.

— Me gusta beber así la cerveza. ¿Te molesta?

Me miró serio y no respondió.

— Es poco femenino ¿no? — me acordé de mi ex — Javi siempre me venía con ese rollo y lo mandé a la mierda, que lo sepas.

— Es demasiado...sensual, Beatriz — sus palabras acariciaron mi piel y noté un hormigueo en mi sexo.

Lo miré. Nos miramos a los ojos. Y desapareció nuestro alrededor, al menos el mío sí. Fueron unos segundos cargados de tensión hasta que él puso la cordura suficiente para frenar aquello retirando la vista hacia nuestros amigos. Lo imité, resoplando, y vi que Ari venía con Martina y Carlos.

— Nos vamos, chicos — dijo un Carlos muy sonriente.

Martina me guiñó un ojo.

— Pórtate mal —le dije aún acalorada. — ¿Nos vamos Ari?

— Sí, sí, estoy que no puedo más — respondió con voz de cansada.

Mientras íbamos despidiéndonos de todos, Lucas se ofreció a llevarnos a casa. Le dijimos que no pero insistió en que no eran horas para ir en metro. ¡Cómo si no lo hubiéramos hecho veces!

## Impulsos

El coche de Lucas era como él. Guapo, elegante y de marca cara, como no. Limpio e impecable. Me senté delante sin preguntar y busqué algún pelo rubio para confirmar que aquella era su mujer. Me reí por dentro por aquella estupidez y me di cuenta de que me había pasado bebiendo.

— ¿Buscas algo? — preguntó Lucas, concentrado en la carretera.

— Habrá perdido el tanga — soltó Ari, ¡joder con mi amiga del alma! Dios las cría, y ellas se juntan, pensé mientras me reía.

— No llevo — dije muy formal.

Nos reímos las dos con ganas mientras Lucas iba medio sonriendo.

— Oye jefe...

— No me llames así — me cortó.

— Tú me llamas como quieres — la verdad es que *Beatriz* en su boca sabía a dulce de chocolate — Eso de no sonreír, ¿es por las arrugas?

Volvimos a carcajearnos como dos gallinas. Lucas se hizo el ofendido pero sus ojos decían lo contrario, parecía divertirse.

— Lucas, esa es mi calle, gira a la derecha — le indicó Ari y él obedeció.

Mi amiga se despidió alegremente y la vimos entrar en su portal.

— Yo vivo a tres calles — le informé con los ojos cerrados — Qué sueño tengo.

— En nada estás en tu cama.

— Sí, dando vueltas — dije riendo.

Llegamos y Lucas paró el coche.

— ¿Llegarás bien? — me gustó su preocupación.

— No creo que me caiga dentro del ascensor — bromeé quitando hierro al asunto.

— Nos vemos el lunes entonces — había parado el motor pero sus manos

seguían en el volante, jugueteando con él. De repente vi a mi lado a un niño.

— Oye Lucas, si no estuvieras casado, me molarías fijo, quiero decir, que estás muy bueno y eso, que ya lo sabes, pero que eres... que me gustas y no sé muy bien por qué, a ver...

Lucas me calló poniendo su mano en mí boca. Una mano grande que olía a él. Me miró intensamente y por segunda vez, esa misma semana, creí que me besarían, pero por segunda vez no pasó. Retiró sus dedos, cerré los ojos y soplé angustiada.

— No te justifiques — su voz grave me ponía a cien aunque no quisiera — El que está casado soy yo.

— ¿Y qué haces aquí? — pregunté frustrada.

— Asegurarme de que llegas bien — respondió sereno.

— ¿Nada más? — el alcohol me envalentonaba, estaba claro.

Se puso más serio.

— Si me estás preguntando si quiero acostarme contigo es un no.

Di un respingo al oírlo.

— ¡Ni yo! — respondí mosqueada.

— Beatriz, quiero decir que no quiero tener ningún lío, que no soy de esos — aclaró al ver mi cara — Soy fiel a Lidia por principios, no tengo ninguna necesidad de engañarla.

— Ya — parecía sincero pero los hechos no demostraban eso.

— Lo de antes, ha sido un impulso.

— Un impulso — repetí esperando que siguiera.

— Sí, un impulso y tú no facilitas las cosas — me acusó.

¡Anda! La culpa era mía y yo sin saberlo.

— Yo no te he seguido a ningún lado — le repliqué molesta y él sonrió a medias.

— Lo sé, pero es verte y... — dio un golpe en el volante con la mano — Déjalo Beatriz.

¿Verme y qué? Casi me derrito allí mismo. A veces, no decir algo significaba más que expresarlo con palabras. Vamos Bea, céntrate.

— Mejor cerramos el tema ¿no? Yo creo que mi plan es el mejor, seguimos como si no pasara nada y punto. — El alcohol me hacía ser cabezona también, más de lo habitual.

— El problema es mío — dijo como para sí mismo — Y lo resolveré, no te preocupes.

— ¿Vas a ignorarme como estos días? — pregunté curiosa por saber cuál sería su solución.

— ¿Se te ocurre algo mejor? — me miró con interés, esperando una respuesta coherente.

— Vamos a trabajar codo con codo estas semanas y en nada nos vamos fuera Lucas. Chungo lo de ignorarme, no es por nada — su sonrisa me hizo temblar.

— Entonces probaremos tu estrategia.

O quizás si metemos un polvo se nos acaba la tontería. Pero no. Estaba casado, eso lo primero. Y lo segundo era que a mí no me gustaba, ¿o sí? No, qué va.

— Bien. — acerté a decir haciendo un esfuerzo por no decir lo que pensaba.

— Sí.

Nos quedamos en silencio, asimilando que esta situación no se iba a repetir más y que era lo mejor para todos, evidentemente.

— Buenas noches Lucas — le dije mientras abría la puerta.

Lucas salió del coche y se quedó apoyado en él.

— Buenas noches Beatriz.

Sentí su mirada en mi espalda hasta que llegué al portal. Subí al piso pensando en mí cama. Entre la bebida y esas charlas con Lucas, estaba agotadísima. Al salir del ascensor me encontré con una chica, primero no la reconocí pero ella misma se encargó de hacerlo.

— Hasta luego vecina — era Martita, yo la llamaba así en mi cabeza —

Cúidame mejor a Sebas, esta noche no ha dado la talla.

Se cerró la puerta y desapareció. Me quedé con cara de tonta, seguro. Miré la puerta de mi vecino y seguidamente mi reloj, no me lo pensé dos veces. Llamé y Sebas abrió la puerta con un pantalón de pijama liviano y sin nada más. Me impactó verlo semidesnudo.

— ¿Un poco de sal? —bromeó.

— Esto... — me maldije a mí misma; no tenía por qué pedir explicaciones de nada ni él tenía porque dárme las.

— Pasa bobo — me cogió de la mano y me arrastró hasta su salita.

Miré el lugar del crimen para encontrar las pruebas del delito pero no vi nada en particular.

— ¿Buscas un sujetador? —le miré sorprendida mientras se sentaba en uno de los sofás. Me molestó ser tan previsible.

—Quizás tenga que ir a la cocina a buscarlo —respondí huraña.

Sebas sonrió.

— Siéntate Beauty — y lo hice, pero bien lejos de él — No voy a violarte.

— No creo que te queden fuerzas — yo seguía a lo mío.

— No me subestimes, nena — su sonrisa de macarra casi me desarma pero me mantuve firme.

— Menos lobos, caperucita — me miró alzando una ceja y tuve que retirar la mirada.

La había bien pifiado. ¿Qué hacía allí, a esas horas, y con algunos grados de alcohol en mi sangre? Sólo se me ocurría a mí.

— ¿Quieres tomar algo?

— No, no — le dije poniéndome de pie. Tenía que irme, no pintaba nada allí.

— Entonces vamos al tema ¿no? —lo miré incrédula y él soltó una carcajada. — Mira que eres malpensada. Me refería a Marta. Siéntate, anda — le hice caso y continuó — Es mi ex y no acaba de entender ese concepto.

¿Ya está? ¿Fin de la explicación?

— Estuvimos saliendo casi un año y después nos hemos liado alguna que otra vez hasta que ella quiso algo más serio de nuevo y yo no. Lo jodido es que trabajamos en el mismo bufet y en fin, ya sabes.

— Trabajáis juntos —dije mientras pensaba “y folláis juntos”.

Pasó su mano por esa barba de tres días y me miró más serio.

— Apuesto mi mano a que te ha soltado alguna gilipollez — echó su cuerpo hacia atrás, apoyándose en el sofá y pude ver cómo marcaba ligeramente los abdominales. Aparté la vista inmediatamente. — No le hagas ni caso.

Sí, claro. Tenía que creerle a él. Seguro. Salía su ex de su piso, a la que se follaba a veces, a las tres de la madrugada y yo tenía que pensar que sólo habían jugado al parchís. Era ingenua, sí, pero no tanto. Además estaba segura de que Sebas tenía la jeta suficiente para mentirme.

— Aclarado — solté escueta.

— No me crees.

— Para nada — preferí ser sincera.

— ¿Soy culpable, así sin más? — resopló y echó la cabeza hacia atrás.

— A ver Sebas, deja de tomarme por tonta — quiso hablar pero no le dejé — De todos modos haz lo que quieras, a mí me da igual — gran mentira porque me jodía pensar que días atrás había estado conmigo.

— En un juicio no tendrías nada que hacer con esas pruebas.

— Yo no tengo nada que probar — le repliqué molesta por su tono de abogado listillo.

— ¿A qué has venido entonces? ¡Ah! Déjame que lo adivine. — se cogió el puente de la nariz e hizo ver que pensaba.

Me levanté de golpe porque no me apetecía nada seguir con esa conversación.

— Señorita Beatriz no huya — él también se levantó — Has venido porque has salido de fiesta, lo sé por tus tacones. — dio un paso hacia mí — Has bebido un poco y lo sé por tu aliento. Y te ha traído un tío con un

*Mercedes*, y lo sé porque te he visto.

Me quedé de piedra con su último comentario.

— Y la señorita Beatriz ha estado un buen rato con el personaje en cuestión, probablemente realizando actos impuros en medio de la vía pública — iba a rechistar pero me cortó — Inculpo a la señorita de ser una mujer de vida alegre.

Aspiré hacia dentro por no gritar ante lo que acababa de decirme. ¿Guarrilla, no? En definitiva era eso lo que me estaba llamando el letrado de pacotilla con su verborrea. Se me pasó de golpe la tontería.

— ¿Cómo se declara? — me intimidó con su mirada.

— Eres un...prepotente — le di la espalda y me dirigí a la puerta.

Con una rapidez que me asustó se puso delante y no me dejó seguir.

— ¿No lo niegas entonces?

— ¿Y a ti qué te importa lo que yo haga? — le acusé con el dedo en su pecho desnudo y atrapó mi mano al vuelo.

— Me importa lo mismo que a ti — era demasiado tarde para entender frases como aquella. ¿Le importaba o no?

Resoplé agobiada y solté mi mano.

— Bea — su voz cambió totalmente de registro y se suavizó — Marta ha venido por trabajo y eso es lo que hemos estado haciendo. — Se apartó para dejarme pasar.

Vi sinceridad en sus ojos pero me costaba tanto creer en él, en el guaperas de turno que tenía cada fin de semana una chica distinta en su cama. Marché sin responderle. Estaba ofuscada y dolida. No podía saber si mentía o no, quería creerle pero los prejuicios sobre él podían más. Mañana sería otro día.

## Retratos

Me desperté casi a mediodía, con la boca seca y sabor a ginebra. Pensé lo de siempre; no voy a beber más. No tenía resaca pero no me encontraba bien.

Me tapé con el nórdico y di media vuelta en mi cama. Recordé lo agradable que era dormir con alguien, despertarte y encontrar brazos y piernas por encima, sentirse arropada por esa mano que te cogía por la cintura y pensé en Javier. Había sido mi pareja más estable y con quien había decidido ir a vivir. Vivimos juntos un par de años. Me instalé en su piso y fue tan idílico al principio que no entiendo qué pasó, por qué llegó esa desidia. Como amigos funcionábamos muy bien, es decir, teníamos muchas cosas en común y nos gustaban las mismas cosas; salir, ir al cine, hacer deporte y sobretodo viajar y conocer mundo.

Él tenía sus colegas y yo mis amigas, también sabíamos estar separados y respetar el espacio del otro. Jamás tonteamos con otras personas y no hubo dramas por celos ni cosas parecidas. En el sexo empezamos como muchas parejas, con unas ganas tremendas y después nos calmamos, lo normal digo yo. Pero quizás la química sexual no era la suficiente y se apagó inevitablemente, o la dejamos apagar. Alguna vez lo hablamos y hablábamos de probar cosas pero nunca lo hicimos; como si nos impusiéramos unos deberes que realmente no nos apetecía hacer. Pero si no te sale de dentro, ¿para qué hacerlo?

El deseo sexual menguó junto con el amor, creo que fue todo a la vez. Y ahí se empezó a enturbiar la cosa. Primero un día lo comentas por encima. Otro día vuelves a sacar el tema. Y al tercero, Javi empezó a entender cuál era el mensaje. Yo ya no le quería. ¿Y él a mí? Insistió en que sí pero creo que ni se lo planteó y que a día de hoy aún no lo habrá hecho.

Nuestro final fue tremendo, Javier se convirtió en la otra cara de la moneda y pasó de ser la persona más importante de mi vida a ser un verdadero suplicio. Me puteó todo lo que pudo y más. No logró asimilar que me iba de su lado porque había dejado de quererlo. Creo que si hubiera habido una tercera persona, lo hubiera llevado mejor. Para él, era más cómodo seguir como estábamos, con media vida ya planeada pero yo no me conformaba con eso.

Al principio sentí miedo; miedo de quedarme sola, de ser una solterona, de que me señalaran, pero entendí que era mejor eso que vivir con alguien a quien no amaba. Y que dijeran lo que quisieran, tal cual dijo Ari. Afortunadamente, la tuve a ella, a mi lado todas las horas del día. Y como bien se dice, las personas inteligentes demuestran que lo son por su capacidad de adaptación. Y me adapté sin más, a estar sola, a vivir sola y a dormir sola, que todo sea dicho, tiene sus ventajas.

Pero, esa mañana yo necesitaba un abrazo masculino. Pensé en Lucas y Sebas y jugué mentalmente a imaginar a cuál querría abrazar en ese momento. A los dos y a ninguno.

Lucas era tan... sexi. Esos ojos verdes pedían a gritos una noche de pasión. ¿Era sólo algo sexual? Empezaba a dudar. Repasé todos mis encuentros con él; en la oficina, en el bar, la noche pasada. Y tuve que reconocerlo; Lucas me gustaba aunque no sabía bien el por qué. Es decir, estaba bueno, de eso no había duda. Pero había algo diferente en él que me atraía. Su modo seco de hablar, tan tosco, tan formal, ¿tan hombre? Ay sí, era eso. Yo era una niña y él no. Y encima, la niña ponía patas arriba los principios de ese hombre casado. ¿Por qué creía que era fiel? Costaba creerlo pero lo decía tan serio... Habría que darle un voto de confianza, y procurar respetar lo que habíamos dicho. Así que a portarse bien Bea; mirar pero no tocar.

A quien sí podía tocar y más cosas era a Sebas pero ¿quería? ¿Quería ser una más de su larga lista? No me apetecía pero vamos, con lo del otro día, ya había entrado en la lista esa. Estaba claro que no tenía demasiados escrúpulos y estaba casi segura de que la noche anterior se había repasado a su ex. Tampoco éramos nada ni habíamos hecho voto de castidad. Pero me fastidió, no puedo negarlo. La respuesta la tenía yo; quería o no sexo con Sebas, porque eso y poco más era lo que iba a tener. Era un hombre guapo, con éxito y muy seguro de sí mismo. No parecía buscar pareja, sino más bien diversión y si no me gustara tanto, ya me parecería bien, no iba a rechazar buen sexo, pero lo jodido era que me daba en la nariz que acabaría pillada por él y acabaría pasándolo mal. No era un panorama alentador.

Volví a girar en mi cama y sonó el Whatsapp. Era Sebas. Lo abrí sonriendo. Me había mandado una foto. Su despacho en el piso, con la mesa llena de papeles y dos vasos junto a una botella de cristal. Agrandé la foto y vi que era

agua, una marca que no reconocí.

— La prueba del delito — decía debajo de la foto.

Sonreí por su interés.

— Tu táctica sigue funcionando: he pensado en ti — uf, eso de coquetear con un letrado tenía sus inconvenientes.

Miré a mí alrededor pensando qué decirle. *Touché*. Hice una foto a la funda nórdica blanca con nubes azul celeste. Y se la mandé.

— Estoy en las nubes — le respondí.

— ¿Estás en la cama, Beauty?

— No, en las nubes — sonreí esperando su respuesta.

— ¿Puedo venir a por azúcar?

— Ni se te ocurra — respondí con rapidez por si acaso. Me hubiera encantado tenerlo ahí, en mi cama, pero ni estaba presentable ni quería parecer un facilona después de lo de anoche.

— ¿No te gustó... en tu cocina? — Ay madre, que esto se ponía caliente.

— No voy a hablar contigo de sexo por aquí — le escribí. Y entonces me llamó.

— Buenos días, Beauty. ¿Por aquí sí puedes hablar? — me encogí en la cama y cerré los ojos al oír su voz.

— Tampoco — le dije riendo.

— Sólo dime sí o no — rogó en un murmullo.

— Creo que lo notaste —le dije más flojo y sonrojándome al recordar mis dos orgasmos.

— Algo noté, no te diré que no. A mí sí me gusto, tanto como para repetir.

— ¿Es que no sueles repetir? — pregunté irónicamente.

— Mmmm, en contadas ocasiones — me impactaba su sinceridad al hablar de su vida sexual, apenas nos conocíamos. Me recordó mucho a Martina.

— Así que somos pocas las elegidas — le dije con voz más grave y ambos

reímos.

— Más o menos.

Nos quedamos los dos en silencio y le oí respirar. Hubiera dado medio brazo por tenerlo a mi lado y ver sus ojos.

— Bea, no suelo mentir, aunque cueste creerlo. Soy muy claro y no me ando con rodeos. Si ayer me hubiera acostado con Marta, lo sabrías. Te lo aseguro.

Le creí. Tumbada en mi cama, sin verle, tan sólo oyendo sus palabras.

— Está bien —le dije en un susurro.

— Voy a besarte — murmuró.

— ¿Cómo?

— Cierra los ojos, Bea — sentí un escalofrío al oír ese tono sensual y aguanté la respiración — Tengo mis labios juntos a los tuyos y paso una mano por tu precioso pelo. Te estoy besando despacio, saboreando tu boca.

Se calló y yo solté el aire. Madre mía.

— Podría seguir pero sería sexo telefónico y teniéndote aquí al lado...

Nos reímos otra vez. Yo de los nervios y de la calentura que tenía encima.

— Te dejo en tu cama, para que fantasees conmigo.

— No voy a fantasear — respondí sonriendo.

— Pues yo sí, nena — colgó y me dejó con esa imagen. Buf.

Enterré mi cabeza en la almohada y la mordí de impotencia. ¿Qué tenía Sebas que me dejaba noqueada cada vez que teníamos una charla? Y caliente, porque me había dejado a cien. Me noté mojada y con ganas de tenerlo entre mis piernas. Me toqué tímidamente, como si fuera Sebas. Pensé que eran sus dedos y los coloqué en mi clítoris, como había hecho él. Empecé a masturbarme despacio, rememorando la escena de la cocina, y fue recordar sus embestidas y empezar a sentir cómo venía el orgasmo. En poco segundos noté cómo mi cuerpo temblaba, cerraba las piernas y tenía un orgasmo en su honor. Lo nombré en voz alta y deseé tenerlo allí conmigo. Pero no estaba. Y tuve que conformarme con fantasear, tal y como él había predicho.

Ese sábado me quedé en casa, como una buena niña y aproveché para repasar el proyecto de Londres. Quería conocerlo al dedillo y poder aportar mis ideas a Lucas durante aquella semana. Me gustaba mi puesto de secretaria ejecutiva, sobretodo esa parte más creativa, y no quería defraudar a la empresa.

Durante todo el día estuve desconectada del mundo y me fui pronto a dormir. Al día siguiente, por la tarde, quedé con Ari para ir a ver la exposición de su nuevo amigo el pintor.

— Vaya Ari, me gustan mucho — le dije admirando los retratos colgados de Alejandro en las paredes blancas de aquella pequeña galería de arte.

— ¿En serio? A mí me encantan, mira este — y me señaló el rostro de una anciana, con sus arrugas y un gesto muy noble. Parecía una fotografía.

— Es impresionante — afirmé con sinceridad — Parece tan real.

— Dice que es una vecina suya, una señora que es muda y que es un encanto de mujer. Alejandro quiso agradecer de alguna manera que posara para él pero ella no le dejó y encima le preparó una empanada gallega, es de Galicia.

— Se puede leer en sus ojos — le dije admirando cómo Alejandro había captado la bondad de esa mujer.

— Gracias — dijo una voz masculina detrás de nosotras.

— ¡Alejandro! Que pronto has venido — se dieron dos besos y en pocos segundos lo analicé.

Un chico muy alto, flaco y con pinta de bohemio. No era guapo, cierto, pero tenía unos ojos achinados muy bonitos. Y era de los míos: le salían dos pequeños hoyuelos en las mejillas cuando sonreía.

— Sí, he terminado antes de lo que pensaba. ¿Bea? — preguntó mientras me daba los dos besos.

— Yo misma — le dije notando que Alejandro me iba a caer bien.

Era mucho de primeras impresiones y normalmente no me equivocaba.

— ¿Te gustan? — preguntó interesado.

— La verdad es que sí — respondí volviendo a mirar el rostro de la anciana — Hacía tiempo que no veía retratos tan buenos.

— Gracias — dijo entusiasmado.

— ¿Están a la venta? — me gustó ese de la anciana, la verdad.

— Pues no me lo creo ni yo, pero se han vendido todos — lo miré sorprendida.

— Vaya, eso es genial —le dije.

— Yo he comprado uno — me dijo Ari — Pero no está aquí, le pedí a Alejandro que lo retirara. — Abrí los ojos sorprendida. — Para tu cumple, loca.

— Lo vio y dijo: este es para Bea, no hay duda.

— Sí, le dije: si me juraras que lo has pintado para ella, me lo creería.

Ambos se miraron con complicidad y me gustó verlos de ese modo. Intuí una futura pareja.

— Otras, ¿y eso? —estaba emocionada.

— Tendrás que esperar — dijo Ari sonriendo.

— ¡Hola a todos! — se nos acercó un tipo de estatura media, bien vestido, con corbata y muy engominado. Tenía cierto atractivo.

— ¡Marco! ¿Cómo va eso? — Alejandro le dio la mano y se saludaron.

— Marco es el representante de Alejandro.

— Y su amigo — indicó bromeando — Que cuando sea famoso eso tendrá más valor.

Nos reímos los cuatro mientras me lo presentaban. Olía demasiado fuerte pero me gustó su simpatía. Me miró interesado.

— Menuda cara bonita tienes — soltó como si nada y me sonrojé como un tomate. — ¿Se lo habrás pedido a las dos, no?

— Marco, no seas impaciente —dijo Alejandro riendo.

— ¿Pedirnos qué? —preguntó mi amiga coqueteando con el pintor.

Alejandro le dijo a Ari que quería retratarla y a ella le hizo mucha ilusión. Su nueva colección iba a centrarse en rostros de chicas jóvenes. Después me tocó el turno y me sentí entre la espada y la pared porque no me hacía mucha gracia

que alguien me tuviera colgado en su salón. Una tontería, si lo pensabas en realidad. Y acepté bajo la atenta mirada de Marco, quien me dio un efusivo abrazo.

Después de pasear por la galería, y de disfrutar con las pinturas de Alejandro, fuimos los cuatro a tomar algo. Y curiosamente, nos los pasamos genial. Alejandro y su amigo Marco eran muy bromistas, y Ari y yo no parábamos de reír. Conecté con Marco como si lo conociera de toda la vida y cuando supe que era gay, todavía me sentí más cómoda.

Nos tomamos unas cañas y con la tontería se hizo tarde. Estábamos muy a gusto los cuatro y parecía que nadie quería marchar. Cuando Ari y yo fuimos al baño juntas, me rogó que propusiera ir a mi piso, a picar algo. No quería ir al suyo y que la cosa fuera a más con Alejandro. Quería la intimidad de un piso pero no mojarse del todo. Y a mí no me importaba tener algo de compañía, siempre y cuando el personal se fuera pronto a su casa y no se desmadrara.

Alejandro y Marco aceptaron gustosos mi invitación y marchamos hacia allí con el coche de Marco, él sólo había bebido una cerveza. Nosotros tres íbamos algo achispados, la verdad, pero quizás era más de las risas que del alcohol. Aparcó y bajamos, cotorreando, riendo y bromeando.

— Nena, creo que eres mi media naranja — me dijo Marco riendo — Y creo que vamos a ser buenos amigos.

— Yo también lo creo —le dije mientras me cogía del brazo

— ¡La virgen! — dijo más flojo — ¿Qué es eso que ven mis ojos?

Miré hacia donde indicaba y vi a Sebas, serio, muy serio. Demasiado serio. Pero guapo a rabiar, como siempre. Estaba subido en su moto, una moto de esas grandes, y se puso el casco.

— Es un espejismo — le dije riendo.

— No me extrañaría, ando a dos velas últimamente. Cómo me gustaría estar en esa moto.

Sebas arrancó y se fue sin decir nada. Y entonces me di cuenta del por qué. Iba cogida a un tío muy estiloso y repeinado. Bueno, tampoco estaba haciendo nada y él no sabía si era mi primo, mi hermano o un amigo gay. No tenía motivos para irse de esa manera, sin ni siquiera un adiós.

— ¿Quién es? — preguntó Alejandro interesado.

— El vecino de Bea —respondió Ari.

— ¿Se dejaría retratar? — preguntó pensativo — Marco, he tenido una idea genial. Lo veo, lo veo. Ese rostro entre el de todas ellas.

— Me gusta...

Subimos al piso escuchando cómo ellos hablaban sobre la idea de pintar a Sebas. Pensé que quizás no querría pero todo era cuestión de preguntárselo. Entre Ari y yo preparamos algo para picar mientras ellos charlaban con nosotras en la cocina. Alejandro y Ari estaban a punto de caramelo, estaba clarísimo y yo y Marco seguimos explicándonos nuestras vidas. Terminé hablando de Sebas y le dije que era el tipo de la moto. Bromeó diciendo que me lo quitaría y le dije que lo llevaba claro. Pensé en él y en la impresión que le habría dado al verme con Marco. Estuve a punto de mandarle un mensaje pero me lo repensé; que sufriera un poco, que tampoco era para tanto.

Al cabo de una par de horas, Alejandro y Ari quisieron irse (a su piso, esta vez sí) y Marco también, no sin antes darnos nuestros teléfonos y prometernos entre risas que estaríamos en contacto.

## Coqueteos inocentes

Llegó el temido lunes y me levanté antes para ir preparándome mentalmente. Tenía claro que debía hacer como si nada y que para eso requería de un gran esfuerzo. Me di mis propias instrucciones mientras iba en el bus; no mirarlo más de la cuenta, no coquetear sin querer, no repasar su cuerpo perfecto, evitar sus ojazos verdes, no estar cerca y olerlo... Qué complicado, madre mía.

Entré y, como había supuesto, ya estaba allí.

— Buenos días Lucas — le dije desde mi mesa, abriendo el ordenador y sin apenas mirarlo.

— Buenos días Beatriz — su voz rota me envolvió y procuré seguir a lo mío. Cogí los papeles que necesitaba y me dirigí con paso seguro hacia su mesa. Él no levanto la vista aunque sabía que estaba ahí.

— He estado mirando lo de Jones y te he apuntado algunas ideas, te lo dejo ahí — le dejé la carpeta en su mesa.

— Acabo esto y le echo un vistazo — siguió escribiendo y apuntando números y cuando iba a irme habló de nuevo — Beatriz — me miró tras sus gafas de pasta y me quedé fija en sus ojos — Gracias.

¿Gracias por las ideas o gracias por colaborar en nuestro plan de “vamos a hacer ver que no nos ponemos mutuamente”?

— De nada — me fui pies para qué os quiero.

Qué fácil era la teoría y que complicado poner en práctica según que ideas. Más tarde, Lucas me llamó al despacho. Estaba sentado en su silla, recostado, y limpiando sus gafas.

— Siéntate, por favor — me pidió serio.

Nadie diría que habíamos estado juntos de fiesta, o más o menos juntos.

— Dime — le dije mirando mis manos y después a él.

— He estado leyendo tus propuestas y estoy impresionado — se puso las gafas y le escuché pletórica — En pocos días has captado el concepto de empresa que tenemos y tus ideas me parecen factibles casi en un noventa por

ciento. Deberíamos pulir algunas cosas pero debemos hacerlo ya si queremos incluirlo en el informe final.

— Ningún problema — le dije orgullosa de mí misma.

— Tenemos sólo dos semanas, el lunes dieciséis nos vamos. El martes es la primera reunión con el equipo de Jones y el miércoles la definitiva.

Cuatro días fuera. Con él.

— Necesito darle forma a tus ideas. Esta noche me pongo y mañana lo comentamos, ¿te parece? — seguía con su pose de jefe.

— Perfecto.

— Prepárate entonces para trabajar duro — dijo quitándose las gafas. — Te felicito Beatriz.

Me sonrojé inevitablemente y se lo agradecí con un gesto de cabeza.

Al salir, me fui directa a tomarme un café. Me encontré a Pat y Olivia, charlando muy animadas entre ellas.

— No te digo qué cuerpazos. Altos, guapos y con traje, que les quedaba como un guante — le decía Pat mientras Olivia se reía.

— Buenos días, ¿quién son esos jabatos Pat? — le pregunté bromeando mientras me hacía el café.

Pat mordisqueó una galleta de mantequilla y alzó las cejas haciéndose la interesante.

— Ha venido el equipo de asesoramiento externo para hablar con los nuestros y menudo equipo chica, ¡de primera división!

Nos reímos las tres al ver la cara de Pat.

— ¿Qué tal con el serio? — me preguntó en voz baja Olivia refiriéndose a Lucas.

— Muy bien, no tengo queja —le respondí en el mismo tono.

— ¡Oye! ¡Y este viernes tenemos la cena! — exclamó Pat alegre.

— ¡Ay sí!

— ¿Vais de juerga? — pregunté tomando un sorbo.

Pat y Olivia se miraron un segundo y después me miraron a mí.

— ¿No te ha dicho nada Lucas? ¿O Amanda?

— ¿Nada de qué? — les pregunté a ambas.

— Este viernes se celebra la cena de Navidad. En la cafetería de la planta baja. Lo ponen todo chulísimo y viene un catering de esos de cinco estrellas. — Pat lo explicaba entusiasmada. — Y después vamos al salón de eventos de la empresa y ¡a bailar!

— ¿Te acuerdas del año pasado? — Olivia se dirigió a Pat y después me miró a mí — Una de las ayudantes de Amanda, Sonia, una que es pelirroja y muy bajita, pilló una buena y casi nos hace un *striptease*. Suerte que Amanda se la llevó de allí.

Ambas rieron y yo sonreí. ¿Así que una cena?

— ¿Y por qué tan pronto? Si todavía estamos a mediados de noviembre.

— Siempre se hace en estas fechas porque en Navidad hay demasiada faena y los de arriba no quieren distracciones.

— Que previsores — pensé en voz alta.

— ¿Vendrás, no?

— Pues claro, después le mando un correo a Amanda.

— O díselo a Lucas. Verás que bien nos lo pasamos y se come de vicio. — Pat estaba más parlanchina de lo normal.

— ¿Algún ejecutivo que te quieras ligar? — Mi tono bromista la hizo reír.

— ¿Tanto se me nota? Es el de ventas, que me tiene loca. Alberto.

— Después me lo cuentas todo — miré el reloj — Me voy antes de que saque la cabeza por aquí.

— ¡Ostras! Nosotras también — dijo Olivia mirando el reloj de pared.

Volví a mi ordenador y seguí trabajando. Un pitido agudo me indicó que tenía un correo interno. Era Lucas pidiéndome una llamada. Telefoneé y después le escribí yo:

*La respuesta del señor Spencer ha sido positiva. Pd. Me han comentado mis*

*compañeras que hay una cena este viernes, me gustaría asistir. Gracias.*

Respondió al momento:

*Perdona Beatriz, no había pensado en ello. Te digo algo.*

Estuve a punto de preguntarle si iría pero me aguanté las ganas. Recibí seguidamente otro:

*Procura no beber de la botella.*

Uf, me había dicho que le parecía sensual. Qué diferente de Javi. ¿Eso quería decir que estaría allí? Tenté a la suerte y le respondí.

*No persigas al personal al baño.*

Me mordí el labio esperando su respuesta.

*Lo intentaré.*

Ay, madre. Sí, sí estaría. Mi yo interno dio un saltito. Pero por otra parte me eché la bronca por coquetear con él a través del correo. Era igual de seco que hablando pero podía imaginar sus ojazos tras sus gafas de pasta y me derretía. Me repetí a mí misma que no hiciera más eso y que debía comportarme. Pero había comenzado él ¿verdad? Con el rollito de la botella. Era verdad eso de que siempre se desea lo que no se puede tener. Pensé en su mujer, en ese momento, y me di una hostia mental, tal cual. No hagas lo que no quieres para ti, ese era el lema de mi madre, y (hasta ahora) siempre lo había respetado, sobretodo en cuanto a relaciones.

El resto de día pasó rapidísimo y justo a la hora de salir recibí una llamada inesperada. Era Marco que me preguntaba si quería tomar algo con él.

— Si no fueras gay, pensaría que te has enamorado de mí — le dije entre risas.

— Estaba pensando en hacerme *hetero* por ti.

Nos reímos los dos con ganas. Yo estaba en el hall del edificio y entonces vi acercarse a Lucas con dos mujeres más. Ellas iban hablando efusivamente y él me miró. Me apoyé en una de las columnas y seguí mi charla mirando hacia el suelo.

— Ahora mismo cojo el bus y en quince minutos estoy en casa. Deja que me

cambie ¿no?

— ¿Para qué?

— Para ponerme algo más cómodo — le contesté riendo.

— Venga pues, quince más diez... cuento treinta minutos.

— Hecho, ¿dónde quedamos?

— Donde me digas, bonita. Si quieres en la cervecería esa, cerca de tu piso, y así yo voy tirando para allá.

— Perfecto, en el *Nostre* — respondí levantando la vista. Lucas estaba mirándome todavía. Me giré y le di la espalda. Uno de los dos tenía que poner seriedad en aquello. Y si él flaqueaba, debía ser yo.

— Oye Bea, invita al de la moto ¿no? — dijo con voz de pillo y me reí mucho.

— Va a ser que no. Tú y yo solitos y así hacemos manitas.

Él también rió de nuevo.

— Nos vemos ahora, guapa.

— Hasta ahora, guapo — me despedí como él y reímos antes de colgar.

— ¿El vecino? — me sobresaltó su voz y me giré. Estaba detrás de mí.

— Qué manía con escuchar Lucas — lo acusé seria.

— Venía a decirte que ya tienes la invitación en tu correo, para la cena del viernes. — Sus ojos fijos en los míos me intimidaban de verdad.

— Gracias. Y no era el vecino — ¿por qué le daba explicaciones?

Estaba serio y no dijo nada. Una voz aguda nos interrumpió oportunamente. Una de aquellas mujeres con las que hablaban lo llamó para decirle algo.

— Hasta mañana Beatriz.

— Hasta mañana.

Rebufé mientras salía para coger el autobús. Había sido un día largo pero lo habíamos superado sin demasiados sobresaltos, ¿pero podríamos mantener eso a raya? No nos quedaba otra.

Llegué al piso y me cambié ultra rápida porque ya me pasaba de la media hora que le había dicho a Marco. Bajé y estaba en la terraza esperándome.

— Hola tardona — saludó bromeando.

— ¿Esperas hace mucho?

Y empezamos a parlotear, de todo y de nada, tomando una cerveza belga que nos había recomendado Jose, el camarero. Marco venía igual de repeinado y bien vestido. Parecía el típico chico italiano. Durante la segunda ronda, Marco me fue explicando sus amores y desamores, que no habían sido muchos. Tenía treinta y un años pero le costaba confiar en los hombres a la hora de tener relaciones más serias.

— Y también me pirran los tíos buenos, como a cualquier hijo de vecino.

Me reí y asentí con la cabeza mientras tomaba un sorbo de la botella. Con Javier, en mi vida se me hubiera ocurrido beber de ese modo porque hubiera escuchado una vocecita pesada diciéndome: *eres como un hombre Bea*. Pero ahora me importaba un pito y bebía como me daba la gana. Faltaría más.

— Y hablando de tíos buenos... ¡Sebas! — Marco tuvo el descaro de llamarlo y casi me atraganto con la bebida. Tosí y me limpié los labios con una servilleta.

Él vino hacia nosotros, sin expresar nada.

— ¡Hola Sebas! Soy Marco — lo saludó levantándose de la silla.

Sebas dijo un hola seco, sin saber muy bien porqué lo saludaba Marco. Su mirada interrogante se dirigió hacia mí.

— Marco es el representante de Alejandro, un amigo de Ari. — respondí escueta.

— Siéntate con nosotros — le pidió Marco.

Me miró de nuevo.

— Tienes que probar ésta, te va a gustar — le dije cogiendo mi botella.

Supuse que Sebas andaba un poco desorientado y Marco también se dio cuenta.

— Joder Bea, tenías razón, este chico es guapísimo — miró a Sebas en

plan coqueto y le guiñó un ojo.

Sebas entendió de qué iba Marco y se relajó porque comenzó a sonreír.

— Voy dentro y te pido una — le dije sin esperar su respuesta.

Cuando salí, ambos estaban charlando tranquilamente y me gustó verlos así. Tanto uno como el otro eran extrovertidos y no tenían problema en entablar amistades.

— Beauty, ¿me ha dicho Marco que vas a posar?

— Me han enredado — le dije mirando la puntas de mi melena.

— Tú misma Bea —dijo Marco y le miré — Con esos ojos que tienes.

— ¿Es guapa, verdad? — dijo sonriendo Sebas mientras me miraba.

— Marco, él sí que está para mojar pan ¿verdad?

Nos reímos los tres y Marco nos avisó de que no le metiéramos en medio, pero aprovechó el momento para decirle que Alejandro quería introducirlo en su nueva exposición. Sebas lo miró sorprendido y sonrió. Supe que le diría que sí y Marco, contentísimo, le pasó su tarjeta.

Después de la tercera cerveza, decidimos retirarnos porque era un simple lunes y quedaba mucha semana por delante. Además, Sebas había quedado con un colega del trabajo para terminar unos documentos. Nos despedimos de Marco, y Sebas y yo entramos en el ascensor. Me apoyé en una de las paredes y él puso su mano al lado de mi cabeza, con el brazo estirado. Frente a mí y muy cerca.

— Es simpático Marco.

— Y gay — le remarqué.

— Me pillaste de mal humor — se justificó.

— Ya, ya. Mucho trabajo claro.

Entendió la directa.

— Beauty, me encantas — justo entonces llegó el ascensor al tercero. Me quedé admirando sus bonitos ojos color avellana y sentí unas ganas tremendas de abrazarlo y besarle.

Salió primero y yo después. Me cogió de la cintura y me acercó a él.

— Bea... — murmuró con voz oscura.

— ¿Qué? — apenas me oí.

Cogió mis manos y empujándome hacia la pared, las puso sobre mi cabeza. Estaba demasiado expuesta pero me gustó estar a su merced. Se acercó despacio a mí y fue fijando su vista en mi boca. Cerré los ojos pero me obligué a abrirlos para ver su expresión de deseo. Le ofrecí mis labios y posó su boca introduciendo su lengua, buscando la mía. Serpenteamos con las lenguas, procurando no mover nuestros cuerpos. Sentía algo de presión con su erección pero Sebas controlaba su cuerpo a cierta distancia. Si hubiera sido por mí, hubiera pegado mi sexo al suyo, pero seguí quieta, sintiendo su lengua caliente dentro de mi boca hasta que la retiró y acabó con un suave mordisco en mi labio inferior. Uf.

Separó totalmente su cuerpo del mío y me miró apretando las mandíbulas.

— Me tienes tonto Bea — su tono era de preocupación.

— ¿Y? — le pregunté queriendo saber por dónde iba la cosa.

— Tu ingenuidad me mata — dijo con su media sonrisa.

— Oye perdona, ¿me estás insultando?

— Al revés nena, te estoy diciendo que eres especial. ¿Por qué no vas de diva con esa cara y ese cuerpo?

— ¿De diva? Venga Sebas, no seas liante — si quería acostarse conmigo no hacía falta tanta tontería, la verdad.

— La que me lía eres tú — miró su reloj — Tengo que irme.

— No te canses — le dije resignada. Lo hubiera querido para mí, en la cama, en el sofá o en la cocina si hacía falta.

Cogió mi cara con sus grandes manos y me dio un beso en los labios. Se fue a su piso sonriendo y yo también.

## ¿A qué juegas Bea?

La semana pasó más rápido de lo normal. Quizás era por la tensión en el trabajo con Lucas y porque esperaba encontrarme a Sebas por el ascensor y repetir la escenita del beso. Yo quería algo más con él, pero la cosa iba lenta y Sebas no estaba por la labor de salir con nadie. Lo veía claro porque otro chico ya me hubiera buscado, llamado o mandado miles de mensajes para quedar otra vez: un café, una cenita, una noche de marcha. Y Sebas mudo. Debía empezar a asumir que mi relación con él sería exclusivamente sexual, que oiría palabras bonitas para camelarme y poco más. Lo malo era que yo me colara más de lo normal; acabaría llorando y arrepintiéndome de esos juegucitos. Pero me era imposible no estar a gusto con él o rechazarlo en esos momentos. Lo suyo era no comerme la cabeza y aprovechar el momento: Carpe Diem Bea.

El viernes, en el trabajo se respiraba un ambiente festivo. Por la noche, quedé con Pat, Olivia y Sandra. Tomamos una copa de vino en el bar que estaba cerca de la oficina y después fuimos las cuatro a la fiesta, con nuestras respectivas invitaciones. Nos reímos mucho porque íbamos dando ideas a Pat para ligarse a Alberto, el de ventas, y cada idea era más disparatada. Me gustaban mis compañeras, eran divertidas y algo cotillas, pero en el fondo buenas chicas.

Entramos en la cafetería de la empresa y estaba todo con adornos brillantes, no de Navidad, pero sí muy luminosos. Quedaba bonito. Había varias mesas redondas, unas grandes y otras más pequeñas, con la mantelería blanca y un servicio impecable.

Fuimos a la barra y nos sirvieron un cóctel anaranjado muy dulce. Había ya bastante gente y observé que todo el mundo iba muy bien vestido. Yo llevaba un vestido Guess de color azul casi negro, con transparencias en las mangas y cremallera en la espalda. Me marcaba las curvas pero no iba ajustada, no me gustaban esos vestidos que parecían una segunda piel. Prefería insinuar que enseñar.

— Niñaaaaaas, los tipos de los que os hablé ayer están con mi jefa — Pat señaló con la cabeza hacia la ancha puerta. — Raquel me ha dicho que hemos

cambiado de bufet y que ahora la empresa trabajará con ellos.

Automáticamente las tres miramos hacia allá y vimos a Raquel con dos chicos altos. Sin duda alguna, reconocí a Sebas al instante. ¡Joder! ¿Qué hacía Sebas allí? ¿Y por qué no me había dicho nada?

— ¡Menudo par! Si no tuviera novio — dijo Olivia.

— Qué *pivones* — dijo Sandra.

Me giré y callé. En ese momento vi también a Lucas, charlando con otros ejecutivos. Miré hacia mis zapatos de tacón vertiginoso, volví a mirar a Lucas y después a Sebas. Los comparé in situ, y no había comparación posible. Eran atractivos y podía colarme por los dos sin problema, pero ¿a la vez? No, eso no. Eso no era posible, ¿cierto?

Nos sentamos cuando nos indicaron, y me tocó entre Pat y uno de los secretarios que trabajaban en nuestra planta. Intenté ver dónde estaban ellos. Los dos quedaban a mi espalda, y lo preferí. Podría comer tranquila y sin miraditas extrañas. El catering fue excelente y la gente de la mesa era agradable. Las conversaciones empezaron siendo tranquilas pero poco a poco fueron sacando sus respectivas personalidades y el ambiente fue animándose. Mi vecino de mesa, José, era chistoso a más no poder y parecíamos gallinas cluecas riendo sus bromas y tonterías. Hubo algún momento en el que me tiró la caña pero me hice la tonta y no le seguí la corriente. La cena fue divertida y me gustó el ambiente que se respiraba en general en esa empresa. La gente curraba mucho pero también sabía divertirse.

Cuando llegaron los postres tuve que ir al baño, no podía aguantar más después de tanto vino. Pat me acompañó y mientras íbamos hacia allí pude ver a Lucas charlando tranquilamente con sus compañeros y a Sebas muy bien acompañado de una morena. Como no.

— Mira a Katy, ya se ha ligado a uno de los nuevos.

— ¿La morena?

— No hay quien la supere, en serio, es una ligona de campeonato. Y como tiene ese cuerpo, porque de cara es normalilla.

— Ya — Que poca gracia me hizo saber que Sebas estaba con una ninfómana, bueno, así la bauticé en ese momento.

Pasé de amargarme y me mentalicé que había ido a divertirme con mis compañeros, no había ido a ligar, ni a nada parecido. Además no quería mostrar mi vida personal delante de ellos.

Cuando volvimos a la mesa, llegaron los postres y después de diez escasos minutos de agradecimiento por parte de la directora, nos invitó a ir a la sala contigua.

Los de nuestra mesa, fuimos todos juntos a la barra y nos tomamos una copa de cava. Seguimos de cháchara y observé que la sala estaba igual de bien decorada, aunque las luces eran mucho más tenues.

José se auto nominó como mi compañero de noche y no se despegó de mi lado. No me importaba pero tampoco quería que creyera lo que no era. De momento, parecía entenderlo así que continuó a mi vera. Pat, al cabo de poco, desapareció y la vimos charlando animada con Alberto. Me alegré por ella.

Me fue imposible, durante un buen rato, saber dónde estaba Sebas. Ni con quién. Al final lo encontré, con la morena aquella, Katy, en la otra punta de la sala y con más gente. Entre ellos, Lucas. Volví a recordarme que debía pasar de ellos.

La música subió de volumen y la gente empezó a bailar. Primero fueron unos pocos, pero después el centro se llenó de cuerpos en movimiento. Seguí con mis compañeros en la barra y vimos cómo los chicos fueron los que se animaron a bailar primero. Empezaron a hacer el tonto y nosotras, algo achispadas, les seguimos el rollo y bailamos con ellos. José no se lo pensó dos veces y fue a por mí. Me cogió de la cintura y me hizo dar un par de vueltas. El chico sabía bailar, tenía que reconocerlo. Era música salsera y movía bien las caderas. Los demás lo aplaudieron y él hizo movimientos sensuales a mí alrededor. No podía dejar de reír pero a la vez me daba un corte tremendo. Al final de su actuación José me cogió por la cintura y me dobló hacia atrás, en plan película. Los demás aplaudieron y él aprovechó la coyuntura para darme un beso.

— El baile termina así — me dijo animado.

— Sí, seguro que sí — le respondí levantándome.

— Te lo prometo, mi amooooor — me reí por sus tonterías.

José tenía mi edad pero parecía más joven. Seguía con sus manos en mi cintura y aproveché mis ganas de ir al baño para que me soltara.

— Voy al baño.

— ¿Te acompaño?

Marché riendo. Estaba el ambiente muy animado y se oían risas y parloteo por todos lados. Me costó llegar hasta allí porque había muchísima gente. No quise mirar hacia donde creía que estaban Sebas y Lucas y muy digna me dirigí hacia los baños. Entré y el sonido de la música se difuminó. Al cerrar la puerta del lavabo, oí una pareja que entraba riéndose a carcajadas.

— Si te ven aquí dentro, la vamos a liar — le decía ella con voz melosa.

— Soy abogado, no te preocupes — ¡Joder! ¡Era Sebas!

Una punzada de celos y rabia se me quedó en el estómago.

— Podríamos entrar en unos de esos — sugirió ella mientras yo me tapaba la boca para no llamarle cerdo.

— Podríamos — le respondió él.

Lo que temía, lo que sabía, lo que tenía más que claro. Y se confirmaba en dos segundos. Sebas era un casanova de mucho cuidado.

Oí como seguían con las risas y cómo entraban en uno de los lavabos. Qué pedazo de cabrón. Marché disparada antes de que empezaran a gemir, si los oía podía darme algo allí mismo.

Al salir e ir hacia donde estaban mis compañeros, choqué con Lucas, quien me miró preocupado. Supongo que vio mi cara de disgusto.

— Perdona — le dije secamente.

— ¿Estás bien?

— ¡No! — le dije nerviosa — Los guapos tenéis un problema de autoestima o algo así. Estoy rodeada de capullos.

La pagué con él sin razón.

— Sí, ya te he visto cómo te ibas morreando con José.

Uf. Me entraron todos los males. Encima éste venía dándome lecciones.

— ¿Quieres que te bese a ti jefe? — le dije acercándome y dio un paso atrás.

Me relamí los labios y lo miré como una auténtica zorra.

— ¿O prefieres otras cosa? ¿Quieres ver mi ropa interior hoy?

Me miró frunciendo el ceño y lo vi morderse el labio.

— Beatriz, para — me ordenó enfadado.

— ¿Por qué? Yo no estoy con nadie. — le puse morritos adrede.

Miró alrededor y me cogió del brazo llevándome hacia una zona más oscura.

— Beatriz, ¿qué ocurre? — preguntó como si fuera mi padre.

Lo miré con desdén.

— Nada — no iba a hablar con él de lo que acababa de suceder, ni con él ni con nadie.

Sebas se iba a enterar de quién era yo. Él sabía que yo trabajaba en esa empresa, joder, sabía que yo estaría allí. ¿De qué iba?

— ¿Va conmigo la cosa?

— No — me sentí mal por tomarla con Lucas y bajé la cabeza.

Él era tan sólo un tío casado que también tenía su propio problema personal: le habían puesto una *secre* que le atraía demasiado y no quería meter los cuernos a su mujer.

— ¿Entonces?

— Nada — Me sentía pequeña, dolida, humillada. Había pasado de un estado eufórico a uno deprimente. — Lo siento.

Lucas me cogió de la barbilla y me hizo mirar esos ojos verdes. Apretó sus labios antes de hablar.

— Beatriz, eres una chica preciosa pero inteligente, no lo olvides.

Sus palabras y su tono entraron dentro de mis pequeñas braguitas y ardí de deseo por él en ese momento. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, queriendo estar en otro mundo, donde Lucas no estuviera comprometido.

Sus manos pasaron a mi cuello y me dejé acariciar. Bajó por mis hombros y sentí sus grandes manos recorriendo mis brazos.

— Beatriz — su voz se tornó más ronca.

Le miré y vi puro deseo en él. Sentí tanto calor en mi sexo que tuve que apretar las piernas.

— Lucas, solo una vez — le pedí dejándome llevar.

Le vi tragar saliva con dificultad y como sus ojos se ponían más vidriosos. Ni yo misma sabía que le pedía, pero necesitaba algo de él.

— No puedo — respondió con su nariz en mi cuello.

Madre mía, yo no podía más. Aquello era demasiado tenso para mi cuerpo. Me dio la impresión de que podía tener un orgasmo con esos leves contactos. Apoyó su cuerpo en el mío, como si aquello no fuera ya pecado, y noté su bulto. No quise moverme para que no se fuera.

— Beatriz, no puedo — creo que se lo decía a él mismo porque seguía en la misma postura, sin irse de allí.

Era el momento de decidir; ser o no ser. Ser mala o no. Dejarse llevar por el deseo o intentar controlarlo. Pensé ingenuamente, que por ir un poco más allá, no pasaría nada. Así que giré mi rostro hacia él y sentí su aliento justo delante de mi boca. Miré su labio inferior, y lo besé, despacio. Sin prisas. Sentí que me ardían las mejillas y que el calor llenaba todo mi cuerpo. Lo necesitaba, lo deseaba, quería tenerlo. Lucas apretó su cadera contra la mía y yo hice movimientos lentos y circulares. El tema se estaba poniendo muy caliente y los dos respirábamos como si nos faltara el aire. Se separó de mí, consciente de lo que podía ocurrir allí mismo, en la fiesta y delante de gente que conocía. Apoyó su frente en la mía.

— Beatriz, no me lo perdonaría — dijo en un murmullo.

— Ni yo... Vete — le ordené intentando recuperar la cordura.

Y desapareció.

Me quedé unos minutos sola, reflexionando sobre Lucas. Y me cabreé de nuevo conmigo misma. Él no era de esos. Yo no era de esas. ¿A qué jugábamos? ¿A romper un matrimonio? Parecíamos dos niños que no pueden

estar sin ese juguete. ¿Nos iba lo prohibido? ¿Era eso? ¿El morbo del tío casado? No me gusté un pelo y me juré que no volvería a pasar.

## Promiscuo tú, promiscua yo

Me fui con mis compañeros, quienes seguían bailando y divirtiéndose de lo lindo. Afortunadamente José bailaba eufórico con otra de las chicas. Me hubiera ido a casa pero pensé que todavía sería peor quedarme en mi cama, llorando mis penas. ¿Y qué decían que curaba las penas? Pues la bebida. Así que me dirigí a la barra y pedí un gin-tonic, bien seco. Casi podría decir que lo bebí de un trago, estaba deshidratada después de lo de Lucas. En nada pedí el segundo y noté cierto mareo. Bah, que más daba, la mayoría del personal estaba peor. Con el segundo me lo tomé con más calma y cuando iba por la mitad, jugueteando con una cañita dentro del vaso, apareció Sebas.

— ¡Beauty! Qué difícil es encontrar a nadie aquí.

— Sí, mucho. — me costaba un poco hablar y el alcohol empezaba a nublar alguno de mis reflejos. Intenté disimular.

— Vaya, veo que te alegras de verme — se quedó de pie, a mi lado y pidió un gin-tonic. — He sabido hoy mismo lo de la cena y antes te he visto pero estabas muy entretenida con el rubio. No he querido molestar.

— Sí, me lo he llevado al baño y me lo he follado —le dije dando vueltas al hielo.

Sebas se quedó en silencio.

— No me expliques nada, no me apetece saber tu puta vida sexual — balbuceé dolida.

— Bea, creía que entre tú y yo...

— No hay un tú y yo, no me vengas con gilipolleces. Ya está.

— ¿Estás así por eso? — preguntó cogiendo mi cara para que lo mirara. Vi sus ojos expectantes. No iba a darle el gusto, ¡ah nooooooo!

— Mira guapo, chasqueo los dedos y tengo entre mis piernas a cualquiera de estos idiotas. ¿Te crees mejor o qué? — Mi tono irónico tapaba el dolor que sentía realmente.

— Ya, ¿por qué estás enfadada? — preguntó insistiendo.

— Por nada — qué pesados con el querer hablar.

— Por nada — repitió mientras retiraba el pelo de mi cara. — ¿No vas ni a mirarme?

— No hay nada que ver — acabé la copa de otro trago. — Puedes irte, no necesito canguro — me dirigí a la camarera y pedí una cerveza.

— No voy a irme — me dijo muy seguro de él.

Cogí la cerveza y repasé con el dedo la etiqueta pensando en lo mal que lo estaba haciendo todo. Creí que se iría al ignorarle, pero Sebas seguía sentado a mi lado, como si fuéramos dos desconocidos. Lo miré de soslayo y fui repasando cada uno de sus rasgos. Era perfecto el jodido. ¿Cómo no iba a aprovecharse de eso? Era un tío.

— ¿Me estás analizando?

— Estaba pensando que es normal — probé la cerveza y me costó notarle el gusto.

— ¿El qué?

— Que seas así.

Giró su cuerpo hacia mí.

— ¿Así cómo?

— Así de...promiscuo — quería decirle algo más fuerte pero no me salió.

— Por mi físico — afirmó serio.

— Qué listo es el letrado. No sé cómo no las tienes a todas comiendo de tu mano. ¿Y Katy? ¿Está con otro en el retrete? Mira que hay que ser listo para follarse a la ninfómana de la empresa — empezaba a decir cosas que no debería pero el alcohol no ayudaba nada a pensar con claridad.

— ¿Me estás echando en cara algo? Que yo sepa tú vas del mismo palo Beatriz — su tono era poco amable.

Lo miré sorprendida.

— ¡Ja! Yo no soy como tú, no me metas en ese saco.

— ¿Ah no? ¿Y esos roces con ese tío en medio de la pista? ¿Y el morreo? Si

no te has ido al baño con él es porque no sabes terminar las cosas que empiezas y eso tiene un nombre.

¡Ostias! ¿Otra vez me llamaba calientapollas?

— ¡Pero tú de qué vas! — me giré también hacia él.

— Y la otra noche te enrollaste con tu jefe en el coche, un tío que está casado. ¿Quién es la lista?

Abrí la boca sorprendida por la visión que tenía Sebas de mí. Aunque tenía parte de razón; yo no era mucho mejor porque tonteaba con Lucas al mismo tiempo que con él. Pero no me dio la gana reconocerlo y menos cuando se había metido en el baño con una que había conocido media hora antes.

— Si piensas todo eso, no sé a qué cojones vienes Sebas. — bajé del taburete para irme pero me retuvo con su mano en mi brazo y me hizo mirarlo. — Suéltame.

— No sabes nada — murmuró entre dientes muy enfadado.

— No, ¿y tú vas a enseñarme algo? — le miré rabiosa.

Me fui soltándome de su mano y oí que me seguía.

— Bea...

En el hall de la entrada había también gente, sobretodo parejas charlando. Salí y me detuve respirando hondo, todo me daba vueltas a causa de la bebida y en ese momento me di cuenta de lo perjudicada que estaba. Me apoyé con la mano en una de las paredes para sostenerme y noté su mano en mi cintura.

— Nena, ¿estás bien? — Lo mismito que me había preguntado Lucas. ¿Dónde estaba Lucas? ¿Se había marchado? ¿Sin decir nada? Seguro que sí.

— Vete — le pedí.

— Te llevo a casa — dijo rodeando mi cintura y forzándome a andar.

Me subí en su coche, un pequeño A1 blanco y negro. Sebas movió el asiento un poco hacia atrás, para que estuviera más cómoda. Le dejé hacer pero muda. No quería hablar nada más con él y además estaba demasiado bebida.

Miré por la ventanilla mientras conducía y las imágenes borrosas iban pasando con demasiada rapidez. Terminé cerrando los ojos. Buf. Menuda

mierda de noche. Las cosas no podían haber ido peor. Los dos me habían echado en cara el beso con José pero no había sido nada y además había sido él quien me había besado. ¿Quizás debería haber sido más prudente? A ver, no tenía pareja ni nada por el estilo y podía hacer lo que quisiera. Como Sebas. Pero él sí había follado con Katy y antes había tonteado de lo lindo. Porque tampoco tenía pareja, claro. Pero yo creía que... ¿qué pensabas Bea? Si lo sabías de sobras, si lo decías continuamente. Sebas no quiere pareja, quiere divertirse. ¿Entonces a qué venía ese cabreo? Porque me gustaba y me gustaba de verdad. Y también me gustaba Lucas pero estaba casado y como no fuéramos con cuidado se nos iría de las manos y acabaríamos dejándonos llevar. Yo misma le había pedido hacer algo más con él como una mendiga poseída por el deseo. Qué vergüenza, joder.

Miré hacia el frente y vi que me iba echando un ojo de vez en cuando. Aparcó en el parking de nuestro bloque y suspiró.

— ¿Mejor?

— No — respondí quitándome el cinturón. No atinaba y él lo hizo por mí.

Nos miramos fijamente y sentí que había algo entre nosotros.

— Bea, yo soy así, como me ves. Si quiero algo lo tomo y no le doy muchas vueltas.

— Querrás decir me lo follo.

— Lo del baño no ha sido nada. — replicó con rapidez.

— Ha sido un polvo y si te he visto no me acuerdo — dije alzando las cejas.

— He pensado que tú también tenías plan. — contestó cansado.

— ¿Te las has trincado por despecho? Porque a mí no me lo ha parecido.

— No, no es eso — pasó una mano por su pelo.

— ¿Qué es Sebas?

— Nada.

— Puf, muy bien. Ya está todo hablado — me jodió que no quisiera hablar conmigo. No sabía qué significaba ese nada pero merecía saber algo más, de

eso estaba segura. Recordé sus risas con Katy y su voz sensual. Me subió la bilis a la garganta. Seguidamente y como si fuera la gran idea del día, me levanté el vestido y me quité las braguitas.

— ¿Qué haces? — Su voz se agudizó.

— Toma — se las dejé en el portamonedas del coche — Mañana se las enseñas a tu colega y así le cuentas que te follaste a dos.

Lo miré desafiante y vi cómo su cara iba transformándose hasta llegar al cabreo nivel diez. Eso me gustó. Ahora te cabreas tú, pensé.

— Bea, te estás pasando — su voz grave retumbó en el coche. Abrió la puerta y vino hacia mí. Abrió la mía y salí mientras él esperaba mirando hacia el frente.

— ¡Uy!, ¿no me vas a mirar ahora que no llevo bragas? Claro, a ti las guarras no te van ¿verdad?

Estaba celosa y dolida, cierto. Y no había nada peor que eso para que salieran serpientes de mí boca. Quería joderlo. Hacerle daño. Fastidiarlo. Como él había hecho conmigo.

— Has bebido y no sabes lo que dices.

El señor abogado siempre tan educado.

Me apoyé en su coche y no sé cómo, bajé la cremallera del vestido y empecé a quitármelo.

— ¡Bea!

— ¿No te gusta? — quise provocarlo y dejarlo a medias, ese era mi esplendoroso plan.

Sujetó mis manos para que dejara de desvestirme.

— Vale ya — gruñó cerca de mi boca.

— No me das miedo.

— No quiero darte miedo — apoyé mi cuerpo en él y encajé mi sexo con el suyo. Noté su erección al instante y me animé a seguir. Me rocé varias veces.

— Bea...

— Pregúntame qué quiero ahora.

— Joder nena, para — su voz ronca indicaba lo excitado que estaba.

— Quiero follarte, aquí, ahora — no me reconocí y apreté su polla en mi mano, por encima de los pantalones.

Sebas se rindió a mí y puso su mano por debajo del vestido, buscando mi sexo desnudo. Notó lo mojada que estaba.

— Joder Bea...

Le obligué a entrar sus dedos en mí junto con uno mío. Los movimos de forma sincronizada, tanto que empecé a sentir un placer exagerado.

— Hazme tuya — le dije respirando entrecortadamente.

— Bea, no — susurró.

¿No? ¿Cómo qué no? Desabroché sus pantalones con maestría y se la saqué sin pudor. Sebas soltó un gruñido que traspasó mi cuerpo y fue directo a mi epicentro. Quería poseerlo. Sentirlo mío. Me daba igual todo; el lugar, el coche, que pudiera venir alguien, que esa polla hubiera estado horas antes dentro de otra. Me importaba una mierda.

Empecé a masturbarlo para ponerlo a cien y así conseguir mi objetivo. Se la apreté mientras iba subiendo y bajando mi mano. Sebas buscó mi boca mientras sus dedos iban a por el punto máximo de placer. Nos besamos como desesperados, como si se acabara el mundo. Nos mordimos los labios, hubo choque de dientes y nos lamimos la boca como si con los besos no hubiera suficiente para expresar el deseo que sentíamos.

Cogí su sexo y lo puse frente al mío, justo en la entrada. Ambos notamos el palpito del otro y aprovechamos unos segundos para respirar.

— El condón —dijo entre jadeos — En el coche.

No, a tomar por culo, no iba a parar para eso. Me puse de puntillas y le obligué a meterla.

— Bea...

— Quiero tenerte así — le dije lascivamente.

— Nena, no podemos así — su voz era poco segura.

— Yo no tengo nada, ¿y tú?

— No pero Bea...

Estaba mandando a paseo todas aquellas cosas que siempre había predicado, aconsejado y dicho: no lo hagas sin. ¿Quién era esa Bea? Por mucho alcohol que tomara, era una de las cosas que siempre me había impuesto y había respetado. Y encima era yo quien se lo proponía. El alcohol no iba a servirme de excusa ante eso el día de mañana. Lo pensé pero seguí a lo mío. Estaba drogada de deseo y eso era peor.

De un golpe de cadera hice que Sebas entrara y entonces me cogí a él con fuerza. Tragué saliva al notarlo de ese modo.

— Hostia... — logré decir.

Sebas, dentro de mí, me cogió del cuello y nos miramos. Vi como bajaba su nuez. ¿Sentía lo mismo que yo? Comenzó a salir despacio y a entrar del mismo modo. Me cogió del pelo y tiró hacia atrás haciendo que le ofreciera mi cuello. Empezó a besarme, a mordirme y a chupar mientras iba a ese ritmo lento. Me estaba torturando lentamente pero me encantaba sentirlo así.

— Bea, vas a volverme loco — su voz en mi oído me derretía.

Subí más las caderas para facilitarle la entrada y se hundió dentro con más fuerza y pasión.

— Quiero volverte loco, siempre — le dije mirando hacia el techo.

— ¡Joder! — me dijo saliendo de repente.

Me quedé vacía pero por poco tiempo. Me giró con rapidez y apoyé mi cuerpo en la puerta del coche. Cogió mis manos y las situó por encima de mi cabeza. Con la otra separó bien mis piernas y acabó de subir la falda del vestido hasta mi cintura. No había nada que esconder, quedé totalmente exhibida para él. Quise cerrar un poco pero no me dejó. Colocó su polla en mi entrepierna y la movió subiendo y bajando. Abrí más mis piernas y levanté el culo para facilitarle la entrada.

— Mira cómo te ofreces — su voz era muy erótica. — ¿Me vas a decir hoy qué quieres verdad?

— Sí...

Me tenía caliente a más no poder, sabiendo que de un momento a otro iba a

entrar.

— Dímelo — puso la punta justo en el principio de mis labios.

Quería empujar y que la metiera de una vez pero él vio mi intención y me sujeto con fuerza las manos.

— Quiero que me folles — le dije exasperada.

No acabé la última palabra y me embistió duro. Un gemido salió de mí.

— Shhhhh — la sacó despacio y la dejó del mismo modo.

Me temblaban las piernas pero Sebas me sujetaba bien. Volvió a meterla con fuerza y me mordí los labios para no gritar de placer. Salió y entró así tres o cuatro veces más hasta que empezó a hacerlo con rapidez, marcando sus dedos en mis caderas y haciéndome suya sin compasión. Me sentí llena, poseída. Mi cuerpo empezó a temblar cuando noté que el orgasmo venía, abrí la boca para coger aire y apreté los puños clavándome las uñas en los dedos cuando el clímax invadió cada nervio de mi cuerpo. Sebas notó como se contraía mi sexo alrededor del suyo y provoqué su orgasmo inmediatamente. Salió fuera precipitadamente y lo oí como gemía mientras se corría fuera de mí. Yo me quedé quieta notando mi orgasmo. Cerré las piernas y apreté, intentando reducir aquellas palpitaciones. Sebas me bajó el vestido y me abrazó por detrás. Nos quedamos los dos en un silencio absoluto.

De repente, me di cuenta de lo que había hecho. Me había tirado a Sebas, en el parking, después de que él hubiera follado con otra. Muy bien Bea, un diez para ti. Me entraron unas ganas tremendas de vomitar. No supe si por lo que acababa de pensar o por el meneo del polvo.

— Me encuentro mal — le dije algo afónica. Me quemaba la garganta y tenía mucha sed.

Sebas me dio la vuelta y me abrazó despacio. Temblé de frío. Abrió el coche y sacó su chaqueta. Me la puso por encima y nos fuimos hacia el ascensor. No podía mirarle, no quería saber qué había sido todo aquello para él. Me ayudó a entrar en el piso, me acompañó hasta mi habitación y me tiré en la cama. Sebas fue a por agua y me la ofreció. Bebí despacio y le di el vaso. Fui a quitarme los zapatos pero me mareé y volví a tumbarme.

— ¡Mierda! — me maldije tapando mi cara con las manos.

Sebas lo hizo por mí. Después noté su mano en mi espalda y bajó la cremallera del vestido. Me lo quitó y cerré los ojos. No quería verlo. Me puso el pijama y me metió en la cama. Me coloqué en posición fetal y procuré concentrarme en no dar más vueltas. Inesperadamente, noté que Sebas me abrazaba, se había metido en la cama. Su otra mano me acarició el pelo y me comenzó a entrar sueño. Estaba en ese estado de duermevela y oí que me hablaba.

— Bea — apenas fue un susurro.

No contesté porque estaba más dormida que despierta.

— Siento algo por ti y vas a hacerme daño. Lo sé.

## Noches alegres, mañanas amnésicas

Desperté de repente, como si una alarma en mi cabeza me avisara de que algo pasaba. Estaba en mi cama y había alguien detrás de mí. ¿Quién? Sebas, vale, hasta ahí llegaba. Sentí su respiración pausada y su mano en mi cadera. Vaya, me hubiera gustado estar en esa situación con él y poder despertarlo con besos, caricias y alguna que otra risa, pero la realidad era otra.

Recordé en breves flashes lo que había sucedido durante la cena de empresa. Algunas cosas estaban borrosas pero lo más importante estaba en mi cabeza. Sebas con una tía en el baño. Yo en un rincón retozando con Lucas. Después discutiendo con Sebas mientras bebía demasiado. Y lo peor de todo, el polvo en el parking de nuestro bloque. ¿Qué me había pasado? Recordé que quise putearlo pero que se me fue de las manos y acabé follando allí como una cualquiera. Y encima él lo había hecho con otra pocas horas antes, joder Bea. Me encogí en mi misma del asco. Perdía detalles y trozos de la historia. Sobre todo de cómo llegamos a mi cama. ¿Le había pedido que se quedara conmigo? No, no lo recordaba. Me había ayudado a ponerme el pijama y después había entrado en la cama. ¡No iba a beber nunca más!

Pensé también en Lucas; me acordaba perfectamente de lo que había ocurrido entre nosotros. Me enfadé por mi comportamiento y me arrepentí muchísimo. Pero no había podido evitar sentir ese deseo por él. Era algo fuera de lo normal, apenas nos conocíamos y en cambio existía entre los dos una atracción incontrolable. Lo único que podíamos hacer era evitar estar solos y sobre todo a oscuras. ¿Y Londres? ¿Cómo íbamos a torear esa situación?

Sin darme cuenta, me estaba durmiendo de nuevo y noté cómo Sebas juntaba su cuerpo con el mío. Me dejé abrazar y me dormí.

Los rayos del sol que entraban potentes por las rejillas de la persiana me despertaron otra vez. Me giré para ver si estaba Sebas y vi la cama vacía. Se había marchado. Me levanté y vi el vestido bien colocado encima de un pequeño sofá que usaba para leer. Me extrañó que yo lo hubiera dejado así yendo tan bebida. Me duché y procuré despejarme con un café muy cargado. Miré el móvil y tenía un montón de mensajes de whatsapp: de Pat, Ari, Marco, Martina, del grupo del curro y uno de Lucas. Abrí el suyo el primero: lo había

escrito a las tres y siete de la madrugada. “Beatriz, tenemos que hablar”. Perfecto, empezar así el día era perfecto. No le quise responder un “sí, lo sé” por si estaba con su mujer. Ya hablaríamos el lunes.

Miré el resto de mensajes y respondí a algunos de ellos. Finalmente leí los del grupo del trabajo y había mensajes de todo y para todos los gustos. Pero me jodió leer cómo corría de boca en boca lo que había pasado entre Katy y Sebas. Pat decía que ella misma lo había ido pregonando a los cuatro vientos, como si fuera un trofeo. Me mordí el labio de rabia y me maldije de nuevo por haber dejado que pasara aquello en el parking. No quería saber más de él. No valía la pena pasar esos malos ratos y después rebajarme de esa manera. Me imaginé apoyada en el coche, con el vestido subido y él empujando, muy machito, sí Sebas. Con una borracha ya podrás, joder.

La verdad, le echaba la culpa, pero había sido yo la incitadora. El orgullo me podía, lo reconozco. Miré entonces como una tonta su whatsapp y vi que también estaba en línea. Quería hablar con él pero preferí dejar pasar unos días y que se enfriara el tema.

A Ari la llamé directamente y en un par de horas la tuve en el piso. Le conté todo o más bien dicho, todo lo que recordaba. Estaba de bajón, con resaca y muy agobiada por ellos dos. Uno era mi vecino de puerta y el otro mi jefe. Dejar de verlos era complicado. Además los dos me atraían sexualmente, tanto que llegaba a hacer cosas que no eran corrientes en mí. Ari me escuchó atenta y cuando terminé comenzó a relativizar mis problemas. Primero, no debía tomarme las cosas tan a pecho. Todo el mundo la cagaba y yo no iba a ser menos. Segundo, Lucas era mayorcito para saber lo que hacía, el problema era de él y yo no debía cargar con esa mochila. Tercero, si quería que Sebas sintiera algo por mí lo estaba haciendo de pena. Gracias Ari. Pero tenía razón.

— Lo sé, pero ya no quiero nada con él. En serio.

— Si tú lo dices. — Ari se había hecho un té y estaba enrollando el saquito en la cucharita.

— No, no, no puedo estar con un tío así. Por muy bien que folle o aunque me guste mucho, no. — Me estaba auto convenciendo.

— Bea, sé realista.

— ¿Qué? — pregunté perdida.

— Vas a caer otra vez, te encanta y estás colgada por él.

— ¡Qué va! — le dije haciendo un gesto con la mano.

— ¿Y lo de ayer que fue? Porque tú misma dices que no fue por el alcohol.

— Quise jugar y me pasé, nada más. — me justifiqué.

— Bla, bla. ¿Usarías condón no?

La miré pensando e intentando recordar. ¡Ay la madre que me parió! Abrí mucho los ojos y puse un mano en mi frente rebufando.

— No me jodas — me dije a mi misma mirando a Ari pero sin verla.

— No fastidies Bea — soltó impaciente, esperando que yo estuviera bromeando.

— A pelo Ari, lo que oyes — eché la cabeza hacia atrás y apreté los ojos intentando recordar más pero nada, no sabía de quién había sido la gran idea de pasar del condón o ni siquiera si nos habíamos acordado de él. Joder, Sebas no iba tan bebido, que yo supiera, ¿en qué coño pensaba? Iba sumando puntos. — Y no sé si se corrió dentro o qué.

— Ya te vale — me avisó.

— ¿Lo ves que hago? Esto no es normal Ari, tú me conoces. ¿Cuándo he follado sin?

Y sin más sobresaltos pasé el fin de semana, sin saber nada de ninguno de los dos. Procuré no coincidir con Sebas y a Lucas no le dije nada. El lunes nos íbamos a ver inevitablemente...

Entré en la oficina rezando para que no estuviera aún, pero no me sirvió de nada.

— Te estaba esperando — ni un “buenos días” — Sígueme.

Fui tras él, admirando su espalda y cómo le quedaba el traje. Me quedé esperando mientras él hacía los cafés; me dio el mío sin levantar la vista. Carraspeó mientras ponía el azúcar y entonces sí me miró.

— Lo de la otra noche, se nos fue de las manos, estarás de acuerdo conmigo — empezó como si hablara de un proyecto del curro y callé esperando a que

siguiera — Reconozco que la mayor parte de culpa la tengo yo, eso es innegable. No debería haberte llevado hasta ese rincón, aunque te prometo que no fue con ninguna intención. Sólo quería saber qué te ocurría. Supongo que tendrá que ver con tu vecino.

No le respondí.

— No me hace falta saberlo — bajó la mirada hacia su café — Ni hace falta recordarlo todo. Sólo quería que habláramos para aclarar esto.

— No quiero fastidiarte — le dije — Y la pifíé. Sé que estás casado y que quieres seguir estándolo.

Me miró medio sonriendo.

— La próxima semana nos vamos a Londres.

— Ya — cogí mi café y tomé un sorbito.

— Y es trabajo Beatriz. No quiero problemas.

— Entiendo — estaba hablando con el jefe borde y seco de siempre.

— Tenemos dos reuniones que son decisivas para que el señor Jones quiera colaborar con nuestra empresa.

— Lo sé — le dije como secretaria eficiente que era — Y querrá, tenlo seguro. — Me miró pensativo. — Nada de fiestas ni de alcohol, ni de zonas oscuras.

Sonrió forzado, como si aquello fuera un recuerdo doloroso para él. Supuse que debía tener remordimientos. Yo era libre pero él tenía esposa y se suponía que en su día había jurado amarla y respetarla. Y en noche de la cena de respeto poco.

— Lo siento — le dije compungida — No pude evitarlo.

— Por mi parte, no va a pasar más. Beatriz acabaré teniendo problemas en casa porque... — Paró y se mordió el labio. — Me afecta.

¿Eso significaba lo que significaba?

— ¿Qué quieres decir? — Bea, ¿por qué siempre quieres saber tanto?

— Que afecta a mi vida Beatriz — como siempre sus explicaciones eran rebosantes de palabras.

— ¿A tu vida personal?

— Exacto. — Resoplé por lo que estaba oyendo. — Y no preguntes más porque no te voy a responder. No creo que sea necesario.

Me imaginé miles de cosas, empezando con que Lucas tenía fantasías conmigo y acabando por pensar que quizás la culpabilidad afectaba a su matrimonio.

— ¿Por qué no? ¿Acaso no me afecta a mí?

— No. Mi situación con Lidia no es cosa tuya.

Más antipático imposible pero no bajé del burro.

— Entonces me estás diciendo que esto afecta a tu matrimonio.

No respondió ni un sí ni un no. Pero si en dos semanas ya estaba así la cosa, ¿qué podía ocurrir más adelante?

— Tienes razón Lucas, vamos a cortar esto de raíz. — me miró serio pero atento — Voy a ser tu secretaria y nada más. Y tu mi jefe, nada de confesiones ni confianzas.

Nuestros ojos decían otras cosas pero nos ignoramos mutuamente. Dejé el café en la bandeja correspondiente y diciéndole que tenía que hacer varias llamadas, lo dejé solo en aquella sala. Me fui con sentimientos encontrados, por una parte me fastidiaba que fuera tan escueto en sus explicaciones pero por otra lo entendía, era él quién se jugaba algo, no yo.

Me impuse a mí misma ser como él: seca y seria. Así no daría pie a nada. Y en Londres era lo que iba a tener a su lado: una secretaria que lo ayudaría en todo y más, pero que fuera de horas, no querría saber nada de él. Era la mejor alternativa, visto lo visto.

Evité el contacto visual con Lucas y cuando era inevitable, me escondía bajo una máscara fría y controlada para no expresarle nada. Lucas hizo más o menos lo mismo, aunque alguna vez lo pillé mirando más de la cuenta.

Cuando quedaba solo media hora para terminar, me llamó a su despacho. Entré y estaba hablando por teléfono pero me dio paso igualmente.

— Sí, sí, vendré, no te preocupes.

Hizo una pausa y yo me senté en la silla.

— Sí cariño, yo también.

Vaya, estaba hablando con su mujer. Miré mis uñas pintadas de rojo intenso y esperé a que acabara.

— Adiós.

Colgó y seguí con mis uñas.

— Beatriz — le miré sin inmutarme — Me ha llamado el equipo de ingenieros y tenemos que hacer algunos cambios. Vamos a tener que quedarnos hoy un rato más.

— Ningún problema, ¿de qué se trata?

— Ahora te paso la documentación. Siento decírtelo tan justo — sus dedos jugueteaban con un bolígrafo.

— No pasa nada — le dije levantándome. — ¿Puedo irme?

— Sí, claro.

Esta tirantez constante iba a poder conmigo. No estaba cómoda y no parecía yo, pero o era así o acabaríamos follando entre los archivos.

Poco a poco, la gente se fue yendo de la oficina, y nos quedamos solos. Cada uno en su puesto y haciendo su correspondiente trabajo. Teníamos prisa por dejarlo a punto porque la semana próxima debía estar en nuestras carpetas rumbo a Inglaterra.

La última hora la pasé en su despacho, poniendo en común todo la faena y ambos estuvimos contentos con el resultado. Hacíamos un buen equipo, eso era indiscutible, y mientras estábamos centrados en el trabajo, lo demás quedaba en un segundo plano. Lo malo eran esos momentos en que el trabajo no era el protagonista, sino que lo éramos nosotros.

Hacia las ocho terminamos al fin y bajamos juntos en el ascensor. En un silencio de aquellos que se puede oír la respiración del otro.

— ¿Te llevo a casa? — preguntó inesperadamente.

— No, gracias — prefería esperar al bus o ir andando.

— No hay autobús a estas horas — dijo mirando su caro reloj.

— Daré un paseo — le dije empezando a andar.

— Ni hablar — dijo secamente y paré en seco.

— Oye Lucas, no voy a meterme contigo en ningún coche. Sé cuidarme solita y no me gusta que me hables así.

Me miró perplejo.

— No eres mi padre — le dije yéndome de su lado.

Era de noche, obviamente, pero en la ciudad siempre había gente por doquier y el camino que tenía hasta casa no era ni peligroso ni solitario.

Más peligroso era subir a su Mercedes, ya te digo.

## **No me has hecho mejor, mejor de lo que era...**

Cuando ya llegaba, Ari me llamó diciéndome que fuera al Nostre; estaba con Alejandro y Marco tomando una cerveza. Me cambió el humor y me alegré de tener un rato de buena compañía.

El local estaba a rebosar, solía ocurrir entre semana; muchos jóvenes iban a desconectar y probar alguna de las singulares cervezas que ofrecía el bar. El lugar además era acogedor, con paredes decoradas de piedra y cuadros de todo tipo. La barra de madera era un pequeño ángulo de noventa grados y el resto estaba lleno de mesas y sillas sin un orden determinado.

Cuando entré los vi en una de las esquinas y Sebas los acompañaba. Estuve a un tris de irme pero no llegué a tiempo porque Marco me vio y se levantó indicándome con la mano que fuera hacia ellos. ¿Por qué Ari no me había dicho nada?

Valor y al toro Bea.

Me saludaron todos a la vez y fui dando los correspondientes besos. Sebas, casualmente, fue el último y cuando me besó pasó su mano por mi cintura, espalda y pelo, todo seguidito. ¿Se podía ser más ágil? Me senté sintiendo un escalofrío y procuré sonreír cuando lo que hubiera hecho era decirle cuatro cosas bien dichas. Pero no era cuestión de montar numeritos allí, entre mis amigos.

Me explicaron que Alejandro quería conocer personalmente a Sebas para el tema del retrato. Y con la tontería llevaban allí parloteando un buen rato. No sé por qué, me sentí desplazada y quise irme pero mi cabeza abotargada no encontraba ninguna buena excusa para rechazar una cerveza.

— Tienes cara de cansada Bea — Ari me miró preocupada.

— Salgo de currar ahora.

— ¿Y eso? — preguntó Marco, sabiendo cuál era mi horario.

— Tenemos un súper proyecto y han salido imprevistos de última hora — miré a Sebas y vi que me miraba interesado.

— El de Londres, ¿no? — dijo Marco de nuevo.

— Sí, ese — respondí mientras cogía la cerveza.

— Se va a Londres, que envidia —le dijo Ari a Alejandro y él sonrió.

— Es una ciudad impresionante, te gustará — Alejandro lo dijo entusiasmado.

— ¿Vas con tu jefe? — La voz de Sebas me sorprendió.

— Sí, claro — bebí intentando hacer ver que eso no significaba nada.

Nos miramos fijamente y supe qué estaba pensando. Ari, Marco y Alejandro charlaban sobre Londres y me iban dando sugerencias pero mi cabeza estaba con Sebas y su silencio sepulcral. No me dirigió más la palabra, en ningún momento, y me estaba poniendo muy nerviosa. Entre el curro y eso estaba que no podía más.

En cuanto terminé aquella cerveza me fui, ya vieron que no gastaba buen humor, así que no insistieron en que me quedara. Respiré hondo al salir y subí a mi piso.

Hacía poco que vivía allí, pero me sentía muy cómoda. Estaba decorado con buen gusto y los tonos cálidos de paredes y muebles me daban la sensación de que hacía mucho más tiempo que residía en él. Lo había hecho mío en un tiempo récord y me sentía protegida entre esas paredes.

Busqué música en el *Iphone* y puse a Alborán. Me apetecía escuchar algo tranquilo y relajante mientras me duchaba y alargué más de la cuenta el baño. Me puse el pijama y cuando me iba a secar el pelo sonó el timbre. Fuera quien fuera era poco oportuno. Fui maldiciendo que me molestaran a esas horas y eché un vistazo por la mirilla mientras decía ¿sí? Javi siempre me decía que debía quitarme esa tonta costumbre de preguntar pero a mí no me daba la gana. La mayoría de veces la gente contestaba.

— Soy yo — y ese yo era el vecino de enfrente.

Abrí sin pensar que estaba en pijama y con el pelo húmedo.

— Qué sexi — dijo serio pero comiéndome con los ojos.

— Muy gracioso — le dije áspera. — ¿Qué quieres?

— ¿Puedo pasar? —su mirada era fría. — Solo será un momento.

— Pasa — me aparté con desgana. — Me cambio en un momento.

— No hace falta, dormimos juntos el viernes ¿te acuerdas?

No le contesté y me puse unos *leggings* y una camiseta por encima. Sebas estaba en el sofá y me senté en el sillón con los pies cruzados.

— Tú dirás — solté algo borde.

— No me habías dicho nada — su tono tampoco era simpático.

— No había pensado en ello y no sé, tampoco sabía yo que trabajabas con tu ex. ¿Es que nos lo contamos todo ahora? — le pregunté con ironía — Porque resulta que trabajas para mi empresa y me enteré la noche pasada.

— No caí en decírtelo.

— Pues yo tampoco — le repliqué cogiendo mis pies.

Sebas se pasó la mono por su pelo y después por la barba. Aún cabreada con él, me gustaba demasiado.

— Y no me lo ibas a decir, te ibas a ir sin más. — Me miró con gesto interrogante.

— Pues no sé, claro que te lo hubiera dicho. — me incliné hacia él — ¿Qué quieres saber Sebas?

— Estás liada con él — afirmó con rotundidad.

— ¡No! — fruncí el ceño por su acusación.

— No me lo dirías — apoyó el cuerpo en el respaldo.

— ¿Tengo que darte explicaciones? ¿Acaso tú las das? ¿Me ibas a explicar el polvo del baño?— elevé el tono sin darme cuenta.

— Tú estabas rozándote con otro, ¿qué querías? ¿Qué viniera a aplaudirte?  
— Sus manos acompañaron con gestos sus preguntas.

— Estaba bailando — le dije rebufando mientras estiraba las piernas.

— Pues parecía otra cosa.

— Pues no era esa cosa... — cerré los ojos al pensar en Lucas. Aquello sí había sido “algo” pero no iba a contárselo a él.

— ¿Qué?

Intenté cambiar el rumbo de la conversación.

— ¿Puedo saber por qué lo hicimos sin condón?

Me miró desconcertado.

— ¿No lo recuerdas?

— No.

— No me dejaste cogerlo del coche.

— Explícate — exigí.

— Quise coger el condón pero no quisiste. Intenté convencerte pero no me escuchabas y pudiste conmigo.

Miré sus ojos claros y retiré la mirada alzando las cejas.

— Te corriste dentro — dije con asco.

— No — le miré sorprendida — No lo hice.

— ¿Sueles hacerlo? ¿Dejas que tías bebidas dominen la situación o es que ya te estaba bien? — alcé el tono sin querer.

— ¿Y tú sueles ir quitándote las bragas en los coches? ¿Eso hiciste con tu jefe?

Me levanté de un brinco al oír sus palabras.

— ¿Pero de qué vas? — le dije enfadada y lo señale con el dedo — ¿Vas a juzgarme tú? Deja que me ría: ¡Ja!

No se inmutó y solamente cruzó los brazos en su pecho. Me superó verlo tan tranquilo y lo asocié a su cinismo.

— No sé a qué juegas Sebas, pero yo paso de ser una más, así que por mi puedes follarte a todas las tías del universo. Me importa una mierda.

Estaba furiosa y de fondo se oía a Alborán con su “tú me has hecho mejor, mejor de lo que era”. Perfecto para que pensara que Sebas hacia conmigo todo lo contrario. Me sentía humillada, sucia y rebajada por todo lo que había pasado. Encima a él no parecía afectarle y yo estaba hecha un saco de nervios.

Respiré hondo e intenté centrarme

— ¿Has terminado? — preguntó sereno.

— No, lo que quiero es terminar con... esto. — me miró alzando las cejas  
— No quiero tener nada contigo. Nunca más.

Hubo un silencio tenso. Esperaba que Sebas dijera un “vale, como quieras” pero no abrió boca.

— No me convienes.

Me estaba auto convenciendo a mí misma porque al mirarle notaba otras cosas. Tenía un hormigueo en el estómago que indicaba que empezaba a sentir algo por él. Y no me convenía, eso lo tenía claro. Un tío que andaba liándose ahora con una ahora con otra, en los baños de una empresa. ¿Qué confianza podía darme? ¿Qué tipo de relación podía esperar con alguien así? Era el típico hombre que estaba contigo en una fiesta y se liaba con otra por detrás. Y no, por eso yo no iba a pasar, por mucho que me gustara.

— No te convengo — repitió alzándose también.

— No — dio un par de pasos y se colocó enfrente.

— ¿Y puedo saber por qué?

— Porque lo sé — sentencié dando por terminada mi explicación.

— No me vale — pasó su mano por mi pelo y acarició levemente mi cara.

Quería abrazarlo y sentirme mimada en sus brazos. Quería besarlo y acariciarlo pero me lo negué haciendo uso de la razón.

— Sebas, vete — le pedí de forma muy seca.

— Beauty, no volveré — murmuró grave y ofendido.

— No quiero que vuelvas — le repliqué con una seguridad fingida mirando mis pies.

Temía que si miraba sus ojos flaqueara y acabara aceptando lo mucho que me llegaba a gustar.

Sebas se fue y me quedé sola, pero además sentí que perdía algo que me importaba de verdad. Algo que dolía, levemente, pero dolía. Y me arrepentí nada más irse de haberlo echado de mi vida.

El resto de la semana fue una tortura y dediqué la mayoría del tiempo al trabajo. Cuando no era en la oficina era en casa.

Martina y Ari exigieron quedar conmigo el viernes por la noche y no me pude negar. Había pasado desde el lunes casi incomunicada con el proyecto de los demonios.

— ¡Qué cara eres de ver jodida! — exclamó Martina cuando entré en el restaurante.

Habíamos quedado en el Beach Young, un sitio donde servían comida mejicana. A nuestra querida Martina le encantaba el picante, como no, y a nosotras ya nos estaba bien.

— No me estreses — le dije sonriendo.

— Déjala pobre que tiene un jefe horrible — Ari me guiñó un ojo.

Me senté con ellas y pedimos en cuanto lo tuvimos claro. Martina me sirvió vino y charlamos entre las tres de cómo nos iba todo.

Martina seguía con Carlos, sorprendentemente, y parecía que la cosa iba bien. Eran muy parecidos pero a la vez tenían aficiones distintas y disfrutaban aprendiendo el uno del otro. De momento, se gustaban y ambos querían ir despacio. Me pareció fantástico y me alegré muchísimo por ella.

En cuanto a Ari, algo parecido pero con Alejandro. Cada día estaba más colgada por él y la vi súper ilusionada. Me dio que íbamos a tener Alejandro para rato y me gustó la idea porque realmente el pintor me había caído muy bien.

Total, que ellas dos estaban empezando con muchas ganas sus relaciones y yo estaba a dos velas entre dos hombres con los que no había futuro alguno. Ideal.

Me tocó el turno, por supuesto, de explicar mi situación. A Martina le había contado algo por teléfono y le di algún que otro detalle más. Después les conté a ambas lo sucedido el lunes por la noche con Sebas.

— Y no sé nada de él — concluí mi relato.

— ¿Por qué no me has dicho nada? — se quejó Ari.

— Estaba súper agobiada con el curro, en serio, no os hacéis una idea de la presión que llevamos encima. Y además con Lucas todo el día por delante y yo haciéndome la sueca con él.

— Tensión sexual ¿no? —comentó Ari.

— Buf, ya te digo.

— Se van a pelear...

Miramos a Martina con gesto de no entender lo que decía.

— ¿Quién? — preguntó Ari al final.

— Su polla y tu paladar. — lo soltó como si nada, refiriéndose a mi jefe, claro.

Nos reímos las tres exageradamente

— Qué burra llegas a ser — le dije secándome las lágrimas.

Siempre soltaba frases de ese tipo y Ari y yo siempre picábamos como lelas.

— Maja, más gráfico imposible. Este tío lo que quiere es calzarte y no sabe cómo. Lo sabré yo.

— ¿Sabes algo que debemos saber? —preguntó Ari la suspicaz.

— El otro día en la cama, mientras se la iba comiendo a Carlos...

— ¡Martina! —exclamó Ari mientras masticaba un trozo de burrito.

— Era para situaros — dijo con su sonrisa pícara — Le propuse el juego de las preguntas, ya sabéis.

Un juego que se había inventado ella, quién sino. Y que consistía en que Martina iba haciendo preguntas al susodicho y como más satisfecha estuviera con las respuestas, más hondo se la metía en la boca. Cosas de ella...

— Sin detalles, rica — se apresuró a decir Ari y nos reímos.

— Total, que pregunté quién era su mejor amigo, y me dijo que Lucas. Y entonces pensé en ti.

— Qué imagen más bonita, gracias por pensar en mí, loca — Martina y yo nos reímos y ella continuó.

— Le pregunté si Lucas tenía problemas con su mujer y... — Ari y yo nos inclinamos sin querer hacia ella — me dijo que estaban pasando una mala racha — susurró teatralmente.

— ¿Por? — pregunté curiosa.

— Por el tema hijos, ella no puede o algo así, es que ahí se acabó el juego y pasamos a otra cosa mariposa.

— Pobre... — pensé en Lucas y en su añadido problema; yo.

— De pobre nada — saltó Ari.

— Ari, es un buen tío pero anda despistado — ambas miramos de nuevo a Martina — Eso me lo dijo Carlos después.

— Eres una caja de sorpresas hija — Ari brindó con Martina.

— Maja, para eso estamos las amigas ¿no?

La miré con cariño y le tiré un beso.

— ¿Así Carlos sabe algo de mí?

— Al detalle no, pero sí.

Ari y yo soplamos a la vez.

— Resumiendo, según Lucas eres la jodida manzana del paraíso.

— ¿Eso lo ha dicho él? — me sentí como una quinceañera.

— Pues sí — respondió Martina limpiándose los labios de salsa — Muy metafórico el muchacho.

Muy de alguien con quien sí me veía comprometida. Ufff, ¿qué estaba pensando? Menuda tontería. Además lo único que venía a decir Lucas era que le atraía sexualmente, como él a mí. No debía imaginar cosas que no eran porque él estaba casado y ya me había dicho claramente que amaba a su mujer.

## Conociendo a Lucas

Estuvimos un buen rato hablando de Lucas y las tres coincidimos en que era mejor que no me metiera en camisa de once varas, que estando casado la cosa sólo podía ir por dos caminos. O me convertía en su amante con todo lo que eso implicaba o terminaba siendo la causa de una ruptura, cosa que tampoco me apetecía.

Después pasamos a hablar de Sebas, con los postres. Y las dos insistieron en que la había cagado con él. Que yo tampoco jugaba limpio... asquerosillas, ya lo sabía.

— Pero no es lo mismo joder, y yo no me voy follando a desconocidos en los baños...

— ¿Y quién se tiró a Álex en el baño del Olla? — era Martina mirándome con ojos acusadores.

— Pero no es lo mismo, ¿qué tenía? ¿Veinte años? ¡No compares! Y era una fiesta de la *uni*, de esas locas que no hacíamos más que payasadas.

— ¡Ya me acuerdo, ya! Menuda peana cogiste Bea — dijo riendo Ari.

— Vaya que sí. Oye, Martina y tú te enrollaste con una tía, así que no digas.

— ¡Bah! Fue por probar ,maja, pero no me emocionó el tema. — nos reímos antes su gesto de despreocupación.

— Pero bueno, que no es lo mismo, y veo que Sebas no quiere algo serio, es un pica flor y ya está — probé mi bola de chocolate con picante y arrugué la nariz ante ese sabor nuevo.

— ¿Y por qué durmió contigo? — pregunto Martina y las tres nos quedamos calladas.

— No lo sé — acabé respondiendo.

— Joder Bea, eso puede significar cosas ¿sabes?

Ari y yo contemplamos a Martina como si fuera una persona desconocida.

— ¿Desde cuándo sabes tú de “cosas”? — le preguntó Ari.

— Tontas del culo, que no sólo... — hizo el gesto de estar comiendo un pene con la mano y nos reímos con ella.

— A ver, cuéntame tu teoría, señorita mojigata — chupé la cuchara y esperé su respuesta.

— Si te follas a una tía de ese modo, en plan *zasca*, fuera de su cama, ¿a qué coño viene eso de dormir con ella? ¿Me lo explicas tú, señorita fresca?

No me lo había planteado de ese modo y Ari tampoco, viendo su cara de sorprendida.

— ¿Se metió en tu cama porque estaba muy lejos de la suya o se metió porque quería follarte dormida o porque le apetecía dormir contigo, abrazado a ti?

— Ni lo primero ni lo segundo — dictaminó Ari seria — ¿Y lo tercero?

— Qué va tías, vete a saber el por qué. Quizás no le gusta dormir solo, yo qué sé. Puede haber miles de razones. No sé por qué vas por ahí Martina. — le dije sonriendo a mi amiga.

— Porque me da que Sebas no es lo que crees, maja — respondió mirando a un chico que entraba en el restaurante — Menudo jabato...

Las tres miramos hacia un chico alto que se puso a hablar con el *maitre*.

— Chicas que os apostáis a que le pregunto por los papeles — dijo Martina rápida.

— ¿Qué papeles? — le pregunté mirándola a ella de nuevo.

— ¡Los que dicen que se la peles! — estallamos en risas otra vez y no pudimos parar de reír un buen rato. Jodida Martina.

De ahí pasamos al café y a la copa pero nos retiramos pronto porque el sábado Martina tenía un curso de empresa y Ari tenía que posar para su pintor. A mí me tocaba al volver de Londres.

Esa noche, antes de dormir, pensé un rato largo en Sebas y en todo lo que había ocurrido con él. Sentía cierta desesperanza al pensar que no volvería a tenerlo. Pero era lo mejor, Sebas no era el adecuado. Tenía que empezar a metérmelo en la cabeza. Pero una parte de mí, cuanto más lo negaba, más quería poseerlo.

Durante ese fin de semana preparé mis cosas para el viaje a Londres. El avión salía a las diez de la mañana, así que a las ocho salí del piso. Cuando estaba cerrando con llave oí que abría Sebas. Intenté hacerlo rápido pero la ley de Murphy hizo acto de presencia; no había manera de sacar la llave de la cerradura.

— ¡Mierda! — exclamé murmurando.

— Déjame a mí — su voz me sobresaltó y me aparté.

Sebas sacó la llave y me la entregó. Un roce de dedos y una sensación de electricidad en los dedos.

— Gracias — le dije cogiendo la pequeña maleta.

— De nada.

Esperamos en silencio a que llegara el ascensor. Cuando se abrieron las puertas me dejó pasar y entró mirando mi ropa. Yo también vi que iba con su traje gris y esa corbata verde que le quedaba de miedo.

Me obligué a mirar al frente.

Salimos y me dirigí a la estación de autobuses. No nos dijimos nada. Y me sentí mal. ¿Qué me hubiera costado decir un simple adiós? ¿Tan enfadada estaba? ¿Tan orgullosa era? Sí, quizás demasiado Bea.

Oí su moto a lo lejos y subí al autobús imaginando que aparecía en el aeropuerto, venía corriendo y nos abrazábamos dando vueltas. Pero ¿desde cuándo tenía esas ideas tan cursis y además con Sebas?

La realidad fue que en el aeropuerto estaba Lucas, con su traje impecable y leyendo el periódico. Levantó la vista al acercarme y me saludó con un “buenos días”. Hicimos el *check in* y pasamos por seguridad. Todavía nos quedaba una hora larga así que nos sentamos en el Jamaica coffe y Lucas, con su habitual caballerosidad, fue a por los cafés.

Lo miré mientras estaba en la cola y pedía al camarero. Estaba impresionante y me iba a costar no dejar de verlo como un objeto de deseo. Además olía de vicio, esa mezcla de perfume y de su olor podía volver loca a cualquiera. En la mesa de mi derecha había dos mujeres que no dejaban de observarlo y

hablaban por lo bajo. Supuse que también les debía parecer guapísimo.

Se sentó y me ofreció el café. Estuvimos charlando del proyecto y quedamos que por la tarde ultimaríamos todos los detalles. Después pasamos a temas triviales como si me daba miedo o no volar en avión, si había estado en Londres o si la comida inglesa no valía mucho. Era mi primera vez en Londres y me apetecía visitar algo, y como tendríamos alguna que otra hora libre, me había programado mi propio recorrido turístico que, por supuesto, haría sola. Y lo de volar, miedo no era, pero tampoco me entusiasmaba mucho. Me daba rollo el despegue; intentaba en esos momentos leer o distraerme con lo que fuera. Así que cogí mi *ibook*.

— ¿Qué lees? — preguntó mirando mis manos.

— *Bajo la misma estrella* de Green, me queda poco ya.

— Una historia dura — sus ojos verdes transmitían emoción.

— Sí, y real como la vida misma — dije volviendo al libro. Cogí con fuerza el *ibook* al notar que el avión cogía velocidad para despegar.

— Venga que te cuento el final, mira al final...

— No, no, no, no me lo cuentes — lo corté con voz aguda.

— Es que tampoco es para tanto, escucha; ella acaba...

— ¡Lucas! — exclamé flojo.

— Ella acaba en el...

Me tapé los oídos, como una niña y me reí.

— No, no, no te oigo.

Me quitó las manos y medio sonrió a su manera.

— Ya puedes seguir, ya estamos en el aire.

Lo miré con la boca abierta. ¡Vaya! No me había dado cuenta del despegue.

— Muy hábil, gracias — le dije sonriendo.

— De nada Beatriz — me miró y pensé en Martina; sí, era un buen tío, no había duda.

Me metí en el libro y en la trágica historia de esos jóvenes. Lucas continuó con

su periódico y así estuvimos, en silencio, hasta llegar a *Stanstead*. De ahí cogimos un taxi hasta un hotel de cinco estrellas, como no. Teníamos las habitaciones contiguas, una al lado de la otra. Antes de entrar me dijo que él se quedaría en la habitación y picaría algo. Yo pensé en hacer lo mismo y quedamos en vernos más tarde en el bar del hotel para preparar la reunión del día siguiente.

Después de una refrescante ducha, miré por la ventana y me encantó el aire colonial de Londres. Estábamos algo apartados del centro y se podía respirar una tranquilidad extraña para ser una ciudad tan cosmopolita. Por un momento pensé en salir y empezar a recorrer sus calles, pero preferí descansar y estar al cien por cien para hablar del proyecto con Lucas. Ya tendría tiempo de hacer turismo.

A las cinco, como habíamos dicho, bajé al bar. Sebas estaba en una esquina, sentado. Me fijé que se había vestido más cómodo; pantalones grises y una camisa blanca de rayas verdes, a juego con sus ojos. ¿Se compraba él la ropa o lo hacía su mujer? Tenía buen gusto, fuera quien fuera. Ella. Lidia, me pareció elegante aunque algo estirada. Realmente hacía juego con Lucas, él también tenía esa pinta de “mírame y no me toques”.

Antes de venir, había elegido bien mi ropa durante un par de horas seguro. No quería parecer que andaba provocando a Lucas, así que escogí ropa sencilla pero elegante. Para bajar me había puesto unos pantalones altos de cintura de color crema y una camisa blanca por dentro. Siempre con mis zapatos de tacón, eso sí, aunque era un tacón medio, no el que usaba para salir de fiesta.

— Hola — lo saludé sentándome frente a él.

— Buenas tardes — miró mi ropa y entonces miró hacia la barra — ¿Un té inglés?

La verdad, hubiera preferido una caña bien tirada pero era hora de trabajar.

— ¿Alguno en especial?

— Mmm, ¿te fías de mí? Soy especialista, créeme —sonreí y afirmé con la cabeza.

Llamó a uno de los camareros, con su perfecto inglés, y le pidió una mezcla de té. En nada me lo sirvieron y Lucas extendió el papeleo por la mesa.

Repasamos los puntos más importantes de la reunión y en un par de horas tuvimos los dos bien claro cómo íbamos a ir intercalando nuestras intervenciones.

— Cómo si fuéramos uno — observé a Lucas y él seguía la vista en los documentos pero yo no pude evitar pensar en términos sexuales y me lo imaginé siendo uno con él, pero dentro de mí — ¿Beatriz?

— Perdona, sí, lo he entendido — le dije abanicándome con un folio.

— Y no me mires así — me pidió impaciente.

— ¿Así cómo?

— De ese modo que parece que me invites a tu cama — directo, claro y bochornoso. Me había pillado.

— Bueno, vale, no seas tan sincero. Se me ha ido la cabeza y la culpa es tuya por usar términos que se pueden malinterpretar. — recogí los papeles y seguí como si nada, y cuando acabé él seguía con su mirada fija en mí. — ¿Qué?

— No había conocido a nadie como tú — recogió también sus cosas y se puso de pie.

— No sé cómo tomarme eso — le respondí levantándome.

— ¿Te apetece una cerveza? — preguntó cambiando de tema.

— ¡Claro! ¿Vamos a un bar de esos típicos londinenses? Me muero por entrar en uno. Dame dos minutos y me cambio. — Toda mi teoría de no estar con él fuera de horas a tomar por culo.

Lucas sonrió y asintió. En nada estuvimos en la calle y con mis vaqueros y botas de media caña me sentí más yo. Dimos un paseo mientras Lucas iba explicándome los barrios de Londres y las características más comunes de cada uno. Parecía mi guía personal y lo escuché atenta porque me interesaba saber de esa ciudad y porque me encantaba oír su voz algo rota mientras hablaba sin el tono de jefe seco y tosco.

Entramos en *The Lion* porque Lucas conocía el pub y según él tenía una carta súper extensa de cervezas. Me gustó el ambiente cálido, oscuro y con ese olor a madera. Había bastante gente pero encontramos una mesa al lado de una de

las paredes. Una camarera muy amable nos ofreció la carta de bebidas y pedimos una Bitter, de sabor suave. Nos trajo las copas y Lucas dijo que se las podía llevar. No dije nada y pensé que mejor normalizarlo todo.

— Oye Lucas — cogí la botella y limpié la boca con una servilleta.

— Dime.

— ¿Qué has querido decir antes? A ver, no quiero comprometerte, es decir, si vas a decir cosas que no debes, no me contestes porque...

— Beatriz, pruébala — me cortó saboreando su cerveza.

Bebí mirándolo, un poco cohibida pero al notar esa amarga suavidad en mi garganta cambié el gesto a una sonrisa.

— Vaya, hemos acertado ¿verdad?

Asintió con su habitual gesto.

— He querido decir que eres muy natural, y eso me gusta. No te andas con rodeos y hablas tal cual, a veces demasiado, pero es gracioso en ti. No tienes malicia y eres algo ingenua y eso con tu... físico es una combinación extraña — volvió a beber esperando que asimilara sus palabras.

Me había gustado casi todo.

— ¿Extraña? ¿Por qué?

— Bueno, la palabra podría ser otra...

— ¿Cómo por ejemplo? — siempre me pasaba con él, no sabía si iba por el lado bueno o por el malo.

— Fascinante, ¿te gusta más? — medio sonrió.

— Hombre, pues sí — le respondí devolviéndole la sonrisa. — De todos modos, tú tampoco eres común.

Me miró sorprendido.

— ¿Eso es bueno o malo? — me reí al pensar que él tampoco me pillaba.

— Para mí es bueno, para ti no sé, eres tan... clásico — le dije con la boca pequeña.

— ¿Así que soy clásico? ¿No querrás decir otra cosa? — bebí para poder

pensar mi respuesta.

— Yo he dicho clásico, tú piensa lo que quieras.

Lucas sonrió de verdad y me dejó ver sus dientes perfectos. En ese momento me derretí un poquito y bebí de nuevo al notar la garganta seca. No sé qué efecto producía en mí esa sonrisa tan cara de ver.

— Supongo que algo sí lo soy — dijo muy digno.

— Pues yo no me encuentro extraña, qué quieres que te diga, y menos fascinante.

— Ese es tu encanto — dijo fijando sus verdes ojos en mí. Se mordió el labio y miré su boca sin querer. Era un tic seguro; cuando no controlaba la situación se mordía el labio. Lo que provocaba que yo también quisiera morderlo.

Cerré los ojos un segundo haciendo un esfuerzo enorme por cortar esa situación.

— Perdona — dijo con rapidez.

— Supongo que es inevitable esto, quiero decir, que...ya sabes. No hace falta hablar de lo mismo. — me puse nerviosa y no me salían las palabras.

— Sí, supongo — acabó su cerveza y sonrió satisfecho. — Lo curioso es que lo hablemos con tanta serenidad.

— No nos queda otra — repliqué levantando los hombros, aunque precisamente serena no estaba.

— Te agradezco que pongas de tu parte, en serio. Podrías no hacerlo. Al principio creí que hacías ciertas cosas con otra intención.

— ¿Para provocarte?

— Más o menos. Después vi que eres así de natural. — miró hacia la camarera y la llamó — ¿Te apetece algo más fuerte?

¡Ay! Ya estábamos otra vez con el lenguaje subliminal. Bea, no lo asocies todo al sexo por dios.

— Venga, estoy en tus manos — me miró un segundo y me acaloré por su mirada. Era puro vicio, lo juro. Quise pensar que también lo hacía sin darse

cuenta y obvié el calor que empezaba a sentir entre mis piernas.

Lucas escogió una cerveza de más graduación y más oscura. Brindamos como dos colegas con las botellas y le dimos un pequeño sorbo para probar.

— ¡Vaya! Cerveza de hombres...

— Es más fuerte, sí.

— Eso “de hombres” lo hubiera dicho mi ex, a mí sí me gusta — le sonreí.

— ¿Un ex machista? — preguntó divertido.

— No quiero criticarlo pero era un capullo — me miró sorprendido y sonrió de nuevo. ¿Dos veces en pocos minutos? Eso era un récord en Lucas.

— No hagas esto, no hagas lo otro. Parecía mi padre y no soporto eso. Te gusto como soy o no, y punto.

Lucas me miraba sonriendo. Estaba guapo guapísimo.

— A ver, que le quise mucho pero al final queda lo malo, ya sabes. Además no terminamos demasiado bien...

— ¿Por?

— Dejé de quererle y a él le costó aceptarlo.

— Fuiste valiente — dijo dejando su botella en la mesa — Seguro que algún día te lo agradece.

— ¿Javi? Qué va. Es de esos guaperas que no soportan que alguien los deje tirados. No me lo perdonará en la vida pero vamos, que duermo tranquila.

— ¿Así que te van los guapos, no? — dijo con sorna mientras cruzaba las manos encima de la mesa.

— ¿Así que haces bromas y todo, eh? — le repliqué rápida recostándome en la silla y con una sonrisa de suficiencia. Listo, pensé.

— Pocas veces — continuó con su tono bromista.

— No te imagino haciendo muchas cosas — me sinceré demasiado pero el ambiente daba pie a ello.

— ¿Qué tipo de cosas? — preguntó asombrado.

Me reí inevitablemente.

— Perdona, me refiero a bromear, reírte a carcajada limpia o a no sé, emborracharte, bañarte en la playa a las cinco de la madrugada y podría seguir — concluí jugando con la botella en mis manos.

Se cruzó de brazos y siguió con su semblante amable.

— Pues te sorprendería si te contara algunas cosas — me miró esperando mi respuesta y alcé las cejas e hice un gesto con la mano diciéndole que continuara hablando — Déjame pensar — puso la mano en su barbilla y me reí por su pose teatral.

— ¿Lo ves? Tienes que pensarlo.

— Me fui de casa con dieciocho años, porque quería vivir a mi aire. Trabajé y me saqué la carrera saliendo de fiesta de jueves a domingo. Por supuesto, no voy a explicarte que casi cada noche estaba con una chica distinta. — lo miré abriendo los ojos y él respondió alzando las cejas — Me marché un par de años a Estados Unidos, para hacer un máster de marketing. Allí conocí a una actriz y estuve con ella hasta que me harté del mundo irreal en el que me veía envuelto. — quise preguntarle quién era esa actriz pero siguió hablando — Ya puedes imaginar; fiestas, drogas y ríos de alcohol. No me gustó. Volví y trabajé en varias empresas hasta que en *Synch* fue donde me encontré a gusto. Y hasta ahora.

¿Y Lidia?, pensé al instante pero no quise preguntar más de la cuenta.

— ¿Sorprendida?

— ¡Bah! Tampoco tanto — le dije haciendo burla. — Bueno, un poco sí.

Me reí y él volvió a sonreír. Después pedimos algo de comer y nos fuimos en taxi al hotel. Había que madrugar y nos esperaba una mañana dura.

En la puerta de la habitación nos despedimos con rapidez, como si ambos supiéramos que no nos convenía alargar nada para no provocar situaciones comprometidas. En el bar, rodeados de gente, estábamos muy cómodos e incluso podíamos comentar lo que sucedía entre nosotros, pero ante una habitación con una gran cama mejor esconderse el uno del otro. La tentación era demasiado palpable.

## **No cantes victoria antes de tiempo Bea**

Llegó la esperada reunión y la verdad, no puedo ir mejor. Lucas y yo estuvimos perfectos y no hubo ni un error en la exposición. Jones era un señor mayor al que le caímos bien de entrada y nos miró con buenos ojos durante toda la explicación del proyecto. Lo tuvo claro que quería tomar parte y nos exigió hacer la segunda reunión después de comer. Nos pilló por sorpresa pero no nos negamos porque lo teníamos todo bien preparado. Lucas y yo comimos algo ligero en la cafetería de la empresa de Jones y a la hora convenida hicimos la segunda reunión. Todo fue rodado. Una hora más de hablar con él y su equipo, y firmamos contrato con ellos.

Salimos a media tarde de allí con una sensación de satisfacción que no podíamos con ella. Estábamos pletóricos; yo hablando como una descosida y Lucas sonriendo más de lo habitual.

— Tenemos que celebrarlo jefe, yo invito — le dije bromeando.

— Beatriz, no me seas feminista. Invito yo — contestó divertido.

En pocas horas se había creado una especie de complicidad que me encantaba aunque fuera peligrosa por nuestra mutua atracción. Saber que yo le gustaba le añadía un punto de morbo a nuestra relación jefe-secretaria. Pero me lo tomaba como un juego en el que no podíamos pasar de ciertos límites.

Quedamos en el hall, después de una merecida ducha de chorritos. Lucas estaba, como siempre, estupendo y yo me puse un vestido corto para la ocasión.

Fuimos a un restaurante cercano donde se respiraba glamour. Le pregunté, mientras nos traían los platos, si nos iríamos antes. El billete de vuelta era para el jueves y al haber adelantado la segunda reunión, podíamos marchar el miércoles. Me dijo que había llamado y que le habían informado que de momento el cambio era imposible. Estaban todos los vuelos llenos. Así que me preguntó si quería hacer turismo con él durante todo el miércoles y le respondí afirmativamente, pensando que sería divertido y que además estaríamos a salvo de tentaciones.

Durante la cena estuvimos comentando la jugada con el señor Jones; los dos

coincidíamos en que sería un trato beneficioso para las dos empresas y que no podíamos haberlo hecho mejor. Brindamos varias veces, con un buen vino blanco y fresco, que entraba demasiado bien. Sin darnos cuenta, pedimos una segunda botella y nuestros cuerpos fueron relajándose. Estábamos súper a gusto charlando y aunque a Lucas le costara tanto sonreír, cuando lo hacía me encantaba.

Llegaron los postres y creo que ninguno de los dos deseaba terminar aquella cena. Propuso continuar la charla en un pub que habíamos visto al pasar y acepté gustosa.

El lugar era coqueto y pequeño. Había pocas mesas con sus respectivos bancos de madera y la iluminación era tenue. Nos sentamos uno frente al otro y como era tan estrecho, estábamos muy cerca. Él apartó sus piernas hacia el otro lado porque si no nos tocábamos sin querer. Yo eché el cuerpo hacia atrás para no sentirme tan encima de esa pequeña mesa. Por suerte, la música apagaba las conversaciones de la gente ya que era el típico sitio donde podías oír sin problema a los vecinos de mesa.

Nos trajeron con mucha rapidez la bebida, un gin-tonic para mí y un whisky con hielo para él. Miré de nuevo a mí alrededor y pensé en lo que le había dicho en su día: nada de alcohol, ni de fiestas ni de zonas oscuras. Vamos, no cumplía ni una.

— ¿Qué piensas? — preguntó moviendo el hielo de su copa y sin mirarme.

— Que esta debería ser la última — le dije alzando mi gin.

— Ya — dijo más serio.

— ¿Puedo preguntarte algo?

Dijo que sí con la cabeza y seguí animada por esas copas de vino.

— ¿Cuándo volvamos se acabará el buen rollito?

— El trabajo es trabajo — respondió pensativo — Y si te refieres a salir a tomar algo juntos, creo que tampoco es lo que quieres.

— Eso de que no quiero — solté sin pensar — Esto, sí, o sea, no, no quiero porque estás...

— Casado — terminó mi frase sonriendo — Creo que será mejor prevenir

que curar.

— Lo sé. Además a mí el rollo de amantes no me va. O estás o no estás, ¿no?

— Exacto — nos miramos con un deseo contenido y sin querer su rodilla rozó la mía pero no la apartó y yo tampoco. Noté en ese punto de contacto un calor ascendente. No hubiera pensado que la rodilla pudiera ser un punto erótico, debería preguntárselo a Martina.

— Bueno, en la oficina lo llevamos bien ¿no crees? —le miré por encima de la copa y sus ojos verdes se clavaron en los míos.

— Se procura señorita Beatriz, hay días mejores y otros peores, sobre todo cuando tu falda es algo más corta de lo habitual y vas mostrando esas piernas que tienes — se me cortó el aire por su sinceridad.

— No voy tan corta — me quejé.

— No — acercó su cuerpo hacia el mío y con una mano me indicó que me acercara. Estábamos demasiado juntos — Pero me torturas igualmente. — me dijo en un susurró, como si estuviera contándome un secreto.

Contemplé sus ojos brillantes y su boca húmeda. ¡Madre mía! Sentí mi cara hirviendo del calor y Lucas lo notó. Pasó una mano por mi mejilla y después la otra. Me dejé acariciar.

— ¿Por qué es tan difícil contigo? — noté su aliento en mi rostro.

— Lucas... — quería decir que parara pero no pude.

— Lo sé, dame un segundo.

Me observó con una sonrisa en los ojos y finalmente bajó sus manos y cogió las mías. Ardía como yo, tanto o más. Apretó mis dedos y me soltó. Puso distancia entre nosotros y yo le imité. Nos miramos fijamente, no sé si durante uno o dos minutos, los suficientes para decirnos muchas cosas sin hablar.

Después, los dos coincidimos en que lo mejor era irnos y no alargar la noche. Nos metimos en nuestras habitaciones como si nos persiguiera alguien. Cuando entré suspiré y pensé en lo poco que me costaría ir a su habitación, llamar y entrar. Estaba segura de que no diría que no. Pero tuve sentido común y me obligué a meterme en la cama.

El día siguiente se despertó con un sol increíble y me estiré en la cama sintiéndome bien. Lucas me mandó un mensaje a los pocos minutos diciéndome que me daba solo media hora, que si no se iría sin mí. Sonreí sabiendo que era mentira pero me di prisa porque me apetecía mucho visitar la ciudad. Llevaba dos días en ella y no había tenido tiempo de ver nada.

Como siempre, Lucas me esperaba con su pose seria. Cogimos un taxi y nos dirigimos hacia el Big Ben y la catedral de Westminster. Lucas conocía el lugar y me fue explicando su historia por encima. Hicimos ver los dos que la noche anterior no había pasado nada y no mencionamos el asunto. Hicimos ver que éramos dos compañeros de trabajo, simplemente. Y así pasamos la mañana, disfrutando de un Londres lleno de rincones por descubrir.

A mediodía fuimos a Camden Town y probamos distintas comidas que vendían en los tenderetes. Verlo comer de esa forma tan informal, en la calle y de pie, me hizo gracia. No era tan estirado como parecía. Dimos un paseo por ese singular barrio y tomamos el café en un pub para descansar un poco. En nada, Lucas, ya me tuvo en marcha otra vez y fuimos en el metro hasta la Torre de Londres. Me encantó el lugar, con la gigantesca noria por detrás. Fue un paseo largo pero valió la pena. Finalmente fuimos a Picadilly Circus y allí nos hicimos las típicas fotos. Cerca había una iglesia y entramos para verla. Justo entonces una señora nos dió unos papeles y nos indicó que nos sentáramos. Nos miramos y vimos que era la programación de la misa que iban a realizar. Lucas alzó las cejas y yo di un vistazo a mí alrededor. Había algunas personas mayores sentadas en las filas delanteras y nosotros que estábamos un poco más atrás.

— Lucas, vámonos —le dije cogiendo su mano.

— ¿Qué dices? No podemos irnos ahora.

La gente se levantó y empezó a sonar la música del órgano. Tiré de él y lo obligué a salir corriendo de allí. Al salir ocurrió lo inesperado; Lucas estaba riendo a carcajadas. Yo también reía pero no podía dejar de admirar cómo cambiaba su rostro; parecía mucho más joven y sobre todo mucho más feliz.

— Habrán pensado que estamos locos — le dije riendo.

— Seguro que sí — Lucas iba recuperando el aliento. — Tú eres la que

está loca.

— ¿Ibas a quedarte toda la hora ahí? — le pregunté bromeando.

— ¿Te imaginas?

Nos reímos de nuevo.

Sin darnos cuenta se hizo de noche. Quedamos en cenar en el restaurante del mismo hotel porque estábamos agotados y al día siguiente teníamos que coger el vuelo a las nueve de la mañana.

El restaurante era de lujo y la carta muy selecta. Sorprendentemente comimos muy bien y además, después del postre, nos dieron a probar unos chupitos de licor de colores brillantes, con los que también pasamos un rato divertido. Los fuimos probando e intentamos averiguar cuáles eran sus ingredientes. Con la tontería nos los bebimos todos y no dejamos ni gota. Sin pensar en que aquello subía a la cabeza, sí o sí.

El *maitre*, muy simpático, nos invitó también a ir a la discoteca subterránea del hotel. Nos aconsejó probar alguno de los *cocktails* que servían. Lucas lo tuvo claro; un “Alaska” para cada uno. Seguía con su pose de *gentleman*, pero sonreía más a menudo. Me dio la copa amarillenta y di un pequeño sorbo mientras observaba el ambiente. El local no era muy grande pero tampoco había mucha gente: algunas parejas y un par de grupo de chicos. Uno de ellos me miró sin reparos y yo retiré la vista.

— Bueno, ha sido un viaje interesante — le dije contenta por cómo había ido todo.

— Cierto — afirmó con su media sonrisa.

— Incluso te he visto reír — me burlé.

— Podría acostumbrarme — brindó con mi copa y bebimos los dos. El alcohol empezaba a hacer su efecto y nos miramos con picardía.

El camarero nos sirvió otro *cocktail*.

— De parte del caballero de la barra — me giré y el chico de antes me sonrió alzando su copa.

Era alto y apuesto aunque demasiado rubio para mi gusto. Le devolví la sonrisa por educación y me volví hacia Lucas.

— Jolines, la gente no se lo piensa dos veces. ¿Y si fuera mi pareja? Menudo morro le echan.

— Hace ya rato que nos observa y habrá pensado que no lo somos — Lucas se sentó en el taburete — Si quieres ir a saludarlo...

— No — le corté — No tengo ningún interés.

— Pues es de los guapos — replicó con ironía.

— No tanto — le dije haciendo un gesto hacia abajo con la mano.

— Creo que en cuanto me vaya al baño vendrá a por ti — dijo más flojo.

— Ni se te ocurra irte — le amenacé con un dedo y él sonrió.

Se alzó y lo miré avisándolo.

— Lucas, si te vas vendré contigo, te aviso.

— No serás capaz — soltó divertido.

— Se ve que no me conoces, jefe.

Giró sobre sus talones y se fue tan campante hacia los baños. Me quedé un segundo bloqueada pero fui tras de él, vaya que sí. Miré un momento hacia el chico y vi que me seguía. Rápidamente pensé que si me metía en mi baño aquel tipo me esperaría, así que entré en el de hombres. Cuando Lucas me vio me miró alucinado pero no le dejé decir nada. Lo cogí empujándolo hacia dentro de uno de los baños. Tenía todo su cuerpo pegado al mío y me miró desde su altura. Le dije que callara con el dedo y oímos cómo entraba alguien; estaba seguro de que era aquel pesado. Lucas fue a hablar pero le tapé la boca y me reí. Oímos la puerta otra vez y después nada, solo la música de fondo. Quité la mano y me reí tontamente.

— Me estaba persiguiendo — le dije alzando los hombros y con cara de inocente. Puse morritos y no fue queriendo.

— Beatriz, esa boca — me miró intensamente — Por favor.

Me puse seria también y respondí a su mirada. Sus manos estaban en mi cintura y hasta entonces no me había dado cuenta. Di un paso atrás pero no me

soltó. Supuse que el alcohol tenía parte de culpa.

Bajé la vista intentando recuperar el control de la situación; debía salir de esas cuatro paredes, estábamos solos y demasiado juntos, demasiado. Pero vi sus zapatos, subí por sus largas piernas y acabé en su paquete, que se marcaba inevitablemente en su pantalón. Me entró el calor de golpe y sentí humedecer.

— Lucas... — el juego empezaba a ser peligroso y quizás no podríamos parar.

— Beatriz.

Su voz grave acarició todo mi cuerpo y apreté mi cadera contra la suya. No pude evitarlo. Lucas soltó un gruñido. Sus dedos comenzaron a levantar el vestido con maestría y sentí que ardía mientras yo miraba cómo lo hacía. Cogió mis nalgas con sus grandes manos y me apretó contra su sexo. Eché mi cabeza hacia atrás y Lucas posó sus labios en mi cuello, expuesto para él. Sentí que algo electrizante recorría mi cuerpo y me apreté a él. Empezamos a respirar con dificultad y a soltar gemidos leves.

— Beatriz...

Al oír mi nombre con ese quejido lastimero, mi sentido común se activó y me di cuenta de que aquello iba a ir a más. Pensé en mí, en Lucas y en su situación. Me separé de golpe, dejándolo con las manos vacías y apoyándome en la pared del baño. Nos miramos con deseo, con ganas de seguir y respirando con dificultad. Pero supimos dominar aquella pasión que había entre nosotros.

Lucas pasó las manos por su pelo alborotado y yo aproveché para vestirme.

— Joder Beatriz...

— No podemos — le dije sonrojada por el calor.

— No — dijo más serio.

Salí de allí inmediatamente, sabiendo que Lucas estaba de acuerdo conmigo en que lo mejor era no complicar las cosas. Ninguno de los dos nos lo perdonaríamos.

## **Poderoso caballero es don “Sexo”**

Al día siguiente me levanté espesa, mezcla del alcohol y de que la cabeza me iba a mil con el tema de Lucas. Con lo bien que lo habíamos llevado, y al final casi la cagamos en serio. Por suerte, paré a tiempo y no pasó nada. Pero la verdad era que habíamos traspasado la línea y que estábamos jugando a algo peligroso. No entendía qué nos ocurría porque yo tenía claro que pasaba de liarme con un casado y él también estaba seguro de que no quería ser infiel y de que amaba a su esposa. Quizás era una cuestión metafísica de esas que no entendíamos, culpa del cosmos o algo así. Bueno, intentaba tomármelo con humor porque de lo contrario iría dándome collejas de aquí a Barcelona.

Cuando bajé al hall, Lucas me esperaba igual de impresionante que siempre. No le miré a los ojos porque me dio vergüenza pero él me saludó como si nada y le devolví el saludo. Cogimos un taxi e hicimos todo el recorrido pertinente hasta el avión, con total normalidad. Una vez a bordo, nos sentamos y me pregunté si Lucas estaría acostumbrado a esas situaciones, si era verdad que era tan fiel como decía, porque daba la impresión de que no le afectaba lo ocurrido en el baño.

— Pregunta — dijo Lucas al aire y le miré para ver si me hablaba a mí.

— ¿Qué dices?

— Que me preguntes lo que te ronda por la cabeza — dijo abrochándose el cinturón.

Le miré alucinada.

— ¿O no es verdad? El cinturón, Beatriz — me dijo como si fuera mi padre.

— No sé — le dije nerviosa sin poder atinar con el cierre — Parece que ayer no pasó nada.

— ¿Te ayudo? — preguntó amablemente mientras lo hacía él. Rozó sus manos con mis dedos y pensé en esas manos en mis muslos. Rebufé sin poderlo evitar y me maldije por tener esos pensamientos.

— No desearás la mujer de tu prójimo — dije murmurando.

— Noveno mandamiento — continuó él mirándome con esos ojos verdes que me tenían loca — Ayer sí pasaron cosas Beatriz, pero si tú estás preocupada, imagínate yo.

— ¿Y tú manera de despreocuparte es hacer ver que no ha pasado nada? — agudicé la voz. Las azafatas iban explicando lo suyo mientras nosotros hablábamos en un tono bajo.

— No, pero a veces es mejor pensar antes de hablar.

— Sí, suelo hacerlo, bueno, intento hacerlo — Lucas medio sonrió y yo también. Parecía que el ambiente se relajaba. — Y yo ya he pensado.

— ¿Y qué has pensado?

— Que me debes una.

— Entraste en el baño de hombres Beatriz — me recordó con su habitual seriedad.

— Es cierto, me debes media entonces — Esta vez sí sonrió con su bonita expresión y me gustó verlo así; me parecía que en aquellos momentos era un poquito mío.

— ¿Y has pensado algo más?

El avión comenzó a coger velocidad y mi cuerpo se puso rígido esperando el momento del despegue.

— ¿Beatriz?

— ¿Qué?

Me giré hacia él y acercó su rostro al mío. Puso el dedo índice frente a su nariz y entonces lo llevó a mis labios, resiguiéndolos como si estuviera dibujando. El corazón se me aceleró y me quedé quieta sintiendo su caricia. Lo retiró con su media sonrisa de suficiencia.

— Perdona, pero te he visto muy tensa y no se me ha ocurrido otra manera.

Ya estábamos volando y otra vez me había distraído, pero esta vez el método había sido un poco calentito.

— No sé si darte las gracias.

— Por supuesto y ahora eres tú la que me debe una — su tono seco no

ligaba con su sonrisa.

— Lucas, ¿en serio estás preocupado?

— Bastante — cambió el registro de su voz.

— Es para estarlo.

— Sí, lo sé. Y gracias por frenarnos ayer — sus ojos se dirigieron al periódico.

Juro que me lo hubiera comido a besos allí mismo. Lucas me encantaba. Era todo en él, esa manera de ser tan seca pero tan caballerosa. Tan educado, tan puesto y tan pasional. Esas mezclas me pirraban. El viaje me había dejado conocerlo un poco más y ver como sonreía más a menudo e incluso reía. Lucas era un hombre especial y tenía algo que me atraía muchísimo así que debía ir recordándome cada cinco minutos que tenía pareja y que no sería correcto meterme en medio de ella. Aunque Bea, inocente Bea, hacía días que estabas en medio.

El viernes me levanté más tranquila y pensé que lo ocurrido con Lucas era una pifiada y ya está, una de tantas. A media mañana me llamó Alejandro y me pidió que por la tarde fuera a su estudio para empezar el retrato. Estaba cerca y fui dando un paseo. Llegué algo pronto pero me abrió la puerta un Alejandro lleno de pintura, despeinado y muy efusivo. Parecía el típico loco que experimentaba con líquidos explosivos y le sonreí con simpatía; me gustaba mucho ese chico para mi mejor amiga.

— Pasa Bea, ya termino con Sebas.

¿Cómo? Lo vi sentado en una silla y me miró con interés.

— Buenas — dije apartando mi vista de él y situándome unos pasos detrás de Alejandro.

— Hola — dijo en un tono neutro.

— Vamos Sebas, cinco minutos y ya estaremos.

Él puso la mano bajo su barbilla, como si se acariciara la barba de tres días que solía llevar tan bien perfilada. Miró con intensidad hacia Alejandro. Analicé el cuadro y vi que captaba perfectamente su mirada y todo lo que ésta

expresaba. Miré alternativamente a Sebas y al retrato, y el resultado era espectacular. Parecía una foto, tal cual; me quedé maravillada y llegué a sonreír con su trabajo, admirando como pulía los detalles y daba por terminada su obra.

— Perfecto Sebas.

— ¿Ya? — preguntó antes de moverse.

— Sí, acércate, a ver cómo te ves.

— ¡Alucinante! —le dije a Sebas sin darme cuentas de que no nos hablábamos. Me miró y sonrió.

Observó la pintura unos segundos y su cara fue de satisfacción.

— Bea tiene razón, eres bueno en esto — Alejandro sonrió ante el cumplido y se lo agradeció.

— Verte pintar es una pasada — lo alabé con sinceridad.

— Gracias, gracias, pero sin modelos no haría nada — dijo para quitarse importancia. — ¿Un café y nos ponemos con el tuyo? Es que Marco me ha metido prisa con el tema de la exposición y me faltabais vosotros dos.

— Estoy libre hasta el lunes — le dije riendo.

— Pues te voy a tener ocupada, si no te importa. Sebas, un cortado con leche templada para ti — le dio su tacita.

— Gracias.

— Es que en estos días hemos intimado mucho — soltó Alejandro bromeando.

Reímos los tres y me encantó ver a Sebas contento.

— ¿Bea? — señaló a la cafetera.

— Un café solo — respondió Sebas por mí — Es una chica dura.

Le miré coqueta y él hizo lo mismo mientras Alejandro hacía el café. Nos lo tomamos charlando de pintura y haciendo miles de preguntas sobre el tema. A mí realmente me interesaba y Sebas parecía que también sentía mucha curiosidad.

Alejandro fue a preparar los materiales y me quedé a solas con él.

— No sabía que te interesaba tanto el arte — me dijo sonriendo.

— Ari es una apasionada y me lo ha pegado, la verdad — dejé la taza en la mesita. — ¿Y lo tuyo, de qué viene?

— De mi abuela, que era pintora amateur e hizo que me enamorara de este mundo.

— Vaya, no lo hubiera dicho. — me gustó tener ese punto en común con Sebas — Perdona — me disculpé al sacar mi espejito del bolso y mirar si estaba bien mi maquillaje, nunca se sabía.

— Estás muy guapa — le miré y vi un brillo especial en sus ojos que me puso algo nerviosa.

— Gracias

— ¿Fue bien el proyecto?

— Sí, firmaron el contrato. ¿Y por aquí qué tal? — me acordé de Lucas y quise cambiar de tema.

— Nada nuevo, aparte de echarte de menos, vecina.

Sonreía a la vez que sus ojos claros me miraban fijamente y me quedé prendada mirándolo. Finalmente, Sebas sonrió y yo lo imité. ¿Por qué me gustaba tanto? ¿Por qué me gustaban tantos Lucas y Sebas? Joder, menudo lío tenía. Cuando estaba con uno apenas me acordaba del otro pero cuando los tenía delante me volvían loca.

## Trio de ases

El sábado por la noche Martina nos invitó a picar algo en su pequeño y coqueto piso a Ari y a mí: noche de amigas.

Nada más llegar, me preguntaron entusiasmadas por el viaje y les expliqué por encima cómo había ido, aunque obviando algunos detalles.

— Casi la cagamos — concluí.

— ¿Casi? — preguntó Ari.

— Quiero decir que pudimos parar.

— En mi pueblo eso es sexo igual, maja — soltó Martina.

— Joder, ya lo sé.

— Si lo sabes perfecto, pero después no te laments — Ari me estaba metiendo caña porque me conocía.

— Tenéis razón, pero es que me pone a mil, me gusta y encima me mira de esa manera.

— Claro, lo jodido es que el casado también se ha fijado en ti. — Martina me sonrió cómplice. — A lo hecho pecho, y ya está. No le des más vueltas. La cuestión es, ¿qué pasará ahora?

— Nada, no pasará nada — dije serena.

— A ver Bea, nada nada...

— Nada porque si no acabaré tirándomelo.

— Ay Bea, menudo cacao tienes — se compadeció Ari.

— ¿Sabéis que haría? Mezclaría a Lucas y Sebas y entonces uff.

— Tú estás hablando de un trío, so cerda — me dijo Martina.

Las tres soltamos una buena carcajada a la vez.

— Pues Carlos quería apuntarse a la noche de chicas y le he dicho que si no tenía felpudo no tenía nada que hacer — Ari y yo nos reímos porque estábamos seguras de que se lo había dicho tal cual — Sí, reíd, ¿sabéis que

me ha dicho? ¡Felpudo tenéis pocas ya!

Reímos con más ganas.

— Está claro que es tu media naranja, Martina — Ari habló a trompicones mientras no paraba de reír.

— La verdad es que creo que siento cosas de esas — dijo masticando una patata.

Ari y yo paramos de repente.

— ¿Hormigueo?

— ¿Mariposas? — dije seguidamente.

— O gusanos, yo qué sé, maja — Martina sonrió — Cosas de esas de las que habláis las mojigatas.

— Ay, la fresca que se nos enamora — soltó Ari bromeando.

— Oh, oh — dije imitándola y ella se rió.

— Quién me lo iba a decir, con lo joven que soy — dijo en tono de pena.

— Que lela eres Martina, ¡ya te tocaba! — el último novio que había tenido en serio fue...ni me acordaba. Martina no era enamoradiza.

— ¿Así es oficial? — preguntó Ari picándola, sabía que a Martina los formalismos no le iban.

— Ya le he dicho que si pone algo en Facebook le corto los huevos, así que vosotras cuidadito con esa lengua — nos amenazó riendo.

— Tendrás jeta, será que tú no cascas nada — la acusé en el mismo tono.

— Maja, si no abro boca — nos reímos las tres otra vez porque eso era una gran mentira. Hablaba por los codos.

— Ya imaginaba que estabas enamorándote — le dije alzando las cejas un par de veces.

— ¿Por? — preguntó inmediatamente Ari.

Las dos me miraron atentas.

— Porque no ha dicho nada, y subrayo “nada”, de la tranca de Carlos.

Nos reímos de nuevo pero lo que yo había dicho era verdad, aquello era un indicio de que Carlos le importaba.

— Y no hace falta que lo hagas — recalcó Ari.

Brindamos las tres alegremente.

— Por las trancas grandes — dijo Martina riendo de lo lindo.

— Y juguetonas — añadió Ari.

— Entonces ya sabemos cómo es la de Alejandro — dijo Martina antes de beber.

— No voy a decírtelo, guarrilla — Ari también bebió. — Y cambiando de tema, ¿qué tal el retrato? Me ha dicho que está casi terminado.

— Sí, he estado hoy toda la mañana y solo le faltan los detalles. No me ha dejado verlo el muy mamón pero vi el de Sebas y ufffff, qué bien pinta.

Ari sonrió orgullosa.

— Me contó que os habíais encontrado allí y habíais tomado un café.

— Sí, y Sebas y yo volvimos a hablarnos.

— Muy bien ¿no? — dijo Martina mientras iba a por más cerveza.

— Alejandro me dijo que es un tipo muy majo.

— Así ya podéis hacer el trío ese — soltó Martina desde su cocina.

— ¡Las ganas! — soltó Ari riendo.

— Si quieres puedes participar Martina, no soy celosa.

— Ahora no puedo que tengo bichos en el estómago — dijo dándonos los botellines.

Nos reímos mientras brindamos.

Después de repasarlos a todos y terminar con la comida y las cervezas, nos fuimos de juerga. Pasamos por dos pubs antes de llegar a una de las discotecas de moda. Ahí bailamos las tres como descosidas, con ganas de quitarnos el estrés de la semana y de pasarlo bien. Casi a las cuatro de la madrugada, y con los pies molidos nos retiramos. Cuando llegué a mi piso oí voces y risas en el de mi vecino. No eran estridentes pero sí lo suficientemente elevadas para que

las oyera desde el rellano. Era muy tarde y cualquier ruido se oía sin problema. Era la risa de una chica y la de Sebas. Sentí una punzada de celos y eso me indicó que Sebas me seguía gustando mucho pero no había nada qué hacer, joderme y poco más. Me fui a dormir intentando no pensar en él pero me pasé la noche teniendo sueños con Sebas y con Lucas.

Me desperté oyendo carcajadas y salí de la cama de un salto, con el que casi me caigo. Miré por la mirilla y vi a Sebas con una chica morena. Buen tipo y bien vestida. La analicé rápido y vi que era guapa. Él la cogía de la cintura y la empujaba hacia el ascensor mientras reían.

Me metí otra carrera y fui a la ventana de mi salita, desde donde podía ver la calle. Quise ver si iban juntos o no, o hacia dónde. Parecía una abuela cotilleando detrás de la cortina. Y los vi subir a la moto de Sebas; ella cogía su cintura sin ningún pudor. Vaya, un nuevo ligue y no uno de esos que echas de casa después de follar. Encima les había visto como muy...cómplices, sí, y sonrientes, demasiadas risas. ¿La llevaría a su casa? ¿Irían a dar un paseo? ¡Qué rabia no ser yo esa chica!

Era casi mediodía y la tarde del domingo pasó veloz, por mucho que no quisiera que corriera el tiempo. Así pues, llegó el lunes y mis nervios con él. No sabía qué Lucas me iba a encontrar pero entré pisando fuerte, segura de mí y sabiendo que la había fastidiado pero que estaba en mis manos no volver a repetir el mismo error.

— Buenos días — le dije amablemente.

— Buenos días Beatriz — su tono era el habitual.

Me senté en la mesa y empecé a trabajar. Lucas no apareció en toda la mañana. A mediodía fui con Pat y Olivia a comer algo en el bar donde siempre íbamos y entre las dos me hicieron un segundo grado, pero yo tenía la lección aprendida y no hubo fallo alguno: el viaje fue bien, Lucas igual de seco que siempre, hice turismo sin él y logramos el contrato con el señor Jones. Quedaron satisfechas con mis respuestas porque les cuadraba todo, así que después pasamos a otros temas.

Cuando llegué, Lucas no estaba y Amanda me llamó en ese momento. La directora, la señora Vallès, quería verme en su despacho. De entrada, me entró

cagalera pero pensé que quizás podría ser por lo de Londres, esperaba que sí. Llamé a su despacho, situado en el último piso del edificio, y me hizo pasar. Mi jefe estaba con ella, mirando por uno de los grandes ventanales.

— Pasa Beatriz y siéntate — me senté y crucé mis manos nerviosa. Lucas se giró y me miró. Bajé la vista al segundo. — Me ha dicho Lucas que está muy contento contigo y sólo quería felicitarte en persona — la miré sonriendo pero me estaba poniendo nerviosa al notar que él no me quitaba ojo — Me encanta que mi equipo trabaje tan a gusto.

No lo sabes tú bien, me dije irónicamente.

— Gracias — logré decir por fin.

— Lucas cree que te mereces una compensación — le miré a él seria.

— Gracias pero solo he hecho mi trabajo.

— Sí, pero gracias a tus ideas el señor Jones aceptó sin pensárselo demasiado. Y como yo también creo que siempre va bien motivar a nuestra gente, he pensado que...

Me ofreció una compensación económica generosa y le di las gracias con mucha educación pero no me gustó un pelo que fuera idea de Lucas. ¿Para qué lo hacía? ¿Para qué callara? ¿Para tenerme contenta? En ningún momento del viaje me había comentado nada de ninguna compensación.

Al salir de allí sacaba humo y Lucas lo notó. Fui con paso rápido hacia el ascensor y él tuvo que acelerar el suyo para alcanzarme. Entramos y salté como una escopeta.

— ¿De qué va esto? — le pregunté seca y sin mirarlo.

— ¿A qué te refieres?

— ¿Me estás comprando? ¿Para qué no hable? ¿Es eso? — le miré y estaba frunciendo el ceño — ¿Quién te crees que soy?

— ¡Beatriz! — alzó algo la voz y me impresionó. — No tiene nada que ver con nosotros. ¿Eres capaz de entenderlo?

— No — respondí con sequedad — No dijiste nada durante el viaje.

— Debía consultarlo con la directora, pero lo tenía en mente hace días.

Quería hacerlo a la vuelta, con el contrato en el bolsillo.

Se abrió el ascensor y salimos sin decir nada más.

— Ven a mi despacho — ordenó sin titubear.

Apreté los puños ante la impotencia que sentía. Me dio paso y cerró la puerta. Ninguno de los dos nos sentamos.

— Beatriz, no mezcles cosas, esto es trabajo — su voz tosca y grave me recordó momentos en el baño y procuré sacarme eso de la cabeza.

— Lo tengo muy claro Lucas, no te preocupes — respondí altiva.

— Entonces nada de numeritos — me exigió con frialdad y me sentó como una bofetada.

— ¿Algo más? — quería irme.

Dio un paso hacia mí y vi su mano acercarse.

— No me toques — mi voz sonó muy áspera.

— Beatriz — él suavizó su tono.

— ¿Puedo irme? — al no responder lo tomé por un sí y me giré pero Lucas me tomó del brazo impidiendo mi salida.

— No he dejado de pensar en ti ni un puto segundo — gruñó entre dientes.

Su mirada intensa se clavó en mis ojos cuando lo miré asombrada.

— No me hagas esto por favor — me pidió más tranquilo.

— ¿Esto? — exageré mi gesto de confusión.

— Alejarte así — soltó mi brazo y me puse frente a él.

— Lucas, ¿qué me estás pidiendo? — pregunté sin entender a qué se refería.

Pasó las manos por su pelo y me miró frustrado.

— No voy a ser tu jodida amante, si esa es tu idea; andas muy equivocado...

— No — me cortó tajante — Beatriz, no es eso. — Se mordió el labio un segundo, lo justo para que yo lo mirara más de la cuenta.

Lucas me cogió con rapidez y me situó detrás de uno de los archivos. Puso las

manos en su cara y resopló. Yo me quedé tiesa, sin saber qué iba a hacer. ¿Quería hablar? ¿Quería besarme a escondidas? Miles de imágenes pasaron por mi cabeza.

— Beatriz, si no colaboras acabaré haciéndotelo en cualquier parte, ¿me entiendes? — Su tono flojo me obligó a prestarle atención pero sus palabras me llevaron a otra imagen: Lucas cogiéndome y haciéndome suya sin compasión allí mismo. — No hagas eso, te lo ruego.

— Pues no me digas esas cosas Lucas, no soy de piedra joder — le eché en cara intentando volver al mundo real.

Posó sus labios sobre los míos y todos mis sentidos se quedaron impregnados de él; su olor, su suavidad, su gusto... Fueron unos segundos de un beso casto y sin lengua pero fue bonito. Se separó sin dejar de mirarme hasta que el sonido del teléfono nos sobresaltó a los dos.

Lucas atendió el teléfono y yo salí del despacho sofocada. Madre mía, estábamos pasándonos de la raya, seguro. Al final, nos pillarían y se liaría parda. Joder, ¿por qué tenía que estar casado?

Por la tarde volví al estudio y estaba también Ari. Hablé con ella de Lucas mientras Alejandro iba terminando mí retrato.

— Perdonad que me meta señoritas — ambas lo miramos mientras daba unos toques al cuadro — Pero hubiera jurado que entre tú y Sebas hay algo. Me pierdo.

— Cariño, con Bea todo el mundo se pierde.

— ¡Oye! — Ari me sonrió — Alejandro, ¿qué viste?

— ¿Te soy sincero? — preguntó y yo asentí — Que os mirabais como dos enamorados.

Hubo un silencio y Ari y yo lo negamos con la cabeza.

— ¡Qué va! — le solté en cuanto reaccioné.

— Fallo pocas veces — dijo volviendo a su obra de arte.

— Hombre, que dijeras que se gustan, pero eso de enamorados...

— Es lo que vi — no bajó del burro.

— Eso es porque no conoces a Sebas — le dije sonriéndole.

— ¿Qué pasa? ¿Qué los guapos no se enamoran? Porque está claro que tiene un físico espectacular pero no me pareció un tío superficial, más bien al contrario. — Alejandro iba hablando y nosotras lo escuchábamos súper atentas.

— Sí se enamoran, claro, pero Sebas no está por la labor — le repliqué yo igual de cabezona que él.

— Quizás eres la horma de su zapato — concluyó él muy seguro.

— ¿Habló contigo de algo? — preguntó perspicazmente Ari.

— A veces dices más sin decir — nos miró a las dos y vio que no le seguíamos — Quiero decir que con gestos y miradas, lo que llamaríamos expresión no verbal señoritas, con eso uno puede expresar muchas más cosas que hablando.

— ¿Me estás diciendo que le gusto de verdad a Sebas? — pregunté incrédula.

— Se me escapan pocos detalles, ya lo ves — dijo señalando el retrato.

La verdad era que me veía perfectamente reflejada en ese cuadro. Y no sólo por mi aspecto sino también por mi mirada y todo lo que decía con ella. Como si quisiera comerme el mundo, tal y como me sentía a mis veintisiete años.

— ¿Entonces, por qué está cada día con una distinta? Joder, el sábado mismo se llevó a una a su cama y por la mañana los oí salir muy risueños — no quise decir los espíe por la ventana y los vi irse juntos.

— Una cosa no quita la otra — Ari y yo nos miramos de nuevo y estoy segura que las dos pensamos lo mismo: era interesante escuchar el punto de vista de un tío. — Puede estar colado por ti pero distraerse con otras si tú no le correspondes. Tampoco es tan raro. ¿O es que vosotras no lo hacéis?

Sonreí al pensar que sí, vaya que sí.

— Terminado.

Ari y yo corrimos hacia él y nos quedamos mirando de cerca su trabajo. Le

alabamos de verdad porque era un excelente retrato, como todo lo que hacía. Estaba segura de que en nada veríamos su nombre por todas partes: Alejandro, el gran pintor de retratos.

— El viernes inauguración de la colección en el local de Marco, así que ya sabéis, invitad a todo el mundo que queráis.

Ari y yo saltamos de contentas, nos hacía mucha ilusión vernos colgadas de una pared pero sobretudo nos alegrábamos por Alejandro.

— Por cierto, creo que Marco os tiene preparada una pequeña sorpresa, ya os dirá.

Insistimos en saber qué era pero no abrió boca y nos quedamos con las ganas.

## **No juzgues antes de tiempo**

El martes fui al curro pensando que debía intentar ser fuerte, más fuerte y no dejarme llevar por Lucas. Me dejaba bloqueada y no reaccionaba cuando debía y eso nos iba a perjudicar. Además me parecía que hacía conmigo lo que quería; ahora sí, ahora no. Y fijo que esas subidas y bajadas de temperaturas no eran buenas para mi salud.

Al llegar a la oficina y no verlo, ya me extrañé. Siempre llegaba antes que yo pero pensé que estaría por algún que otro despacho. Al cabo de una media hora, Amanda llamó por teléfono y me informó que el jefe no vendría el resto de la semana por causas personales. El seis y el ocho de diciembre era fiesta y se cogía el resto de días. Me quedé en silencio y Amanda me reclamó. Conseguí darle las gracias mientras pensaba en Lucas. ¿Qué había ocurrido? ¿Tendría relación con lo nuestro? ¿O no? ¿Estaba enfermo? Bueno, pensé en un millar de posibles asuntos personales hasta que un mensaje en mi móvil me sacó de dudas.

“Voy a tomarme unos días de descanso Beatriz, necesito alejarme de esta situación”

“¿Así que ahora soy una situación?”, le escribí con mucha rapidez, apenas sin pensar.

“No voy a discutir por aquí”, seco más que seco, pensé.

“Pues vete a Hawái”, cerré el móvil de golpe y no le puse: vete con la Barbie a Malibú, porque me aguanté.

Me senté cruzando mis piernas con energía y, enfadada con el mundo, comencé a trabajar.

Huía, el muy cabrón huía. Y a mí que me den. Me cabreaba que me dejara tirada, porque me sentía de ese modo. Como si yo tuviera la lepra, joder. Muy hombre para besarme en el despacho pero después se iba con el rabo entre las piernas. ¿Y yo qué? Si al final la tonta era yo por hacer el imbécil con un tío que quería a su mujer, no sé qué esperaba realmente. ¿Qué la dejara? ¿Qué corriera a mis brazos? No, tampoco quería eso porque tampoco tendría claro si realmente Lucas sería mi tipo de chico, es decir, estaba clara la atracción

sexual pero de ahí a ir en serio...

El martes por la noche Marco nos convocó en el Nostre aprovechando que el día siguiente era festivo. Cuando entré estaban Martina, Ari, Alejandro y Sebas. Nos dimos los besos de rigor y el vecino me los dio bien cerca de los labios, acompañados de su habitual caricia por la espalda. Lo miré coqueta y él medio sonrió. Me senté a su lado mientras seguían hablando: el tema era Alejandro y su exposición. Cuando habló Sebas, miré su perfil y me quedé admirando su belleza. Madre mía, que guapo era el jodido, no podía dejar de reseguir sus rasgos. Me gustaba observar las cosas bonitas, era una debilidad.

— ¿Bea? — oí a Martina a lo lejos — Aquí Martina, Bea baja, Bea baja de las nubes, Bea deja de mirar a tíos buenos.

La miré con cara de querer asesinarla mientras los demás reían. Me sonrojé del corte y acabé riendo también. ¡Qué remedio, si es que tenía razón!

— Te preguntaba si el viernes te paso a buscar, Ari ya estará allí.

— Sí, vale — le dije cogiendo la caña.

— Si quieres vamos juntos — sugirió Sebas sonriendo — En moto o coche, tú eliges.

Me dio un golpecito con su rodilla y le sonreí.

— No sé si puedo fiarme de ti — me acerqué a él mientras los demás hablaban entre ellos y le hablé flojo — La última vez me robaste las braguitas. ¿Se puede saber dónde están?

Soltó una carcajada y nos reímos. Los demás nos miraron y Alejandro me miró alzando las cejas y le sonreí. Volví a por Sebas.

— Duermo con ellas.

— ¿Puestas? — nos reímos otra vez

— No me imagines con ellas Beauty, por favor.

— ¿Debajo de tu almohada?

— Si vienes un día de estos, te las doy. Prometido.

— Sí claro, y que venga Martita a jodernos la fiesta.

— ¿Martita? — sonrió con esa perfecta boca que tenía el jodido.

— O alguna de esos ligues que tienes últimamente — le dije como quien no quiere la cosa.

— Siento decepcionarte, pero fuiste mi último ligue, que yo recuerde — me miró con sus preciosos ojos color avellana y me perdí en ellos.

— Bla, bla, que se te ve el peluquín — le solté bromeando.

Se estiró el pelo y puso cara de no entenderme.

— Me han dicho que te han visto con una morena, así que no mientas bellaco.

— Simples infamias, no hagas ni caso.

No, claro, sí yo misma lo había visto.

Justo en ese momento entró Marco y nos saludó efusivamente. Éramos pocos pero al hablar todos a la vez parecía que en la mesa había cincuenta. Los comentarios iban y venían y cruzábamos conversaciones y risas. Visto desde fuera, parecía que estábamos de viernes.

Sebas rozó de nuevo mi rodilla y lo miré pensando que quería decirme algo pero estaba hablando con Ari. Instintivamente la aparté pero volvió a tocarme y me reí por la bajini. Sebas estaba juguetón y yo de muy buen humor. Así que se la devolví doblada.

— Oye Ari — me apoyé en Sebas y con destreza tapé con mi cuerpo mis manos.

— ¿Qué? — puse mi mano cerca de su entrepierna, como si no me diera cuenta.

— Nada, después te lo cuento — Sebas me miró sorprendido y le guiñé un ojo. Me recosté de nuevo en la silla — ¿Estás bien Sebastián? — Mi tono irónico lo hizo sonreír mientras echaba su cuerpo hacia adelante — Bonita erección — le susurré en la oreja y volvió a reír como un chiquillo.

— Bea, después me explicas el chiste — me dijo Marco con cara de pillo.

— Que te lo cuente Sebas — le dije sonriendo.

— Mejor no — dijo Sebas mirándome y le hice morritos a postas.

— Marco, cuenta algo tú antes de que empecemos la tercera ronda — sugirió Alejandro con su mano entrelazada con la de mi amiga.

Marco nos explicó que estábamos todos invitados a una casa rural, la próxima semana y que lo hacía a modo de agradecimiento. Nos miramos sorprendidos entre todos, excepto Alejandro, porque ya lo sabía. Sin ningún orden y como si fuera el patio del colegio, empezamos a hablar.

— Me pido dormir con Bea — dijo Sebas.

— ¿Y dónde vamos?

— ¿Todo el fin de semana? — pregunté mirando a mi vecino con una sonrisa.

Marco fue respondiendo a nuestras preguntas y todos le confirmamos nuestra asistencia. Martina y yo juntas, Ari con Alejandro y Sebas y Marco en habitaciones individuales. Sebas y yo nos miramos de reojo y nos reímos. Menudo tonto lo llevábamos encima.

El sábado de la semana siguiente iríamos a Sort, un pueblecito de montaña de Lérida, donde haría mucho frío y habría nieve seguro. Podía ser muy divertido pasar un par de días con ellos.

Marco se puso a hablar con Sebas sobre arte, curiosamente habían hecho buenas migas. Los miré sonriendo y me alegré de que entre Sebas y yo hubiera buen rollo otra vez. Aunque él tuviera otras y a mí me jodiera, y aunque no volvería a tener nada con él, prefería estar así.

A la cuarta ronda nos invitó Jose, el camarero, y lo celebramos brindando por él. Eran ya pasadas las doce de la noche y el local parecía un hervidero de gente. No dejaban de salir y entrar, y en una de esas vi aparecer a esa chica, la morena guapa que acompañaba a Sebas. Perfecto...

Vino directa a la mesa y me apresuré a preguntarle lo primero que se me ocurrió a Alejandro sobre mi retrato. Vi de reojo cómo se levantaba Sebas.

— ¡Paula! ¿Qué tal ha ido la cena? — Sebas le daba dos besos y el resto le hacíamos sitio para que se sentara con nosotros aunque Sebas hizo espacio en el otro lado, haciendo que él y yo siguiéramos rodilla con rodilla.

— Ei Paula, ¿cómo va eso? — saludó Marco y me quedé sorprendida al

ver que la conocía.

El resto le dijimos un hola por encima y yo me dije a mi misma que no pasaba nada. A ver Bea, si tú no quieres nada con él, entonces compórtate con normalidad. ¿Qué trae a una chica aquí? Pues a joderse y ya está. Se acabó el coqueteo y a otra cosa. Buf, pero es que encima era la tercera vez que lo veía con la misma y eso no me molaba ni un pelo. Supongo, que me jodía en mi ego. Que otra hubiera podido conseguir lo que yo ni había intentado.

La tal Paula en cuestión estaba hablando con Ari y Alejandro sobre sus retratos y vi que esa chica se había colado en sus vidas sin yo saber nada, joder. ¿Quizás cuando me había ido a Londres? Parecía conocerlos a todos, menos a mí. Y me miró directamente mientras yo la miraba a ella.

— ¿Eres Bea, no? —preguntó sonriendo.

— La misma —le dijo Sebas dándole un codazo y ambos rieron.

Me sentí morir, ¿de qué iban?

— Sebas me ha hablado de ti — dijo amigablemente, pero vamos, a mí no me hacia ninguna gracia.

— Cuidado con el abogado — le dije con una falsa sonrisa. — Miente más que habla.

Se rieron los dos y yo me quedé algo descolocada. No era mi intención bromear.

— Soy Paula — dijo pasando su brazo por encima del cuello de Sebas. — Una futura periodista para servirte.

— Una pesadilla, diría yo — le cortó Sebas sonriendo.

No entendía qué rollo llevaban, vamos, que me pareció que llevaban meses o años juntos, por la confianza que se tenían. ¿Demasiada?

— Mira que eres capullo, ¿a qué hablo a solas con Bea? — Su otra mano le señaló con el dedo y él le pegó un mordisco en broma.

Me estaba poniendo nerviosa viendo aquel espectáculo, la verdad.

— ¿Hablar de qué? — pregunté apretando el botellín en mis manos.

— Paula... — le advirtió Sebas — Si quieres pasar la noche en mi piso

otra vez, más vale que sigas calladita.

No entendía nada y me puse seria. Me parecía que me estaban tomando el pelo.

— No te creas que me dejó su cama, el muy... En el sofá tuve que dormir. Pero menos es nada.

— En casa, tienes tu cama, rica — le replicó Sebas y empecé a ver la luz.

— Sí, pero nuestro padre es demasiado controlador. — Paula me lo decía a mí.

Era su hermana, que intuición la mía. Me reí por dentro, aliviada por lo tonta que había sido.

— Pues vete con mamá — sugirió él.

— Ni hablar — dijo con una mueca de asco.

— No sabía que tenías una hermana — le dije a Sebas interrumpiéndolos. Ni que sus padres estaban separados.

Ambos me miraron y Sebas sonrió.

— Es que es tan pesada, que preferí que no lo supieras — su hermana le dio una colleja.

La miré detenidamente y empecé a ver el parecido. Los ojos del mismo color, la boca bien delineada, las facciones bien dibujadas. Era guapa, aunque no tanto como él.

— Os parecéis — les dije.

— Más quisiera él — soltó ella con sorna.

— ¿Ves lo palizas que es?

Sebas y yo nos reímos y ella hizo una mueca divertida.

A partir de ahí, la noche fluyó magnífica. Estábamos todos con ganas de hablar, reír y decir tonterías. Paula se integró sin dificultad alguna y Sebas me contó que le había presentado Marco a su hermana porque ellos habían quedado algún día para tomar algo. Por lo visto, la amistad entre Marco y Sebas empezaba a ser fuerte, más de lo que había pensado.

Casi a las tres de la madrugada nos fuimos retirando y Sebas llevó a su hermana a casa.

Entré en mi cama más feliz sabiendo que Sebas no salía con nadie. Tenía claro que era un ligón pero eso de que se comprometiera con alguna me picaba más. Además, me había dicho que yo había sido su último ligue y de eso hacía ¡más de dos semanas! ¿Podía ser? ¿Debía creérmelo? Y por cierto... ¿a qué se refería Paula? ¿Qué le habría contado Sebas? Esperaba que no mucho... Empezaba a plantearme que quizás había etiquetado a Sebas demasiado rápido y que apenas lo conocía; ni siquiera sabía que tenía una hermana. La verdad era que habíamos hablado poco de nosotros y que el sexo había ido por delante. Podía ser un buen planteamiento: empezar a conocerlo de verdad.

El miércoles lo dediqué a mi padre, no me veía el pelo desde hacía muchos días, demasiados. Mi padre vivía en un barrio residencial de Barcelona con una mujer que había conocido hacía apenas cinco años. Ella, Sofía, no era de mi devoción porque era demasiado pija para mi gusto pero si mi padre estaba bien, yo no podía meterme ahí. Ya era grandecito y la verdad, desde la muerte de mi madre, hacía ya doce años, siempre había estado solo. Mi hermano mayor, Rubén, y yo nos habíamos independizado pronto porque él nos había incitado a hacerlo; su lema era que debíamos valernos por nosotros mismos y no era lícito mendigar de los padres. Y eso hicimos sin ningún problema.

Y así pasé el día, con ellos dos, charlando de todo un poco. Aproveché para explicarles cosas del trabajo y curiosamente conocía a Lucas. No quise preguntarle demasiado porque mi padre era curioso como él solo y no se cortaba en indagar lo que hiciera falta. Temí que intuyera algo porque tenía un sexto sentido exagerado. También le comenté que el viernes había una exposición de un pintor novel y que nos había retratado a algunos amigos. Lógicamente en cuanto lo supo dijo que allí estaría; sí o sí.

## Emparejada con Sebas

Viernes ocho de diciembre, era un día perfecto para la inauguración de la nueva colección de Alejandro.

Sebas y yo quedamos en ir juntos. Fuimos en su coche porque quería llevar vestido y la moto no era lo más cómodo. Llamó y le hice pasar mientras acababa de maquillarme. Cuando salí soltó un silbido y le reñí por hacerme sonrojar de esa manera.

— Vas a quitarle el protagonismo al pintor, Beauty.

— Qué zalamero eres — le dije mientras salíamos sintiendo aquel calorcillo que inevitablemente me provocaba.

En el ascensor seguimos charlando animados. Después de aquella discusión parecía que habíamos empezado de cero. Nada de besos ni de roces excesivos, aunque tonteábamos descaradamente. Era guapo a matar y no lo podía evitar.

En el coche, no dejé de observarlo de reojo; me encantaba esa pose seria cuando conducía porque normalmente era más risueño. Siempre tenía a punto su sonrisa y la verdad me gustaba que fuera así. También tenía sus momentos de seriedad pero no le costaba ser amable.

Cuando llegamos, vimos bastante gente por fuera, y entre ellos vi a mi padre con Sofia.

— ¿Te he dicho que viene mi padre?

Sebas me miró un segundo sospesando si iba en broma.

— ¿Ah sí?

— Es aquel de allá — y lo señalé — Con la del vestido crudo.

— Que elegantes — dijo.

Salimos del coche y Sebas cogió mi mano para cruzar la calle. Sonreí por su gesto protector pensando que al llegar me soltaría pero no lo hizo y no sé por qué, yo tampoco quise dejarlo.

— Papá — lo llamé y él y Sofia me saludaron — Él es...

— Sebastián, que placer verte de nuevo — ¿¿mi padre lo conocía?? —  
¿Qué tal está tu padre, hijo?

— Bien, de momento sigue dando guerra — se dieron un buen apretón de  
manos sonriéndose.

El mundo era un pañuelo.

— ¿Salís juntos y no me has dicho nada Beatriz? — mi padre señaló  
nuestras manos y me sonrojé.

— Somos amigos — me justifiqué con velocidad — Los amigos se dan la  
mano ¿lo sabías? — le dije con ironía.

— Hoy en día va así, Fernando — le dijo Sofia a mi padre, sonriéndonos  
también.

— ¿Entramos? — me apresuré a preguntar antes de que mi padre  
comenzara con su interrogatorio.

Sebas y yo les seguimos soltando nuestras manos y entramos en la galería.  
Alejandro estaba a un lado, parloteando con un grupo de gente y al vernos vino  
a saludarnos. Le presenté mi padre y Sofia, y nos invitó a tomar una copa de un  
*cocktail* de color azul mientras nos decía que Ari y Martina rondaban por la  
estancia.

Di un vistazo a ver si las veía pero había demasiada gente, así que  
comenzamos a recorrer la exposición. Los retratos eran increíbles sobre todo  
por la intensidad de sus miradas; parecía que hablaban con los ojos y que  
podías adivinar cosas de ellos. Alejandro había ido emparejando los rostros,  
e iba intentando entender qué tenían en común cada una de esas parejas. Tuve  
curiosidad también por verme y saber de quién iba a estar acompañada.

Estábamos los cuatros entusiasmados comentando los cuadros cuando mi  
padre saludó a alguien. No me extrañó porque él había estado toda su vida en  
el mundo de los negocios y conocía a diestro y siniestro.

— ¡Vaya casualidad! — me giré pero la altura de mi padre no me dejó ver  
quién era — ¿Cómo va eso muchacho?

— ¡Señor Vela! — ¡Hostia! No podía ser...

Oí a mi padre saludarlo y dando un paso más me dejó ver a Lucas, acompañado de su mujer, por supuesto. Me miró unos segundos sorprendido pero se recompuso al momento. Sebas al darse cuenta de quién era, pasó la mano por mi espalda y abrazó mi cintura. Lucas miró esa mano y después a él.

— Sebastián — lo saludó con la cabeza.

— Lucas — hizo el mismo gesto.

Secos. Ajustos. Casi rozando la mala educación. Me miré las uñas un momento y quise empezar a mordérmelas en ese momento. Y si hubiera tenido un cigarrillo en mis manos, empezar a fumar. Lo que fuera, con tal de escapar de aquel encuentro.

— ¿Os conocéis? — preguntó mi padre ingenuamente. Sabía a quién me parecía...

— El bufet trabaja para Synch — respondió Sebas sin dejar de mirar a Lucas.

— Lucas, buenas noches — dije procurando parecer segura aunque me moría por dentro de las mil sensaciones que sentía. Joder, menuda puta casualidad. Las rodillas me temblaban y tuve que hacer fuerza con los deditos de mis pies para sujetarme al suelo y no caer de esos taconazos que llevaba.

— Beatriz — saludó igual de seco.

— ¡Vaya, vaya! Me comentó Bea que trabajáis juntos — exclamó mi padre divertido. A mí aquella situación me parecía de todo menos divertida. — Y esta preciosidad será tu esposa, supongo. — mi padre era indiscreto en todos los sentidos. Él era así.

— Sí, perdona, Lidia él es...

Hizo las presentaciones uno por uno: mi padre, Sofía, Sebas y al final, yo. Pude observar a la Barbie detenidamente y vi que la tipa era bastante diferente de mí, casi mi lado opuesto diría yo. Altísima, muy rubia y de tez blanca, con una maquillaje tenue, nada llamativo y con una ropa de colores neutros. Si tuviera que definirla con un color hubiera sido el color beige: aburrido y soso. Me saludó con simpatía aunque algo altiva. La miré intentando parecer tranquila pero Lucas me comía con los ojos y me estaba poniendo histérica. ¿Lo hacía adrede joder? Sebas debió notar algo y me reclamó con rapidez.

— Perdonad un segundo — dijo sacándome de allí.

Lucas lo miró serio pero no dijo nada. Mientras nos alejábamos oí que le decía a mi padre que su mujer era una apasionada de las exposiciones de pintores noveles. Ya era casualidad ya. Estaba de los nervios, y me sentía rara, con Lucas rondando por allí. Lo último que esperaba era encontrármelo en la exposición y con su mujer.

— ¡Bea! — Ari me reclamó al verme y fui hacia ella con Sebas — ¿Qué tal? Está esto tan lleno que no veo a nadie. Bueno, he visto a tu jefe con la Barbie...

— Sí, los hemos visto ahora — la corté antes de que dijera algo más — Resulta que conoce a mi padre, que ha venido también. ¡Ah! Y Sebas también lo... ¿de qué os conocéis? — le pregunté a él cambiando de tema.

— Mi padre trabajó un tiempo para el tuyo, también es abogado aunque ya no ejerce, y yo lo conocí haciendo las prácticas en su bufet. Un buen tipo — respondió mirando momentáneamente hacia donde estaba mi padre.

— Esto parece una bacanal — esa era Martina, quien sino.

Nos saludamos efusivamente y me miró queriéndome decir algo. Supuse que también había visto a Lucas. Mis nervios iban a más y empezaba a sentir un dolor en el centro de mi estómago.

— Carlos, ¿qué tal? — le pregunté cortando la mirada de mi amiga.

Nos saludamos y le presenté a Sebas. Se dieron un apretón de manos.

— ¿El amigo de tu jefe? — me preguntó flojo mientras ellos se saludaban.

— Sale con Martina — respondí apurada.

Sebas seguía a mi lado y su brazo en mi cintura. Podía parecer que estábamos juntos pero me daba igual; me sentía protegida y más segura sintiéndolo cerca de mí. Se lo agradecí repentinamente, sin pensármelo mucho dándole un beso en la mejilla.

Me miró asombrado.

— Gracias — me entendió al segundo, lo vi en sus ojos y eso me encantó. No hacía falta dar más explicaciones.

— ¿Habéis visto ya vuestros retratos? — preguntó Alejandro animado apareciendo a nuestro lado.

— La verdad es que no nos ha dado tiempo — le dije y le seguimos hasta el final de la galería.

Allí había una pequeña estancia con una entrada con forma redondeada y me impactó vernos en la pared frontal, nada más entrar. Sebas y yo, uno al lado del otro, y a mi lado el retrato de Ari y el de Martina. Los había colgado emparejados y me quedé asombrada al verme allí junto a él.

— La explicación es evidente pero os la daré igualmente: si os fijáis en vuestras expresiones, son muy parecidas. Primero, pensé en poner a Sebas solo, porque es el único varón pero no me ligaba nadie con Bea, nadie más que tú — se dirigió a Sebas — Y me encanta ver las caras de la gente cuando entra aquí y ven tanta belleza junta — le dio un beso a mi amiga.

Tenía razón. Sebas y yo teníamos una mirada alegre, divertida pero a la vez expresaba una tensión indescifrable.

— Martina, te he emparejado con mi guapísima Ari porque...

Di un paso hacia adelante y observé los retratos al detalle. Comparando nuestros ojos y me quedé muda. Miré a Sebas un segundo y él estaba igual de ensimismado que yo.

— Fantástico, ¿no os parece? — Marco interrumpió en ese momento.

— Sí — respondió Sebas — ¿Están a la venta?

— Vendidos — dijo Marco alzando las cejas.

— No fastidies — se quejó Sebas.

Le miré divertida.

— Van por parejas, no pueden venderse por separado y el precio es alto, pero el comprador los reclamó antes incluso de verlos.

Miramos a Marco con los ojos bien abiertos.

— Beatriz, estás preciosa. Esto es arte, Sofia fíjate como se parece a mí — mi padre reía por su broma.

— ¿El padre? — preguntó Marco dándole la mano y mi padre lo miró con

simpatía.

— ¿El representante? — miré a mi padre sorprendida.

— Exacto.

— No tengo prisa por llevármelos pero cuídamelos bien. — Mi padre era el personaje que había comprado los retratos sin ni siquiera verlos, como no — Sebastián, siento haberme adelantado pero no podía quedarme sin mi niña.

Sebas rió y yo resoplé. Estaba siendo una noche demasiado movida con demasiadas sorpresas.

Al cabo de un rato, nos dirigimos a una estancia donde Alejandro nos agradeció a todos nuestra asistencia. Dio por inaugurada la exposición y nos invitó a picar algo de comer y de beber.

Nos situamos en uno de los laterales y aprovechamos para felicitar a Alejandro y a Marco por su trabajo. Pasaron los camareros del catering y no cogí nada porque tenía el estómago cerrado. Lucas y su mujer seguían estando allí, con otra pareja. Lucas apenas hablaba y de vez en cuando cruzábamos alguna mirada distante. Si alguien me hubiera dicho que los extraterrestres habían abducido al Lucas de Londres y que ahora era un marciano, me lo hubiera creído. Su mirada era tan distante y fría que me descolocaba.

Sebas cogió un canapé y me lo ofreció. Le dije que no pero insistió.

— Bebes sin comer y después pasa lo que pasa — me regañó.

— Estoy desganada — le dije cerrando mi boca.

— Vamos, come Beauty, te sentará mal la bebida.

— No quiero — le dije sonriendo y apretando los labios.

Me miró alzando una ceja, divirtiéndose por mi gesto.

— Me vas a obligar a usar mis técnicas de abogado. Tengo una que es infalible.

— ¿Para qué coman?

— Para que abran la boca, pero para hablar, claro — dijo muy digno.

Me reí pero mordiéndome los labios.

— Tú los has querido, Beauty.

Lo miré retándolo y Sebas sonrió con malicia. Repentinamente me cogió de la cintura y me apretó contra él. Abrí la boca al notar su sexo contra mi cuerpo y Sebas aprovechó para darme un trozo de canapé.

Me reí inevitablemente con la mano en mi boca mientras masticaba y Sebas me miró con un brillo especial.

— Me encanta verte así — dijo con voz grave.

Le sonreí coqueta y me alegré de tenerlo a mi lado en esos momentos de tanta tensión. Me hacía reír y olvidarme de Lucas y su Barbie.

— Dame más de eso, anda.

— ¿De canapé o de qué? — Su voz sensual me envolvió.

— No seas cerdo Sebas, que está por aquí mi padre.

Él dio un vistazo alrededor y me miró otra vez.

— Y tu jefe — concluyó separándose un poco de mí — ¿Debo soltarte?

Me pareció que realmente me preguntaba si me importaba que Lucas me viera de aquel modo con él. Y la verdad era que no, no a medias; él iba con su mujer y era él quien estaba casado. ¡Ah! Y el que había huido, no lo olvides Bea. Así que pensé que le dieran por culo, literalmente. Era imposible pasar más de mí, así que me quedaba claro en qué posición me encontraba yo en su vida. ¿Para qué preocuparme más entonces?

Sebas me dio de comer y nos reímos como dos tontos. Estaba guapísimo y lo miré embobada.

— ¿Me miras así por algo? — preguntó con sus ojos fijos en los míos.

— ¿Así cómo? — le repliqué sintiendo eso que había entre los dos cuando me hablaba de aquel modo.

— Así... — nos quedamos callados y sentí unas tremendas ganas de besarle allí en medio pero me reprimí y resoplé.

— Señor Ferrer — era mi padre y se refería a Sebas — ¿Eso también es amistad? — se rió con ganas mientras yo me separaba de mi vecino de un saltito.

— Vamos Fernando, no seas aguafiestas — le dijo Sofía — Veníamos a deciros adiós.

Nos despedimos de ellos y se fueron. Mi padre le dijo a Sebas que viniera el domingo a casa a comer. Yo estaba dando un sorbo al *cocktail* y casi me atraganto. Mi padre me dijo que si era un amigo tampoco pasaba nada. Lo miré avisándolo pero él siguió a lo suyo: Sebas vendría a casa y punto. Lo hubiera matado allí mismo.

— Parece que no conozcas a tu padre — me dijo riendo.

— Que cabezota es.

— ¿Cómo su preciosa hija?

— Oye Bea — nos interrumpió Marco — Estás acaparando a Sebas un poco, ¿no estaréis liados no?

— Sí, pero lo llevamos en secreto por su padre — le dijo Sebas.

Le di un codazo y nos reímos.

— Menuda risa tonta tenéis hoy — dijo Marco sonriente.

Justo entonces, vi venir hacia nosotros a Lucas y su mujer. Supuse que irían a saludar a Carlos. Escuché hablar a Lidia y seguí pensando que era una estirada. Ella también me observó hasta que Lucas le dijo algo y ella respondió con una sonrisa. Me pasó por la cabeza que no supiera algo, pero supuse que entonces me hubiera mirado de otro modo y seguro que nada amistoso.

Quienes sí se miraron con cara de pocos amigos fueron Lucas y Sebas. Mientras Lidia hablaba con Carlos, mi jefe se dirigió a Sebas.

— Me comentó Vallès que habíais perdido el caso de Conrad.

Vallès era la directora de nuestra empresa, hasta allí llegaba pero del resto no sabía nada.

— Sí, hubo un grave fallo en las anotaciones, pero no volverá a ocurrir, te lo aseguro. Ahora estoy yo al frente. — contestó secamente Sebas — No vamos a perder nada más.

— Eso esperamos.

— Duerme tranquilo, estaré muy pendiente. — Sebas remarcó ese “muy”.

— Por suerte, lo compensamos con Londres.

— Sí, Bea me lo comentó.

Si hubiera podido esconder mi cabeza bajo tierra, lo hubiera hecho. Ambos me miraron a la vez y yo no sabía a quién mirar. ¿No querías un trío Bea? Afortunadamente reaccioné con naturalidad.

— Es viernes, ¿y si dejamos el trabajo? — Sebas me sonrió pero Lucas no  
— Y deberías disfrutar de tus vacaciones — me dirigí a él en concreto.

— Sí, en Hawái — soltó con aspereza.

— Por ejemplo — le dije con una sonrisa sarcástica.

— Cariño — Lidia llamó a Lucas y él nos dios la espalda sin decir más.

Sebas me miró con curiosidad y se tocó su barba de tres días.

— ¿Así el domingo vamos a casa de mi padre? — era la mejor opción para cambiar de tema y disimular mi enfado con Lucas.

— Cualquiera le dice que no.

— No te sientas obligado Sebas — le dije pensando que lo hacía por compromiso — Le digo que tenías una cita y se acabó la tontería. Se muere por verme vestida de blanco.

— Me estás acojonando — soltamos una buena carcajada los dos y los demás nos miraron, entre ellos Lucas.

Al cabo de nada, Lucas y su mujer marcharon. Verlo con ella toda la noche me hizo entender que en una historia de tres, siempre había un perjudicado. En este caso era yo y empezaba a tenerlo claro. Lucas la quería y se notaba por el modo de tratarla. Otra cosa era que yo le gustara o que sintiera atracción, pero eso no era una razón de peso para destrozar un matrimonio. Y además, tampoco era lo que yo deseaba.

## Conociéndonos

Nuestro grupito fue el último en abandonar la exposición. La cosa había ido muy bien y se habían vendido más de la mitad de las obras de Alejandro. Estábamos todos cansados, y a mí los zapatos nuevos me estaban matando los pies. No me lo pensé, me descalcé y los cogí. Ari y Sebas me miraron con una sonrisa.

— No podía más — me quejé justificando mi acción.

Estuvimos cinco minutos más despidiéndonos y dejando claro que la fiesta se había terminado. Besos por todos lados y cada oveja con su pareja.

— ¿Vamos? — me preguntó Sebas señalando mis zapatos.

— No me los voy a poner, tengo los dedos destrozados. — le dije empezando a andar.

Solté un grito al notar que me cogía en brazos y seguidamente me puse a reír.

— Suéltame bobo — le dije avergonzada sabiendo que los demás estarían mirando.

— Ni hablar — dijo con paso seguro y sujetándome con firmeza.

Me reí y me dejé llevar; tampoco estaba tan mal sentirme entre sus fuertes brazos, oliendo su perfume y notando su pecho duro. Pasé una mano por él y toqué resiguiendo sus músculos.

— Aquí hay un rato de gimnasio, ¿cuándo vas?

— Dos o tres veces por semana, antes de comer. Toni, mi colega, y yo nos escapamos cuando podemos. ¿Por qué no vienes un día?

— Imposible, apenas tengo tiempo de comer — le respondí animada por su invitación.

Sebas abrió el coche y me dejó dentro.

— Gracias.

— De nada, señorita — dio la vuelta para subir al coche y se puso el cinturón, sonriéndome.

Le sonó el móvil y al mirar vi en su pantalla el nombre de Marta. Lo dejó en su sitio, lo ignoró y yo sonreí.

Llegamos al piso comentando la noche y lo bien que nos lo habíamos pasado. La verdad, había sido una noche distinta: mi padre, los retratos, Lucas,... Todo bien mezclado pero Sebas no me había dejado sola ni un momento y eso me gustó.

Abrí la puerta y al entrar, él se quedó apoyado en el marco, mirándome con su sonrisa de macarra. Sabía que podía derretir a cualquiera con esa pose de modelo.

— Buenas noches Beauty — hablaba flojo porque era tarde.

— Buenas noches Sebas — me pasó por la cabeza invitarlo a entrar pero sabía cómo acabaríamos y no quería volver a repetir errores.

Se acercó despacio y creí que iba a besarme pero solo rozó mi cuello. Su aliento cálido me puso la piel de gallina.

— Voy a ser bueno y voy a irme.

— ¿Desde cuándo eres bueno?

— No me provoques Beatriz.

— Qué susceptible. — sonreí.

— Soy una persona muy sensible.

Nos miramos fijamente y de repente me entraron ganas de hacer miles de cosas con él, y no todas eran sexuales.

— ¿Tienes planes para mañana? — me miró sorprendido pero sonrió.

— Si los tuviera los anularía, ¿qué propones?

— Una prueba de fuego... —le dije enigmáticamente mientras él reía — Tengo que ir al centro, de compras.

Lo miré esperando su negativa y Sebas suspiró.

— ¿No prefieres ir al museo de ciencia? ¿Al de cera?

Me reí por su gesto de entusiasmo.

— Necesito ropa para la nieve, no tengo nada que ponerme. Y me apetece

aprender a esquiar.

— ¿No sabes esquiar?

— Ni idea.

— Pues puedo ser tu profe particular.

— No, no, que será un palo para ti. Ya cogere un monitor bien guapo.

— ¿Vas a cambiarme por uno de esos?

Nos reímos los dos. Era un encanto.

— ¿Te paso a las once? Y te invito a comer, venga — dije pasando mi dedo por su pecho.

Me sostuvo la mirada.

— ¿Y quién te dice a ti que no?

Me fui a la cama con una gran sonrisa y me dormí ipso facto: demasiadas sensaciones en pocas horas.

El sábado me desperté pronto y aproveché para dedicárselo a mi cuerpo: ducha, depilación, cremas,... Me puse un jersey de cuello alto y una falda ligera con unas medias gris claro. Botines color camel y el pelo suelto, como más me gustaba.

Desayuné un café bien cargado y mientras escuchaba las noticias me llegó un mensaje de Lucas. Por poco no me tiro el café por encima.

“Perdona por lo de ayer”

Suspiré apretando el móvil.

“¿Por ser tan antipático?”

“No esperaba verte allí. Esta tarde he quedado con Carlos, ¿puedo verte antes? Necesito hablar contigo”

Madre mía, ¿de que querría hablar?

“He quedado, no puedo”

“Estás enfadada”

¿Lo estaba? Apenas.

“No, he quedado. El lunes nos vemos”

No dijo nada más y me quedé releiendo la conversación. ¿Hablar de qué? De que estaba enamorado de su mujer y bla bla, eso ya lo sabía. Me extrañó ese interés porque el lunes podíamos hablar en cualquier momento. Estaba segura que me iba a decir lo mismo: no puede ser, no podemos, no debemos,... Si yo hubiera sido otro tipo de mujer, hubiera ido apañado.

Recibí otro mensaje, de Sebas. Era una foto del museo de cera y me reí con ganas.

“¿Seguro que no?”

Le mandé un mensaje de voz: “Cinco minutos y comienza tu pesadilla, no se demore señor abogado”

Fue él quien llamó a mi puerta y salí sonriendo. Me miró con ese brillo en los ojos y me dio un repaso de abajo a arriba.

— Beauty, esas piernas deberían estar prohibidas.

Me reí por su piropo.

— Podría decir lo mismo de tus ojos.

— Que interesante, ¿y eso?

Entramos en el ascensor y seguimos coqueteando. Empezábamos pronto.

— ¡Será que no te lo han dicho!

— Pero me gusta saber tu opinión.

— Tienes unos ojos... — reseguí con mi dedo una de sus cejas y sentí una sacudida en mi estómago. Me mordí el labio porque estaba perdiendo el norte.

El golpe del ascensor al llegar al parking me hizo tocar de pies al suelo y salimos saludando a unas vecinas que esperaban para entrar. Fuimos hacia el coche en silencio; yo pensando qué coño me pasaba con Sebas y él más serio de lo normal.

Lo miré de soslayo mientras arrancaba y sacaba el coche de su plaza. Me entraron de nuevo unas ganas de besarlo increíbles, como si estuviera muerta de sed y él fuera un vaso lleno a rebosar de agua fresca. Me aguanté porque no

era cuestión de ir jugando con el personal. Le había dejado muy claro que no quería nada con él. Una cosa era ese tonto inocente, y otra cosa liarme la manta a la cabeza.

Y me parecía que a Sebas ese juego ya le estaba bien y no tenía necesidad de ir más allá. De momento lo suyo era no liarla, porque terminaríamos mal: yo enamorada de él y él escapando de mí.

Durante el trayecto no dijimos nada y Sebas puso música. Pensé que quizás le había molestado de veras mi comentario y me maldije mentalmente por dejarme llevar. Sebas era de aquellos que cuando empezaban a entrever sentimientos salían corriendo.

Empezamos a andar por el Portal del Ángel, una calle muy ancha llena de comercios.

— Sé de una tienda donde encontrarás lo que buscas — me dijo más sonriente. — Yo siempre voy allí

— Creí que no ibas de compras.

— Beauty, ¿sabes mantener un secreto?

Lo miré mientras andábamos y le sonreí asintiendo.

— Me pirra ir de compras — nos reímos los dos a carajada limpia. — Te lo aseguro, pero como digas algo te las verás conmigo.

— Tranquilo, tu secreto está a salvo — seguí riéndome.

— Deja de reírte — me riño bromeando.

— Yo que me sentía culpable y encima te iba a invitar a comer.

— ¿Ya no vas a invitarme? — preguntó burlándose y negué con la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja. — Esa es la tienda — me cogió de la mano y entramos como si fuéramos pareja.

Me estaba acostumbrando a ir de su mano y andamos entre los percheros de ropa de esa forma. Los amigos podían ir cogidos, por supuesto, pero ver a Sebas como un simple amigo era muy difícil y me sentía como una niña con zapatos nuevos: ¿ilusionada? Sí, por ver nuestras manos enlazadas y sentirlo mío. Sí, empezaba a cagarla pero era inevitable. Él hacía las cosas con toda la naturalidad del mundo y yo las cargaba de significado. Para él no implicaba lo

mismo que para mí. Me repetía como una mantra que no me colara por él pero ¿cómo no hacerlo?

— Esta me gusta — dije cogiendo una chaqueta *Napapijri* de color rojo.

— Buen gusto. Y te quedaría genial con estos pantalones — me mostró unos grises y me hizo gracia ver cómo me ayudaba — ¿De qué te ríes?

— No se me había pasado nunca por la cabeza que iría de compras contigo — le dije cogiendo esos pantalones.

Sí, me gustaban mucho.

— ¿Por qué no?

— Bueno, no sé. No es algo que hagas con un vecino — le dije sonriendo — ¿Y el probador?

— Allí mismo — respondió señalando hacia la derecha y seguí con aquella conversación.

— Y no te imaginaba tan apañado — le solté mientras íbamos hacia los probadores.

— Eso es porque no me conoces.

— Es que no te dejas conocer Sebastián.

— Soy todo tuyo —dijo alzando las manos.

Ojalá, pensé.

Una chica alta y rubia, con los ojos puestos en mi acompañante, me dio la ficha con el número dos. Miré a Sebas, esperando que estuviera mirándola, pero me equivoqué. Estaba mirando al frente, esperándome. Creí que no entraría pero me siguió y me puse algo nerviosa por el grado de confianza que implicaba que un chico me acompañara al probador. Era una tontería, puestos a mirar, pero a mí no me lo parecía.

Entré y corrí la cortina.

— Beauty.

— ¿Qué? — pregunté mientras me quitaba la falda.

— Avísame para verte o sino entraré.

— ¿Es una amenaza? — le pregunté con sorna.

— Es un aviso — dijo metiendo la cabeza y le empujé hacia fuera riendo.  
— Joder Bea, ¿qué es eso tan pequeño? — dijo susurrando desde fuera y refiriéndose a mis mini braguitas.

— Como no te comportes aviso a la rubia — sonreí sonrojada.

— Me estás torturando con esa imagen — dijo quejoso

Me puse los pantalones y me miré en el espejo. Perfecto. Me probé la chaqueta roja por encima y el conjunto me encantó. Abrí un poco la cortina y le sonreí desde el espejo. Me miró alzando las cejas, diciendo que le gustaba aunque su mirada estaba cargada de deseo.

— Sebas, sé bueno — le dije advirtiéndolo.

Entró dentro y cerró la cortina. Solté una exclamación al ver su atrevimiento.

— Sal de aquí ahora mismo — le solté con rapidez mientras él me cogía de la cintura.

Pasó sus dedos por la goma del pantalón, resiguiendo mi cintura. Ufff.

— Tengo que comprobar que sea tu talla — su voz ronca me llegó y apreté instintivamente mis piernas. — No lo veo claro — volvió a pasar los dedos y esta vez entró en el pantalón dejando sus manos en mis nalgas. Un calor exagerado se extendió hasta mi entrepierna.

— Sebas no sigas — le dije con poco brío.

Con destreza me quitó la chaqueta y en parte lo agradecí porque estaba sofocada de verdad. Retiró el pelo de mi cuello, me hizo echar hacia atrás la cabeza con delicadeza y sentí que mi corazón se desbocaba. Le vi acercarse despacio, y apoyó su boca en mi piel. Me dio un beso, mientras inspiraba mi perfume y sentí que cerraba los ojos por el aleteo de sus pestañas. Yo también los tenía cerrados sintiendo sus caricias. Podía hacer conmigo lo que quisiera, lo reconozco. Sebas me tenía pillada; guapo, inteligente y buen amante, ¿qué más quería?

Apoyó lentamente su cuerpo en el mío y noté su erección. Ambos apretamos a la vez, como si quisiéramos entrar dentro del otro. El calor y el sofoco iban siendo cada vez más fuertes. O parábamos o no habría vuelta atrás.

Sebas fue el primero en dar el paso y se separó de mí, clavando esos preciosos ojos en los míos. Estuvimos unos momentos retándonos con la mirada y sintiendo unas ganas tremendas de continuar con aquello, pero no era el lugar, obviamente.

— Voy a hacer un gran esfuerzo Bea — dijo con gravedad.

— No eres el único — le dije sin pensar y suspiró pesadamente.

— Entre tú y esas malditas braguitas que llevas. Joder Bea, eres malísima. — se quejó.

— ¿Yo? Pobre de mí —le dije sonriendo. La erección saltaba a la vista.

— Dame dos minutos — dijo rebufando.

— ¿Quieres que salga? — estaba a punto de partirme de la risa, supongo que de los nervios, la excitación y por verlo tan apurado.

— ¡Ni se te ocurra quitarte los pantalones delante de mí! — exclamó flojo y medio sonriendo.

— Es verdad que eres sensible — empecé a reír.

— No te rías — gruñó bromeando — Ésta te la devuelvo — dijo riendo también.

Nos fuimos de allí, como si nada hubiera pasado aunque creo que la rubia algo debió intuir, porque me miraba con cara de pocos amigos. Al salir de la tienda, y notar el aire fresco de diciembre, ambos respiramos y suspiramos mientras yo le llamaba loco y él me decía que era una torturadora.

Pasamos el resto de la mañana dando un paseo y buscamos un sitio donde comer; Sebas sugirió un restaurante que había en el barrio Gótico. Era un lugar bastante grande, con mesas adornadas con velas y paredes cubiertas de piedra. Era cálido y acogedor.

Me volví a sentir nerviosa, porque aunque aquello no era una cita, estar con Sebas me tenía en vilo. La parte buena era que él lo llevaba con total normalidad, con lo cual me recordaba a mí que éramos amigos y que no hacía falta darle más vueltas al asunto. Lo que había pasado en el probador había sido un simple calentón, a ver, que nos atraíamos físicamente era innegable. Pero no había más.

Los dos teníamos poca hambre y decidimos compartir el primer plato. Aproveché para ir al baño y oí unas risas a mi derecha.

— ¡Beatriz!

¡Ostras!, era la voz de Javi, mi ex. Me giré y allí estaba con sus amigos de toda la vida. Fui a saludarlos con pocas ganas y él se levantó para darme dos besos. Los demás continuaron sentados.

— Javi, ¿cómo va?

— No tan bien como a ti — dijo repasándome sin pudor.

— Creí que estabas fuera — le dije ignorando su comentario.

— He vuelto — su tono parecía amenazador pero ya lo conocía. Era su forma de intimidar a la gente.

— Pues disfrútalo — le dije sonriendo con falsedad — Cuídate — le dije mientras ya me iba.

— Perdona Beatriz — paré y me giré — ¿Sabes quién es Sebas, no?

Le miré estupefacta. ¿Cómo?

— En la *uni* lo llamábamos el “comebollos” — dijo uno de sus amigos.

Los observé con cara de asco. Panda de gilipollas.

— Y no porque estuviera gordo, nena — Javi se divertía de verdad jodiéndome.

— Puedo asegurarte que es un buen mote Javi — le dije picada.

Sus amigos exclamaron y silbaron y él se puso rojo de ira.

— Vas a durar con él lo mismo que un caramelo en un patio del colegio.

— Sigues igual de ocurrente, y de aburrido — me fui muy digna y satisfecha por mi rápida reacción.

Sentí el peso de su mirada en mi espalda pero anduve con la cabeza bien alta. Al entrar en el baño, respiré hondo. Joder con Javi, habían pasado varios meses y seguía igual de imbécil. No me lo perdonaría jamás, estaba segura. El tío seguro y controlador, al que lo habían dejado. Imperdonable.

Al salir me fui por otro camino para no pasar por su lado. Cuando me senté

Sebas miró mis ojos con interés.

— He estado a punto de levantarme — lo miré sorprendida. Sebas estaba sentado de cara hacia ellos y me había visto. — Huelo a un quilómetro cuando alguien molesta — me ofreció la copa de vino — Pero he visto que te defendías sola, así que me he aguantado las ganas. Una vez más — me guiñó el ojo y sonreí por su broma. — Conozco a un par de ellos. — Su tono era desganado.

Tomé un sorbo pensando en que no salía de una y ya me metía en otra.

— Es mi ex, es un idiota de mucho cuidado — le dije apretando mis labios al recordar el mote de Sebas. ¿Sería verdad?

Sin darme cuenta, empecé a explicarle toda mi historia con Javi, al detalle, como si fuera un amigo. Él me iba preguntando y yo le iba contando, mientras comíamos. Me encantó poder sincerarme con él y que viera que yo no era una tía de esas que va de tío en tío, sino que me gustaba salir con alguien, me gustaba estar enamorada y que lo daba todo en una relación.

— Entonces te pasó como a mí con Marta, un día se termina y no sabes el porqué.

— Sí, aunque yo no he querido nada más con él. — puntalicé la diferencia.

— Tampoco te ponía — dijo con demasiada sinceridad; Marta sí le ponía, claro — ¿En serio contabas números?

— Sí — dije escueta.

— Ese tío no tenía ni idea de tocarte.

— No todo el mundo es un experto — solté irónicamente.

— Es cuestión de fijarse bien Beauty, y no ir sólo a lo tuyo.

— ¿Esa es tu táctica?

— Creo que es lo normal, si sólo buscas tu placer, dejas al otro de lado. En cambio, si procuras su placer, tendrás el tuyo inmediatamente. — se acercó a mí y susurró — A mí me pones más ver tu cara de placer, ver cómo te dejas o tus gemidos en mi oído.

Noté humedecer solo de imaginarlo. Tenía un efecto en mí inmediato, demasiado.

— Me pone más saber que ahora estás apretando tus piernas — el muy mamón lo sabía, justo lo acababa de hacer — Me duele la polla sólo de pensarlo Beauty.

Exclamé un gritito ahogado al oír sus palabras y tragué saliva.

— Joder Sebas, para — le dije en cuanto pude hablar. Estaba tan excitada que me temblaban hasta las manos.

— Si quieres te hago contar números, pero recostada en mis rodillas, con tu trasero en mi mano y buscando tu punto.

Lo miré con los ojos abiertos y cogí la copa para mojarme la garganta.

— De acuerdo, cambiemos de tema — dijo sonriendo con superioridad. — Te debía una.

Me la había devuelto pero con creces, menudo sofoco llevaba encima. El abogado sabía lo suyo, eso era evidente, y yo caía en sus redes sin protección alguna. Me dejaba caliente, húmeda y preparada para el siguiente asalto. ¿Pero qué podía hacer? Si sólo con oírlo me ponía a cien mil.

Sonó su móvil y Sebas miró la pantalla con cara de hastío.

— Es Marta. — me miró y continuó hablando, ignorando la musiquita — Me equivoqué, lo sé — dijo más serio — No debí haberme acostado con ella después. Yo entendí que no pasaba nada, pero ella no. Un error del que aprender — dijo resignado.

— Sigue insistiendo — afirmé sabiéndolo.

— Sí, y lo jodido es que trabajamos juntos. Imagina que tú y tu ex hubierais trabajado juntos — lo pensé un momento y arrugué la nariz. Sebas rió. — Pues ya me entiendes.

— Estará aún enamorada.

— Sí, claro. Pero cuando lo dejamos creí que era de mutuo acuerdo pero mintió.

— ¿Y no te diste cuenta?

— Para nada. Y cuando nos volvimos a enrollar, pensé que no pasaba nada hasta que empecé a olerme algo.

— Y eso ya no fue de mutuo acuerdo. ¿Por qué entró aquel día tan exaltada?

— Por lo mismo que hago ahora; me llama continuamente y la ignoro. Tuve que cambiar la cerradura, por si acaso.

— Me perdí una buena cena — le dije con doble intención.

— Repetiremos, si quieres, claro — dijo con su magnífica sonrisa.

Le sonreí pensativa al recordar la no cita que tuvimos y lo mal que terminó.

Compartimos el postre y seguimos charlando de nosotros. Inevitablemente, como más lo conocía más me gustaba su forma de ser. Poseía una mezcla de madurez y de niño que me encantaba. Podías hablar con él de cualquier tema; argumentaba sus opiniones y respetaba la de los demás. Ese punto de sinceridad que tenía me atraía, tanto para lo bueno como para lo malo. Él decía que no solía mentir, y yo empezaba a creérmelo de verdad. A parte de todo eso, su físico espectacular era el envoltorio perfecto para un regalo perfecto.

## El pastel se desmorona

Volvimos hacia las seis de la tarde. La sobremesa la alargamos bastante sin darnos cuenta. Había sido un día genial y como ninguno de los dos quería terminarlo, Sebas propuso tomar un café en el Nostre e inmediatamente le respondí un sí rotundo.

Yendo hacia allí, Sebas se detuvo de repente.

— Bea.

— ¿Qué? — pregunté extrañada viendo su gesto tan serio.

— ¿Pasa algo entre tú y Lucas?

Joder, como una bofetada. ¿A qué venía eso ahora? ¿Y qué le decía yo?

— No, nada — fue un instinto de supervivencia y además me pilló por sorpresa. — ¿Por?

— Te mira como si fueras suya. Quería asegurarme de que sólo le gustas y de que sólo es tu jefe.

Tierra trágame. Tendría que haber sido sincera pero no pude. Primero porque mi primera reacción era proteger a Lucas ¿y si se enteraba alguien más o su mujer? No sabía exactamente qué tipo de relación laboral tenían y no podía arriesgarme a que, algo que ni siquiera era un algo, llegara a oídos de Lidia. Y mi segunda razón para estar calladita era Sebas; me gustaba en serio y no quería decirle que Lucas me ponía como una moto, no me parecía... lógico, la verdad.

Entonces me pregunté, ¿dónde estaba mi lógica? ¿Qué estaba haciendo?

Sebas empezó a andar y al mirar hacia la terraza del Nostre, supuse de dónde había salido la pregunta sobre Lucas; estaba sentado con Carlos, Martina y Ari. Si los hubiera visto yo, hubiera buscado cualquier artimaña para escapar de esa situación. Pero Sebas iba directo y no había marcha atrás.

Los saludé sin demasiado entusiasmo y Ari me miró preocupada. Le hice un gesto con la cabeza, como que no pasaba nada. Lucas apenas me miró.

— ¿De compras? — preguntó Martina sonriendo al ver mis bolsas.

— Sí, para el fin de semana, no tenía ropa para esquiar.

— ¡Qué ganas tengo! — dijo Martina.

Me evadí de la conversación pensando en lo que me estaba ocurriendo con Lucas y Sebas. Me rozaba con uno, ahora con otro. Quizás me estaba pasando de lista y al final me explotaría en las manos. Sebas me había preguntado por Lucas, le había mentado y eso me podía pasar factura. Lo sabía. Pero no podía sincerarme con él.

Miré un momento a Lucas y su mirada no decía nada bueno. Pero a ver, que tampoco era mi pareja, joder.

Sebas y yo preferimos sentarnos solos y dentro del local, y ellos no insistieron demasiado. Me pidió un café solo mientras yo le daba vueltas a lo mismo. ¿Qué me ocurría con ellos? ¿Por qué hacía ver que no pasaba nada cuando era evidente que sí? Me gustaban los dos pero ¿podía sentir algo por los dos? ¿Enamorarte de dos personas? Esperaba que no, porque un trío con ellos iba a ser imposible. Todavía me quedaba humor para bromear...

Estuvimos un par de horas charlando y estuve muy a gusto con él, pero ambos sentíamos la presencia de Lucas. Estoy segura de que él también, porque estaba como tenso, o quizás lo estaba porque me lo notaba a mí, no lo sé.

Al salir, nos despedimos de ellos; continuaban charlando en la terraza. No quise mirar a Lucas y nos fuimos rapidito. Sebas y yo nos despedimos algo más fríos, como si hubiera algo en el ambiente que no cuadrara. No quise darle más vueltas; Sebas había aceptado venir a comer conmigo a casa de mi padre y con eso ya estaba contenta.

Me di una ducha calentita y me sentí como nueva. Me sequé bien la melena y me puse ropa cómoda para leer, tumbada en mi sofá. Di un brinco del susto cuando oí el timbre porque no esperaba a nadie. ¡Era Lucas! Joder, joder. Me quedé inmóvil hasta que fui corriendo al baño para ver si estaba decente. Llamó un par de veces hasta que le abrí.

— ¿Qué quieres? — pregunté poco amable mientras entraba.

Miró mis mallas y mi jersey holgado, y me sentí pequeña a su lado. ¡Mierda! ¿Por qué tenía ese efecto en mí?

— ¿Sales con el vecino? — lo llamaba así despectivamente, estaba claro.

— ¿Es asunto tuyo? — repliqué con rapidez.

— No, claro pero ya veo qué tipo de mujer eres.

¿¿¿Cómo???

— Tú, señor casado, ¿me estás diciendo algo a mí? — Lo atacé con alevosía.

— Estoy casado pero intento ser congruente, no como tú.

— Manda cojones la cosa — dije yendo hacia el sofá — ¿De qué va esto Lucas? — pregunté cansada.

Se sentó en el otro sofá y me miró preocupado.

— Necesitaba hablar contigo y te veo aparecer con él, de compras ni más ni menos.

— ¿Y qué esperabas? Había quedado con Sebas, no iba a dejarlo tirado. Ayer apenas me hablaste, ¿por qué tanta prisa ahora?

— Beatriz, no puedo con esto.

Se levantó y miró por la ventana. Lo miré sin saber si preguntar porque temía su respuesta. Empecé a notar algo que se me atragantaba. Miedo, miedo de saber más.

— Me gustas.

Su voz tosca y grave me pasó por delante como un soplido de aire. Ahí estaba mi miedo.

— Te gusto — repetí viendo su espalda.

— Mucho — añadió.

— Lucas, estás con ella — le dije en un hilo de voz, no podía creer lo que me estaba pasando.

— Lo sé — se giró y me miró frunciendo el ceño. — Y no sé qué hacer. Es la primera vez que me ocurre algo así y me siento perdido, raro. No sé si podré no dejarme llevar.

Madre mía, estaba la cosa jodida. Y muy jodida, porque Lucas venía con las manos vacías a ser sincero conmigo y yo no sabía qué decir.

— No quiero tener un rollo contigo y ya está.

— ¿Entonces? — pregunté con tiento.

— Estoy pensando en ello.

— ¿Qué quieres decir? — empezaba a estar asustada. Muy asustada.

— Beatriz — apoyó los brazos en el respaldo del sofá y me miró medio sonriendo — No es por ti, no te preocupes.

— No es por mí.

— Estoy pensando en Lidia y yo, estoy reflexionando sobre la misma idea hora tras hora — hizo una pausa y sus ojos verdes miraron al suelo — Si me fijo en otra persona... — me miró directamente — debería preguntarme el por qué.

— Ya — el miedo me paraliza, lo reconozco, no me deja pensar con claridad y necesito varios segundos para reaccionar. Lucas continuó hablando mientras yo parecía una mera espectadora.

— No sé — dijo mordiéndose el labio y dejé de mirarlo. — No entiendo qué me ocurre contigo. No dejo de pensarte.

— Es normal que te preocupes por lo que ha pasado... — dije por fin en un murmullo, impactada por sus palabras. ¿No dejaba de pensarme?

— ¿Y que tenga celos de tu vecino es normal? Vamos Beatriz, que tengo treinta y tres años y sé algo de la vida.

Su cara de preocupación me hizo ver que estaba angustiado de veras.

— No sé, no esperaba que esto llegara tan lejos. — actué como una cobarde pero el tema me iba grande.

— Ni yo.

— No quiero meterme en tu matrimonio.

— Lo sé — dijo girándose de nuevo hacia la ventana.

— ¿Me pides que deje el trabajo? — no entendía qué quería de mí. ¿Qué me pedía?

— No, sería una pérdida tonta para la empresa.

— ¿Qué hacemos? Porque esto lo hemos hablado ya un par de veces...

— Beatriz — vino hacia el sofá y se sentó, con los codos apoyados en sus rodillas y cogiendo con fuerza sus manos — No podemos hacer nada.

— Podemos evitarnos — le dije resolutiva.

— ¿Y el resto? ¿Y cuándo te encuentre en el ascensor? ¿En una fiesta? ¿Si tenemos otro viaje? — lo miré sin responder y pensando en todas aquellas situaciones comunes y lógicas entre jefe y secretaria — Y lo peor de todo, ¿cómo te evito en mi cabeza Beatriz?

Joderrrrrrrrrr. No soy de piedra y Lucas me iba disparando sin compasión. Me levanté de un salto y me alejé de ese demonio en forma de cuerpazo que estaba frente a mí.

— Deja de decir esas cosas Lucas — le exigí contrariada. Me gustaba lo que oía pero a la vez no quería ser la causa de un matrimonio roto. Joder, no me gustaba un pelo.

— ¿Prefieres que te mienta? Sé que te pasa lo mismo, y que si no fuera porque estoy casado quizás podría ser rival para tu vecino. Pero juego con desventaja. Tampoco quiero meterte en este embrollo ni quiero rebajarte a ser “la amante de”.

— Necesito pensar Lucas — le dije ofuscada, no tenía nada claro.

Había pasado un día genial con Sebas y ahora Lucas me decía que estaba pensando seriamente en dejar a su mujer. Era la primera vez que me veía en esa tesitura y la verdad no sabía qué decirle. ¿Muy bien Lucas, deja a tu mujer? ¿Lucas, déjala, pero no te prometo nada? ¿Lucas, me gusta mi vecino? Menudo marrón.

— Yo también Beatriz — nos miramos con intensidad y nos entendimos sin más palabras.

Ví por la ventana cómo se iba y cómo él me miraba. Esto tenía que terminar. Llegar a tener el jefe casado en casa diciendo todo aquello era demasiado. Había apostado demasiado fuerte y no iba solo a perder yo. El matrimonio de Lucas pendía de un fino hilo y pensé que debía hacer lo posible por no tener

ningún tipo de acercamiento con él. Pero ¿cuántas veces ya había oído eso en mi cabeza?

Dormí fatal y por la mañana, muy pronto, recibí un mensaje de Sebas.

“No podré venir a comer. Dale las gracias a tu padre”

Jolines, que seco ¿no? Sabía que al final se rajaría y que aquello ya era demasiado para Sebas. Estaba segura de que se había acojonado de verdad y que quizás notaba demasiada implicación en nuestra cordial relación. A tomar por culo, si no quería nada tampoco iba tocarme un pelo. Estaba hasta los cojones de todo, estaba saturada.

“Perfecto”, respondí igual de simpática.

No contestó nada más. Llamé a mi padre y le dije que no me encontraba bien, y casi podría decirse que era verdad. Tenía un fuerte dolor de cabeza, supongo que de la tensión por Lucas. Joder, ¿mira que si rompía un matrimonio? Era lo único que faltaba en mi currículum. Pasé el domingo *perreando* por casa y sin ganas de nada. No tenía ni fuerzas para hablar con mis amigas; estaba pensando lo mismo que el día anterior, que no estaba siendo clara con lo que quería.

A media tarde, sonó otro mensaje.

“¿Qué tal la comida? ¿Ha ido tu jefe en mi lugar?”

¿Pero qué decía este?

“Qué dices”

“¿Acabó lo que empecé yo?”

¡La madre que lo parió!

“¿Tú de qué vas?”

“De gilipollas, contigo de gilipollas”

Me levanté rápido del sofá y ni corta ni perezosa me fui a su piso, sin saber tampoco si estaba allí. Llamé con fuerza, rabiosa y muy cabreada. Será imbécil...

Abrió Sebas con su pantalón del pijama de rayas y el pecho al descubierto. Por un momento mi mente se despistó con sus abdominales. Sebas entró y le

seguí. Estaba enfadado, no lo había visto así hasta entonces conmigo. Se giró y me miró con desprecio.

— ¿Vienes a por más?

— ¿Pero que más ni que leches? ¿Se puede saber a qué vienen estos mensajes?

Se pasó la mano por el pelo y después por la barba de tres días.

— Ayer te hice una pregunta y me mentiste.

Sí... ¿pero por qué lo sabía él?

— Y no soporto las mentiras, Bea. He sido claro contigo desde siempre.

— No sé de qué me hablas — me hice la tonta para ver qué sabía.

Me señaló con el dedo y habló con aspereza.

— Estás liada con él y tienes los huevos de decirme que no a la cara — se acercó a mí — Dímelo ahora, vamos. Dime que no.

— Joder Sebas, ¿es que estamos juntos? Porque o yo no me he enterado o nadie me lo ha dicho. — con cada palabra iba alzando la voz y mi rabia iba en aumento. Rabia por cagarla de esa forma — Te liaste con una en el baño de mi empresa y aún es hoy que tengo que oír el pedazo de tranca que tienes y lo bien que le comiste el puto coño. — le di con mi dedo en su pecho y Sebas dio un paso atrás — ¿Sabes que me dijo mi ex ayer? Que te llamaban el *comebollos*, bonito ¿verdad? Que perdía el tiempo contigo porque eres...un putón, eso es lo que eres.

— No le comí nada — dijo con asco — Y no te he mentado y he sido claro siempre. — puntualizó.

— Sí, gracias Sebas, eres muy amable con tu claridad. Tan claro que solo te falta decirme que te follas lo que te da la gana y cuando te da la gana. Y si no te gusta ya sabes, puerta Bea.

— Más claro que tú sí, ¿a qué vino ayer tu jefe? ¿A darte un repaso?

— No te pases — le dije iracunda y encarándome con él.

Nos miramos con rabia y después miramos nuestras bocas. La suya, entreabierta y húmeda. Me cogió de la cara y yo de su pelo a la vez, y nos

besamos como si nos faltara el aire y el otro pudiera darnos el oxígeno necesario para poder respirar. Nos comimos la boca, literalmente, nos mordimos, nos lamimos y fue un beso de desesperación. Un beso reprimido demasiados días. Nos separamos y Sebas puso su frente junto a la mía mientras nos recuperábamos; nuestro pecho subía y bajaba agitado.

— Bea... — su tono era muy grave — Dime la verdad.

— No pasó nada, vino a hablar — le dije sintiendo el corazón a mil.

— ¿Me dirás de qué?

No, no podía. ¿O sí?

— ¿Más adelante? — pregunté esperanzada.

— ¿Puedo confiar en ti? — su aliento rozaba mi boca y me moría por entrar de nuevo en ella. Joder, estaba loca por Sebas, ¿cómo no lo tenía claro?

— Sí — le dije llevada por la situación, sin pensar qué podía ocurrir con Lucas.

— Nena, necesito decirte algo.

Tragué saliva y sentí su beso en mis labios. Se retiró y mi cuerpo ardía por él. A tomar por saco con las confianzas. No quería saber nada. Junté mi cuerpo con el suyo y nos besamos de nuevo con furia, respirando entrecortadamente. Sus manos recorrían mi pelo y yo acariciaba el suyo mientras su lengua se enredaba con la mía, húmeda y caliente. Fue otro beso socorrido, otro beso que ansiábamos los dos y volvimos a separarnos, jadeando.

Seba me miró con deseo y me derretí ante sus ojos. Me cogió de la mano y me llevó a una habitación, la suya supuse por la decoración y el olor a él que la impregnaba.

— No quiero follarte Beatriz — joder, Sebas siempre tan directo. Sus palabras llegaban a lo más íntimo de mi cuerpo — Quiero sentirte.

Me dejó muda y sólo pensé “haz conmigo lo que quieras”...

Sus manos empezaron a desabrochar mi chaqueta de punto y me la quitó con delicadeza. Cayó al suelo y me quedé con la camiseta interior de tirantes negra. Acarició mis hombros mientras yo observaba casi sin aliento sus preciosos ojos. Bajó un tirante rozándome con suavidad la piel y mi cuerpo

reaccionó al momento. Solté un leve gemido y cerré los ojos sabiendo que vendría. Bajó el otro tirante del mismo modo, pausadamente y la camiseta se detuvo en el principio de mis pechos. Sebas subió mis brazos y la sacó despacio.

Sus hábiles dedos se posaron en mi cintura y mis pezones se irguieron debajo del sujetador negro de encaje. Sebas suspiró profundamente y esos ruiditos me excitaron exageradamente. Él tenía razón; no había nada más placentero que el placer del otro. Esas manos calientes comenzaron a subir por detrás de mi espalda y me quitó el sujetador, con mucha destreza. Cayó también a nuestros pies.

Sebas me miró largamente.

— Eres preciosa — dijo en un susurro mientras me tumbaba en su cama.

Me sentía en las nubes; realmente tenía unas manos que sabían dónde y cómo tocar, pero aquello no me parecía que fuera simple sexo, había algo más.

Me besó el ombligo, el abdomen y fue subiendo siguiendo un camino con sus labios suaves hasta llegar a mis pechos, donde fue besándolos del mismo modo, lento y agónico. A cada roce con mi piel mi espalda se curvaba ligeramente de placer.

— Beatriz...

Me dejaba hacer, lo sé, pero era imposible moverme sintiendo aquellas mil y una sensaciones.

Subió hasta mi rostro y me miró, casi con dulzura y vi en esa mirada muchas cosas, cosas que no creí ver jamás en él.

— Vas a volverme loco — su aliento se posó en mi cuello mientras me lamía.

Cogió mis manos y las puso por encima de mi cabeza. Entrelazó sus dedos con los míos y disfruté de ese contacto tan íntimo. Nos besamos otra vez, pero esta vez con lentitud, sin prisas. La pasión había dado paso al placer de sentir nuestros labios, con un maravilloso alivio.

Volvió a seguir el camino pero al revés, hasta llegar al principio de mis braguitas. El calor fue brutal y me removí inquieta. Sebas me quitó los

pantalones y volvió a por mis braguitas. Me besó alrededor, sin tocar en ningún momento mi sexo. Me retorcí de gusto en su cama, soportando ese placentero martirio. Cerré los ojos y suspiré hondo.

Sebas se dejó caer sobre mí despacio, y noté toda su piel junto a la mía. Se había quitado el pantalón con tanta rapidez que no me había percatado. Entre nosotros solo quedaba nuestra ropa interior. Levanté la cadera hacia la suya e hice movimientos geométricos sintiendo su erección. Sebas resopló y me miró con intensidad.

— Nena... — su pecho perfecto subía y bajaba cogiendo aire.

Bajé mi mano y cogí su pene por encima del calzoncillo. Vi sus ojos brillantes de deseo y sentí la sacudida en mi mano. Uff, saber que yo le producía aquello me hizo sentir realmente sexi. Me aventuré a introducir mi mano y sentí la piel suave de su miembro. Sebas no dejaba de mirarme. Me mordí el labio y me lamí.

— Sebas, dime qué quieres. — me atreví a decirle sintiendo una sincera intimidad entre nosotros.

Soltó un gruñido cuando se la apreté con suavidad. Empecé a masturbarlo; agité varias veces mi mano y paré de repente. Sebas apretó contra mí. Su piel palpataba con fuerza entre mis dedos.

— Nena, te quiero a ti. — volví a cerrar los ojos impactada por sus palabras. — Mírame — me pidió.

Apretó sus labios y me bajó las braguitas con una mano. Las terminé de sacar con los pies mientras él hacía lo mismo con su ropa interior. Piel con piel, ahora sí. Me rocé juguetona y me abrí dejando que notara mi humedad.

— Joder Bea.

Sí, eso quería. Volverlo loco. Hacerlo mío. Así que cogí de nuevo su pene y me masturbé suavemente con él.

— No hagas eso — me pidió gimiendo.

— ¿Por qué Sebastián? — Lo miré sensualmente. Estaba cómoda con él, como si fuera mi pareja de varios meses y no hubiera tabús entre los dos.

— Por que se me va a ir la cabeza.

Mm, sí....

— Bea... por favor...

— ¿El condón?

— Exacto. — hizo el gesto de estirar el brazo hacia su mesilla pero detuvo su brazo.

— Tomo la píldora.

Nos miramos con gravedad; aquello implicaba cierto compromiso. Yo no me acostaba con nadie sin preservativo, excepto cuando tenía una relación de verdad. Supuse que él hacía algo parecido.

— ¿Segura? — preguntó con voz ronca.

Asentí afirmativamente. Sebas suavizó su mirada y medio sonrió. Le devolví la sonrisa.

Con su mano izquierda preparó la penetración y cogí aire, esperando el momento de sentirlo de verdad. Estaba excitada, húmeda y con unas ganas tremendas de sentirme llena de él. Entró de repente y sacudió mi cuerpo.

— Sebas... — arañé su espalda inevitablemente.

El placer era exagerado y me sentí algo superada por la sensación. Sebas me miró y me besó despacio los labios, sin moverse dentro de mí. Su pene acaparaba todo mi interior y lo sentía tan caliente que temía que nos corriéramos los dos demasiado pronto.

— ¿Estás bien? — preguntó separando su boca de la mía.

¿Bien? Ufff. Afirmé con la cabeza y salió despacio. Ambos notamos el roce placentero de su salida.

— Beatriz, voy a hacerte el amor — su voz retumbó en mis oídos.

Tragué arena en lugar de saliva. ¿Estaba oyendo lo que estaba oyendo? Jadeé intentando coger aire y dejé mi mente en blanco para sentirle al cien por cien.

Sebas volvió a penetrarme con la misma lentitud, con sus ojos puestos en los míos. Salió y entró varias veces con esa pasividad contenida, y yo empecé a sentir el hormigueo del orgasmo. Sin aviso alguno, comenzó a mover sus caderas con más firmeza y sentí que llegaba hasta el fondo de mí. Me arqueé

debajo de su perfecto cuerpo y Sebas pasó una de sus manos por mi cintura, acercándose más a él. Cerré los ojos al notar que estaba a punto de llegar.

— Bea...mírame por favor. — Su tono dominante me hizo mirarlo y suspiré por el cúmulo de sensaciones.

Exploté inevitablemente gimiendo en un orgasmo glorioso, con el que mi cuerpo se convulsionó mientras mi sexo comprimía el suyo repetidamente. Mi boca se hizo agua del gusto y tragué con dificultad. Todo ello mirando a Sebas y sintiendo una conexión extraña con sus ojos. Solía correrme a oscuras, sin mirar, y aquella nueva experiencia me había parecido demasiado intensa. Seguidamente sentí la tensión en su cuerpo, y mientras terminaba mi orgasmo con leves jadeos, pude ver su cara de placer; se mordió el labio, cerró un segundo los ojos pero volvió para mirarme y gimió con un gruñido seco que me produjo un subidón de adrenalina. Noté cómo se corría dentro y me gustó sentirlo solo mío. Apretó dientes y soltó el aire como si llevara minutos debajo el agua sin respirar.

Nos admiramos mutuamente, durante esos segundos. Vi como caía una gota de sudor por su frente, como tenía el pelo revuelto, sus ojos de satisfacción y al final, esa sonrisa macarra que me tenía loca.

Se recostó a un lado y atrajo mi cuerpo hacia el suyo, me abrazó con fuerza y fuimos acompasando nuestra respiración acelerada a una de más calmada. Tuve tiempo de pensar, aunque estuviera en la gloria entre sus brazos. Pensar en lo que acababa de pasar; no había sido un simple polvo. No había sido un aquí te pillo aquí te mato. ¿Qué había sido todo aquello? Me encogí un poco por lo desbordante que me parecía y Sebas pensando que tenía frío, me tapó con su colcha.

## ¿Y ahora qué?

Recostada en su pecho, abrazada y acurrucada en su cuerpo desnudo. ¿Qué venía ahora?

Sebas se levantó dándome un beso en la sien y se fue al baño. Quería quedarme allí eternamente; en su cama, oliendo a él y con sus caricias aún en mi piel. Había sido especial, diferente, no lo podía negar. Pero ¿y para él? Quizás esperaba que me vistiera y me fuera de su piso. Sí, seguro, porque eso es lo que solía hacer. Después del polvo, cada mochuelo a su olivo. En fin, yo también procedía del mismo modo y no me gustaba dormir con quien apenas no conocía. Era algo demasiado íntimo y no lo compartía con cualquiera.

Busqué mi ropa a tientas por el suelo y conseguí localizarlo todo. Sebas entró con una toalla alrededor de su cintura, el pelo mojado y alborotado y una sonrisa de oreja a oreja.

— Te he dejado una toalla preparada — dijo cogiendo mi ropa.

— Esto... vivo enfrente — le dije dudando.

— ¿No pensarás irte?

Lo miré asombrada por el tono. Parecía que él tenía las cosas más claras que yo y no tenía ganas de tener una conversación, de ese tipo, desnuda. Fui a su ducha y me sentí como en casa. Era como mi baño, por supuesto, aunque con sus cremas y su perfume.

Cuando salí, Sebas estaba en la cocina, con otro pantalón, igual de fino que el anterior. Me quedé observando su espalda desnuda, tersa y musculada.

— ¿Tienes hambre? — preguntó sin girarse y me asustó.

— Un poco sí, y sed — le dije en el umbral de la puerta.

Se giró y me miró con ese brillo especial. Me ofreció un vaso de agua.

— ¿Hay algo debajo de esa toalla? — preguntó en un tono de aviso.

Me reí y me fui a su habitación.

— Te he dejado un par de calzoncillos — me gritó desde la cocina

mientras sonreía al verlos bien puestos encima de la cama, que por supuesto estaba ya arreglada.

Me puse unos Calvin Klein de rayas, los que me parecieron más ajustados, y encima mis pantalones, mi camiseta y mi chaqueta de punto desabrochada. El sujetador lo dejé en una silla.

Volví a la cocina y comimos unas tostadas con pasas untadas con queso y paté. Había preparado un pequeño plato de jamón ibérico y lo saboreé mientras alababa su buen gusto. Bebimos agua fresca; los dos estábamos deshidratados. Comimos sentados en la mesa de la cocina, codo con codo, y charlando tranquilamente. Parecía que no había pasado nada y que todo volvía a la normalidad, pero no era así.

— ¿Vas a quedarte? — preguntó más serio.

— ¿Quedarme? — no entendía bien qué me preguntaba.

— A dormir conmigo — apuré el vaso de agua y lo miré algo avergonzada.

Me sentía como una niña pequeña a su lado.

— ¿Siempre eres tan directo? — me salí por la tangente.

— Soy claro como el agua.

Alzó las cejas y me sonrió.

— No hace falta que lo jures.

— No me has respondido.

— ¿Quieres que me quede?

— Tienes madera de abogada, ¿no lo has pensado nunca?

Me reí por su salida.

— Responder con otra pregunta, buena táctica.

— Se hace lo que se puede, tienes demasiada labia.

— ¿Y si te prometo que seré bueno? Que dormiremos separados por mi almohada y que te respetaré como si fueras virgen.

Me reí con ganas.

— Entonces no me quedo. — le dije haciendo un mohín.

Él también rió conmigo.

— Podrías cumplir mi fantasía Beatriz.

— ¿Qué fantasía? — pregunté valiente.

— Una que tengo hace muchos días, contigo.

— ¿Tantos?

— Casi desde que te conocí — Joder, me estaba entrando ese ardor en el cuerpo de nuevo, simplemente hablando con él.

— A ver, dime — me apoyé en el respaldo y esperé su respuesta.

— He fantaseado que me cabalgabas, encima, desnuda mientras veía tus pechos subir y bajar — me sonrojé pero a la vez me humedecí.

— Joder Sebas...

— Eso digo yo, que no te vas a ir dejándome así...

Con un rápido movimiento me puso encima de él, a horcajadas en la silla. Nuestros sexos se rozaron y noté su pene erecto al momento. Madre mía, si aún estaba dolorida por el encuentro anterior.

Sebas subió la camiseta y acarició mis pechos, eché la cabeza hacia atrás y tiró de mi pelo mientras iba lamiendo mis pezones erectos. Seguidamente bajó con destreza mis pantalones y los suyos y yo rodeé su cuello con mis manos. Lamí y mordisqueé su lóbulo y Sebas suspiró en un gemido. Miró mis calzoncillos y sonrió.

— Nena, esto supera mi fantasía, te lo aseguro.

Le sonreí con malicia y me levanté un poco, para dejar que me bajara los Calvin Klein. Aproveché para ponerme encima de su sexo y entré despacio, notando cada nervio de su miembro caliente. Sebas cogió mi rostro y me besó largamente, enredando lenguas y notando el sabor salado de nuestras bocas. Seguidamente puso sus manos en mi cadera y me miró con ansia. Quería que yo lo cabalgara y empecé a cumplir su deseo, despacio, sin prisas, subiendo y bajando por su duro pene, rozándome contra su abdomen. Eché de nuevo la cabeza hacia atrás, me curvé y provoqué que la entrada fuera más intensa.

Sebas gimió y me animó a acelerar el ritmo. Lo miré y miraba mis pechos, me gustó sentirme deseada de ese modo, lascivamente. Me miró a los ojos y logró que repentinamente comenzara a sentir el inicio de mi orgasmo.

— Sebas, Sebas... —repetí mientras marcaba mis dedos en sus hombros torneados.

Me contorneé hacia atrás y sentí el orgasmo recorrer todo mi cuerpo, con una lujuria que jamás habría imaginado. De los pies a la cabeza, sexo puro y duro, pero intenso. Atrapé su pene con mis convulsiones y Sebas se corrió al mismo tiempo que yo, como si me hubiera estado esperando. Gemimos los dos con fuerza, sin reprimarnos, y estoy segura que algún vecino nos tuvo que oír. Pero era incontrolable, algo fuera de lo normal. Al terminar lo miré y él hizo lo mismo, gimiendo todavía y me besó, tragándose mi último aliento. Me besó con dulzura, como si comenzáramos otra vez, con una lentitud enamoradiza. Esa era la palabra, Sebas me estaba enamorando tortuosamente.

Después de la ducha de rigor, me llevó de nuevo a su habitación, entre risas y besos. Me empujó con suavidad encima de la cama y me enredó con sus piernas.

— Un asalto más y me muero — le dije bromeando.

— Te voy a dejar descansar — dijo sonriendo mientras me abrazaba — ¿Tienes frío?

¿Frio? Imposible teniéndolo a mi lado.

— Estoy acalorada — respondí encantada por su preocupación y lo miré agradecida — ¿Hemos satisfecho su fantasía, señor Ferrer?

Se rió conmigo.

— Obviamente, señorita Vela — me miró con sus preciosos ojos y me acarició el pelo.

— Si me mimas así, me dormiré — le dije murmurando.

— Bien, así te quedarás conmigo.

Lo miré y le sonreí antes de cerrar los ojos, entre sus brazos, sintiendo sus caricias.

Cuando desperté estaba arropada por la colcha y Sebas me abrazaba del

mismo modo. No tenía ni idea de qué hora era pero había mucho silencio. Entraba por su ventana la luz de la calle, era de noche y pude ver su rostro tranquilo, mientras dormía. Admiré esa belleza que poseía y su pose natural al dormir. Me levanté con cuidado para ir al baño y al volver aproveché para mirar la hora en el reloj de su cocina; casi las dos de la madrugada.

— ¿Te escapabas? — preguntó saliendo de su habitación.

— ¿Por qué iba a hacerlo? — le sonreí yendo hacia él.

— Por qué tienes miedo Beatriz — dijo sonriendo también mientras me cogía de la cintura.

— ¿De qué? — sentí curiosidad por saber qué pensaba de mí.

— De implicarte — su afirmación me sorprendió. Más que nada porque eso lo hubiera dicho yo de él. — No te enfades por lo que te voy a decir, sé el genio que gastas — dijo llevándome a la cocina.

Sacó un cartón de leche y la sirvió en dos vasos. Me ofreció uno y bebí pensando qué querría decirme. Que él tampoco quería nada, que pasaba de formalismos y que no tenía edad para compromisos. Como si lo viera venir.

— Bea — dejó el vaso y se cruzó de brazos. Signo inequívoco de protección — Creo que ese tonto que llevas con tu jefe es porque no quieres tomarte las cosas en serio, no quieres pringarte.

¿Cómo sabía lo que pasaba entre Lucas y yo? ¿Era tan evidente? Me quedé de piedra y dejé el vaso a medias, sin ganas de beber más.

— Me di cuenta el viernes, en la exposición, vi que había algo entre vosotros — dijo serio — Y me fue de un pelo no partirle la cara. No me mires así, soy impulsivo, a veces, y no dejaba de mirarte.

— Joder, ¿y no me has dicho nada? ¿Con lo sincero que eres? ¿Con esa claridad que te desborda? — empecé a enfadarme.

— Bea, no te cabrees, eres tú quien ha estado con él. Y tampoco me lo has dicho.

— ¡No he estado con él! — exclamé al darme cuenta de que él tenía razón. Se acercó y se quedó a un paso de mí.

— Ayer te pregunté de nuevo y me lo negaste. ¿Por qué me has mentido? —  
En su tono había un deje de decepción.

Levantó mi cara con un par de dedos y miró mis ojos angustiados. La había cagado joder, si es que lo sabía.

— No podía decirte que Lucas me gustaba.

— Que te gusta querrás decir — afirmó seguro y no se lo negué. No quería mentir más. — La cuestión es si sientes algo por él. Y creo que no lo sabes ni tú.

Sí, tenía razón. Cuando estaba con él me sentía en el país de las maravillas pero cuando estaba con Lucas se me iba el mundo de la cabeza y perdía la razón.

— Necesitas aclararte Beauty — dijo como si fuera una niña pequeña y quizás sí, era una inmadura en ese sentido.

— Ayer vino para hablar y...

Sentía en parte que traicionaba a Lucas pero quise empezar a hacer las cosas bien y le expliqué nuestra charla. Cuando terminé, su mirada era más fría y alzó las cejas mientras suspiraba hondo.

— ¿Y si dejara a su mujer?

— Sebas, no quiero hablar de esto contigo.

— Bea, huyes ¿lo ves? No eres capaz de pensarlo en serio.

— Sí lo he pensado y no quiero que la deje.

— Pero después os enrolláis, ¿en qué quedamos?

Sebas se separó de mí y me dio la espalda. Hubiera dado lo que fuera por ver su cara, pero no di el paso.

— Sebas, a ver si me explico. Han sido contadas ocasiones, no hemos ido más allá y ha sido algo...

— Incontrolable — apoyó sus manos en la encimera y vi todos los músculos marcados en su espalda.

No rectifiqué su afirmación.

— No tengo pareja Sebas, tú y yo no estábamos saliendo ni nada parecido. Y creía que tú estabas cada fin de semana con una. ¿Qué más te daba lo que hiciera yo? — no se giró y sentí que me faltaba — Tienes razón en una cosa, en que he tonteado con los dos, en que los dos me gustáis...

— Usa la empatía Bea — dijo con voz grave — Sabía que acabarías jodiéndome.

— ¿Jodiéndote?

— No es mi ego Beatriz, no te confundas — se giró y su mirada fue dura.

— Sientes algo por mí... — dije sin pensar.

— Creo que se ha dado cuenta todo el mundo, excepto tú — me quedé inmóvil, sin poder reaccionar — Mira Bea, creo que lo mejor será que pienses qué es lo que quieres.

— Sebas yo....

— No — me cortó tajante — No actúes por impulsos y no me subestimes, por favor.

Sentí humedecer mis ojos de rabia y de impotencia. Sebas me acababa de decir que sentía algo por mí y yo me tenía que callar.

Salí hecha una furia, cogí mis llaves de la mesa de un manotazo y me fui al piso. Al entrar corrí a mi habitación y comencé a llorar en mi almohada. Sentía que perdía a Sebas y que quería estar con él.

Quería ver su preciosos ojos color avellana cuando sonreía, ver cómo pasaba su mano por el pelo y después por la barba de tres días, ver cómo se mordía el labio de deseo por mí, ver sus manos recorrer mi cuerpo, ver cómo sujetaba su copa de vino con elegancia, oírle hablar de mil temas. Necesitaba estar con él, sentir sus brazos, sentir su calor junto al mío.

Habíamos hecho el amor, ¿eso no significaba nada Sebas? Lo había vivido en su piel, como yo. Aquello no era sexo, era más, él era más. Joder, ¿era la persona con quien quería compartirlo todo?

¿Y Lucas? ¿Dónde quedaba? Buf. Lucas era la parte enigmática de la vida, la parte oscura, la sonrisa difícil. Quería verlo reír a carcajada limpia, quería seguir viendo esos ojos verdes junto a esas preciosas arruguitas, esa rectitud

en todo lo que hacía, ese tono seco que usaba. Necesitaba aprender a su lado, hablar con él, compartir ese gusto por lo exquisito, llevarlo de la mano y sacarlo de ese corsé.

Menudo lío tenía en mi cabeza. Cuanto más lo planteaba peor lo veía. Sebas sabía más que yo de relaciones, cosa que no hubiera dicho nunca; necesitaba tiempo para asentarme y dejar de navegar entre dos aguas.

## A ponerse a dieta, nenas

Me levanté con los ojos hinchados de tanto lloriqueo, ni el maquillaje pudo disimular aquello. Fue una manera de desahogarme y me sentó bien. Quería empezar a hacer correctamente las cosas, así que me había propuesto separarme de los dos, ver el tema desde fuera y entenderme a mí misma, saber qué quería. Si es que quería realmente estar en serio con alguno de los dos, porque hasta ayer me lo había ido tomando como un coqueteo inocente y resultaba que ni para Lucas ni para Sebas había sido tan inocente.

Lo primero que hice fue mandarle un mensaje a Ari para ver si podíamos quedar ese mismo lunes. Por supuesto mi mejor amiga estaba ahí siempre que la necesitaba.

Lo segundo que hice fue quitarme la ropa que llevaba de Sebas y ponerla a lavar inmediatamente, aún olía a él y sentí cierta melancolía al recordar su piel junto a la mía.

Lo tercero, coger fuerzas para ir a trabajar.

En la oficina ya estaba Lucas y nos saludamos como siempre, aunque él miró mis ojos con gesto de preocupación. Supongo que era visible que había pasado mala noche.

— ¿Te encuentras bien?

— Un simple catarro — respondí sin mirar.

Podría haber sido amable con él y devolverle el interés pero no quería implicarme más. Lucas tenía un problema y parte de culpa era mía, pero esto debía terminar de una vez. Él estaba casado y yo no era una rompe matrimonios, así que debíamos cortar esas situaciones.

Lo vi marcharse sin decir nada más y así pasó el resto del día, casi sin hablarnos. Supongo que los dos nos estábamos evitando, cada uno por sus propias razones.

Cuando salí, estaba Ari esperándome y le di un abrazo que casi la tiro al suelo. Nos reímos y me sentí mejor; con ella siempre me sentía mejor.

Fuimos dando un paseo hasta el puerto de Barcelona, mientras le iba contando todo lo que había vivido aquel fin de semana. Ari iba haciendo preguntas pero sobretodo me escuchaba atentamente.

— Bea, Sebas está en lo cierto.

— Lo sé — la miré con tristeza — Se terminó Ari, no voy a seguir así. Tengo un lío que no puedo con él y ahora esto ya nos afecta en serio.

— Claro.

— He ido coqueteando con los dos sin darme cuenta de que cada vez la cosa iba a más, la verdad. Pensaba que Sebas no querría una relación y que le importaba un carajo lo que yo hiciera o dejara de hacer.

— Y no ha sido así.

— Resulta que le gusto y que siente algo por mí...

— Hasta a mí me convenciste de que Sebas jamás se comprometería en una relación.

— Pensaba que un chico así, no sé, ¿por qué yo? Es un tío que siempre ha ido de cama en cama, eso lo sabemos, ¿cómo iba a pensar que conmigo sería distinto? Por mucho que lo deseara.

— Bea, ¿y por qué no? A veces parece que acabas de nacer.

— ¿Pero tú lo has visto?

Me miró indignada y miró a su alrededor.

— Oye perdona, sí, ¡tú! — abrí la boca al ver a Ari dirigirse a dos hombres de nuestra edad, más o menos. Se acercaron sonriendo — ¿Podéis hacerme un favor? ¿Podéis decirle a mi amiga si está buena?

Se rieron por la pregunta pero Ari seguía seria.

— Pues sí — soltó uno mirándome descaradamente.

— Lástima que esté casado, niña — dijo el otro — Estás muy buena.

— Gracias — les dijo Ari mientras yo me moría de la vergüenza y me ponía como un tomate — Ya está, ¿lo ves?

— Te mato —le dije andando de nuevo y alejándonos de aquellos chicos

que reían.

— Es que me da rabia que digas eso, ¿es que son más que tú? Estarán buenos y todo lo que tú quieras, pero Bea tú vales mucho por fuera y por dentro, por supuesto.

— Y no me valoro.

— Tú lo has dicho. Y no porque te roces con dos, como si quieres liarte con cincuenta a la vez. Cada uno se acuesta con quien quiere y algunos con quien pueden. Pero me jode que creas que alguien como Sebas o como Lucas no pueda enamorarse de ti. Eso es ridículo.

— Ya. — Ari me estaba dando un buen rapapolvo pero con razón, no podía llevarle la contraria.

— A veces creo que Javi te hizo más daño del que crees.

— ¿Por?

— Porque era destructivo, dañino y al final te echó mucha mierda encima.

Recordé cuando cortamos y realmente fue un infierno.

— Pero eres tú quien tiene que coger el toro por los cuernos, Bea.

— De momento voy a alejarme de los dos.

— Deja pasar algo de tiempo, o no, quizás lo tienes claro en cualquier momento, pero sí deberías dejar de rozarte con ellos.

— Joder Bea, no creas que lo busco pero es que me atraen.

— Lo sé, es difícil pero vas a tener que ponerte a dieta.

Nos reímos con ganas por su metáfora. Seguimos charlando de otros temas y cogimos el metro de vuelta a nuestros respectivos pisos.

Cuando pasé por delante del bar estaba Sebas con Marco en la terraza y tuve ganas de escapar corriendo pero debía empezar a ser más adulta y me lo iba a demostrar.

— ¡Hola Bea! — me saludó un Marco sonriente.

— Marco, ¿qué tal? — al ver a Sebas se me removió algo dentro y supuse que era añoranza. Había estado tan bien entre sus brazos.

Él no se levantó de la mesa ni me saludó.

— Aquí, cultivando amistades — respondió bromeando — A ver si me lo ligo.

Sonreí y vi que Sebas estiraba la comisura de sus labios en un amago de sonrisa.

— Buenas Sebas — le saludé educadamente pero retirando mi mirada con rapidez. Ayer me había ido de su casa como un tsunami pero no quería estar cabreada con él. La responsabilidad de lo ocurrido era mía y podíamos mantener una relación cordial, o eso esperaba.

— Buenas — dijo él en un tono neutro y con su mirada puesta en mí. Me sentí observada pero lo aguanté estoicamente.

— ¿Quieres tomar algo? — preguntó Marco poco convencido y supuse que Sebas le habría contado algo.

— No gracias, tengo que irme. Hasta luego — me despedí y comencé a caminar sin esperar su respuesta.

— ¡Nos vemos el sábado! — exclamó desde lejos Marco y asentí con la cabeza.

Un fin de semana con Sebas y yo sin poder probar bocado, perfecto.

Aquella semana se nos acumuló el trabajo por diferentes proyectos que nos llegaban a las manos. Trabajamos horas en su despacho y no hubo ningún percance. Yo ponía todo de mi parte, ni miradas ni roces. Él hacía lo mismo. Alguna vez al mirarle no podía dejar de sentir esa atracción pero me martirizaba a mí misma negándome esos pensamientos.

Llegó el esperado viernes y estábamos en la mesa redactando algunos puntos.

— Beatriz.

— Dime.

— Voy a dejar a Lidia.

¿Qué? Se me cayó el bolígrafo de la mano y se rompió. Vi las piezas desperdigarse por el suelo y sentí que eso era lo que había provocado entre

ellos.

— Dime que no es por mí.

Aguanté la respiración hasta que respondió.

— No lo es.

— ¿Estás seguro? — apenas me salía la voz.

— ¿Quién está seguro de todo?

— Hablamos el sábado Lucas, apenas ha pasado una semana. — Menudo acojone tenía encima. Joder, al final la había pifiado de veras.

— Sí, pero una semana da para mucho. Esperaré después de las fiestas, ya sé que parece frío, pero me parece un mal momento. Ella estará un par de semanas fuera, con su familia. — No supe si hablaba conmigo o para sí, porque hablaba sin mirarme.

Venía Navidad, Fin de año, Reyes... Menudo regalo.

— No te pido nada, sólo quería que lo supieras. — me miró con esos ojos verdes que me tenían el alma robada.

— ¿Y así compartimos culpabilidad? — le dije nerviosa porque me sentía responsable y no acababa de creer lo que estaba diciendo.

— Te dije que no es culpa de nadie. No seas niña.

— Pues la niña también ha tomado una decisión — le dije picada por llamarme de ese modo y me miró con gesto interrogante — No quiero nada, con nadie. — dije separando por sílabas la palabra “nadie”.

— Me parece perfecto — dijo escueto.

— Te da igual, vamos.

— No creo que seas feliz estando entre dos personas — dijo tranquilamente — Ni tampoco creo que esos dos hombres quieran compartirte.

Lo miré pensativa: Lucas tenía la misma visión que Sebas.

— Entonces vas a respetar mi postura.

— Siempre que la respetes por ambas partes, sí.

— ¿Qué quieres decir?

— Que este fin de semana lo vas a pasar con él, y yo no voy a estar presente. Que no sé qué sientes por el vecino.

Su sinceridad era demasiado para mí. Sebas y Lucas pecaban de directos y de poco diplomáticos, y yo no sabía llevarlo. Suspiré y puse las manos en mi cara, agobiada por todo.

— No lo sé ni yo.

— Lo imagino. Creo Bea que si lo supieras no hubieras tonteado conmigo del mismo modo.

— No he podido evitarlo — me justifiqué cansada.

— Voy a intentar dejar ese tiempo que necesitas, y no meterme en medio. Pero si destapas la caja de Pandora, no tendré compasión.

— ¿A qué te refieres? — lo miré sorprendida.

— A que si él juega sucio, yo también lo haré. — apreté los labios compungida.

— Lucas, ¿y si no eres tú? — pregunté en un murmullo sintiendo un gran peso en mi espalda.

— Si no quieres estar conmigo, dejaré a Lidia de todos modos. Después de fiestas hablaré con ella, independientemente de lo que hagas tú.

“Estar conmigo”... Madre mía. Si antes tenía un lío en mi cabeza, ahora tenía un millón. Si quería estar conmigo era porque...porque también sentía algo por mí...

Aquella noche, mientras preparaba la ropa para el fin de semana, me pregunté cómo me había metido en ese embrollo con los dos. Cómo había llegado a sentir cosas por ellos. Cómo había ido ocurriendo sin darme apenas cuenta cuando parecía que los demás estaban al tanto de todo.

Sebas, el vecino ligón, sí quería una relación en serio y me decía que me aclarara.

Lucas, el jefe casado, dejaba a su mujer y me pedía que fuera equitativa antes

de tomar mi decisión.

La cuestión es: Bea, mi inocente Bea, ¿qué quieres de verdad tú?

Vamos a tener que madurar amiga.

Fin.